

# CONTENIDO

Capítulo	Página
1 Con Mucho Amor, Pablo .....	2
2 Milagros en Colosas .....	8
3 La Oración de un Prisionero .....	15
4 El Es Señor de Todo .....	22
5 El Ministerio de un Solo Hombre .....	29
6 Creyentes Vivientes y Prevenidos .....	36
7 ¡Cuidado, Creyente! .....	42
8 En la Tierra Como en el Cielo .....	49
9 Vestidos Para Salir .....	55
10 Un Asunto de Familia .....	61
11 ¡Hablar NO Resulta Barato! .....	67
12 Amigos, Romanos, Ciudadanos .....	73

## Con Mucho Amor, Pablo

(Colosenses 1:1,2)

¿Ejercen los astros alguna influencia sobre nuestra vida? Los millones de personas que cada día consultan el horóscopo contestarán afirmativamente. En los Estados Unidos de Norteamérica hay más de 1750 diarios de los cuales ¡1220 contienen información astrológica!

- ¿Existe alguna relación entre la dieta y la vida espiritual?
- ¿Nos habla Dios directamente a la mente o solamente a través de Su Palabra, la Biblia?
- ¿Tienen las religiones orientales algo que ofrecer al creyente verdadero?

Estas preguntas parecen ser exclusivas de esta época, sin embargo encierran los mismos asuntos que Pablo trató en su magnífica Epístola a los Colosenses. Nosotros, en la actualidad, necesitamos esta importante carta tanto como la necesitaron en el año 60 A. C. cuando Pablo la escribió.

### La Ciudad

Colosas era una de tres ciudades situadas a unos 160 kilómetros de Efeso hacia el interior. Las otras dos ciudades eran Laodicea e Hierápolis (Colosenses 4:13,16). Esta región era el centro de reunión entre el Este y el Oeste, ya que por allí pasaba una importante ruta comercial. Hubo un tiempo en que las tres ciudades crecían y prosperaban, pero poco a poco Colosas fue bajando a una segunda categoría. De esta manera llegó a ser lo que llamaríamos un pueblo. Sin embargo, la iglesia en ese lugar era tan importante que recibió la atención del apóstol Pablo.

Existían muchas filosofías entremezcladas en esta región cosmopolita, y abundaban los charlatanes religiosos. Había una colonia grande de judíos en Colosas, y también llegaban constantemente nuevas ideas y doctrinas orientales. ¡Era un terreno fértil para especulaciones religiosas y herejías!

### La Iglesia

Es probable que Colosas nunca se hubiera mencionado en el Nuevo Testamento si no hubiera sido por la iglesia que se encontraba allí. La ciudad no se menciona en el libro de los Hechos ya que Pablo no empezó la iglesia en Colosas ni tampoco la visitó. Pablo había *oído* de su fe (Colosenses 1:4,9); pero nunca había visto a los creyentes en persona (2:1). Aquí vemos una iglesia de personas desconocidas, en un pueblo pequeño, que recibió una carta inspirada del gran apóstol Pablo.

¿Cómo empezó la iglesia en Colosas? Fue el resultado de los tres años de ministerio de Pablo en Efeso (Hechos 19; 20:17-38). Tan eficaz fue el testimonio de la iglesia en Efeso que "...todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús" (Hechos 19:10). Esto incluiría a los que vivían en Colosas, Laodicea e Hierápolis.

Al considerar los nombres de las personas que se encuentran en la correspondencia de Pablo desde la prisión (ve Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón y II Timoteo) podemos completar en gran parte la historia de cómo se fundó la iglesia en Colosas. Durante el ministerio de Pablo en Efeso, por lo menos dos hombres de Colosas fueron guiados a poner su fe en Cristo Jesús—Epafras y Filemón (ve Filemón 19).

Aparentemente Epafras fue uno de los principales fundadores de la iglesia en Colosas, ya que compartió el evangelio con sus amigos allí (Colosenses 1:7). También tuvo un ministerio en las ciudades de Laodicea e Hierápolis (Colosenses 4:12,13).

La iglesia se reunía en la casa de Filemón (Filemón 2). Es muy probable que Apia y Arquipo, mencionados en ese versículo, fueran la esposa e hijo de Filemón, y que Arquipo fuera el pastor de la iglesia (Colosenses 4:17).

Aquí encontramos una buena lección para nosotros: Dios no siempre necesita un apóstol, o un pastor o un misionero para establecer una obra. Tampoco necesita edificios grandiosos u organizaciones extensas. Aquí vemos a dos miembros laicos usados por Dios para empezar ministerios en por lo menos tres ciudades. Es el plan de Dios que los creyentes que viven en grandes poblaciones, como Efeso, se extiendan hacia los pueblos más pequeños y compartan el evangelio. ¿Está *tu* iglesia ayudando a evangelizar los campos misioneros de las pequeñas poblaciones?

La congregación en Colosas estaba constituida predominantemente de miembros gentiles. Los pecados que Pablo menciona (Colosenses 3:5-9) eran comúnmente practicados por los gentiles, y su declaración en cuanto al misterio se aplicaba más a los gentiles que a los judíos (1:25-29). La iglesia tendría aproximadamente cinco años de existencia cuando Pablo escribió esta carta.

### **La Crisis**

¿Por qué escribió Pablo esta carta a la iglesia en Colosas? Porque había ocurrido una crisis que estaba a punto de destruir el ministerio de la iglesia. Al comparar las cartas que Pablo escribió desde la prisión, podemos llegar a la conclusión de que los eventos se sucedieron de la siguiente manera:

En ese tiempo Pablo era prisionero en Roma (Hechos 21:17–28:31). El conoció a un esclavo fugitivo llamado Onésimo que pertenecía a Filemón, uno de los líderes de la iglesia de Colosas. Pablo guió a Onésimo a Cristo y luego le escribió a su amigo Filemón pidiéndole que perdonara a Onésimo y lo recibiera como a un hermano en Cristo.

También para ese entonces, Epafras se presentó en Roma porque necesitaba la ayuda de Pablo. Algunas doctrinas nuevas se estaban enseñando en Colosas y estaban invadiendo la iglesia y ocasionando problemas. Así que Pablo les escribió esta carta a los colosenses para refutar esas enseñanzas heréticas y confirmar la verdad del evangelio.

Epafras se quedó con Pablo en Roma (Colosenses 4:12,13). Onésimo y Tíquico llevaron a su destino las epístolas de Pablo: Efesios 6:21; Colosenses 4:7-9; y Filemón. Epafras fue llamado “compañero de prisiones” de Pablo, un título que también se le dio a Aristarco (Filemón 23; Colosenses 4:10). Esto sugiere que Epafras permaneció *voluntariamente* con Pablo para ayudarlo. Ni Aristarco ni Epafras eran prisioneros por haber quebrantado la ley. Ellos fueron compañeros voluntarios de Pablo, sacrificando su propia comodidad con el fin de ayudarlo.

¿Cuál era la herejía que amenazaba la paz y la pureza de la iglesia en Colosas? Era una mezcla de filosofía oriental y legalismo judaico, con elementos de lo que los eruditos bíblicos llaman gnosticismo. Este término proviene del vocablo griego *gnosis* que quiere decir “conocer”. (Un *agnóstico* es uno que no conoce). Los gnósticos se creían *los conocedores* cuando se trataba de las cosas profundas de Dios. Ellos eran la *aristocracia espiritual* de la iglesia.

En primer lugar, esta herejía le prometía a la gente una relación tan íntima con Dios como para alcanzar la *perfección espiritual*. La plenitud espiritual sería suya si tan sólo entraran en las enseñanzas y ceremonias prescritas. También había un *conocimiento*

*pleno*, una profundidad espiritual, que sólo los iniciados podían disfrutar. Esta *sabiduría* los libraría de las cosas terrenales y los pondría en contacto con cosas celestiales.

Por supuesto, toda esta enseñanza era una filosofía elaborada por el hombre y basada no en la verdad divina, sino en las tradiciones (Colosenses 2:8). Se originó con la pregunta filosófica: *¿Por qué hay tanta maldad en este mundo, si la creación fue hecha por un Dios santo?* Estos filósofos, al especular y meditar en esa pregunta, llegaron a la conclusión falsa de que la materia era pecaminosa. La próxima conclusión falsa fue que un Dios santo no podía entrar en contacto con la materia pecaminosa, así que tuvo que haber una serie de *emanaciones* de Dios hacia su creación. Ellos creían en un poderoso mundo espiritual que usaba las cosas materiales para atacar a la humanidad. También se aferraban a una forma de astrología, creyendo que los seres angélicos gobernaban los astros y tenían influencia sobre los asuntos terrenales (ve Colosenses 1:16; 2:10,15).

Sumada a estas especulaciones orientales había una forma de legalismo judaico. Los maestros creían que el rito de la circuncisión ayudaba en el desarrollo espiritual (Colosenses 2:11). Además, enseñaban que la ley del Antiguo Testamento, especialmente las leyes referentes a comidas, eran también útiles para alcanzar la perfección espiritual (2:14-17). Reglas y prescripciones definidas les indicaban lo que era bueno y lo que era malo (2:21).

Debido a que, según ellos, la materia era mala, tenían que encontrar alguna manera de subyugar la naturaleza humana en su búsqueda de la perfección. De ello resultaron dos prácticas distintas. Una escuela de pensamiento sostenía que la única manera de vencer la materia pecaminosa era a través del ascetismo y una disciplina rígida (2:23). El otro punto de vista enseñaba que era permitido practicar todo tipo de pecado, ya que, de todos modos, la materia era pecaminosa. Tal parece que la primera opinión era la que predomina en Colosas.

Es fácil ver cómo esta enseñanza corroía las mismas bases de la fe cristiana. En primer lugar, esos herejes atacaban la persona y la obra de Cristo Jesús. Ellos creían que Jesús era sólo una de las muchas *emanaciones* de Dios y no el mismo Hijo de Dios encarnado. La encarnación significa que *Dios estaba con nosotros* (ve Mateo 1:23), pero esos falsos maestros sostenían que Dios se mantenía alejado de nosotros. ¡Cuando confiamos en el Hijo de Dios, no hay necesidad de seres intermediarios entre nosotros y Dios!

Jesucristo acabó con el problema del pecado a través de su obra en la cruz (Colosenses 1:20), y venció completamente a todas las fuerzas satánicas (2:15). El puso fin a las demandas de la ley (2:14-17). Realmente, ¡Jesucristo es el único preeminente (1:18; 3:11)! ¡Jesucristo es todo lo que un creyente necesita!

La materia no es pecaminosa ni tampoco lo es el cuerpo humano. Todos hemos nacido con una naturaleza pecaminosa que quiere controlar el cuerpo y usarlo para el pecado; pero el cuerpo en sí no es malo. Si así lo fuera, Cristo Jesús no habría venido a la tierra en un cuerpo humano ni habría disfrutado de las alegrías de la vida cotidiana, tales como asistir a bodas y aceptar invitaciones a comer. La dietas y restricciones pueden ser benéficas para la salud, pero no tienen poder para desarrollar la verdadera espiritualidad (2:20-23).

En lo que respecta a la astrología, y a la influencia de los ángeles y los cuerpos celestes, Pablo lo denunció con mucho rigor. Sobre la cruz, Jesús obtuvo una victoria total sobre todas las fuerzas satánicas (2:15). Los creyentes no necesitan volver a los rudimentos del mundo (2:8,20). La palabra traducida “rudimentos” significa *seres elementales o principios elementales*. En este caso, se refiere a los seres que (según los gnósticos) controlaban los cuerpos celestes que, a su vez, controlaban los sucesos en la

tierra. Los creyentes que consultan los horóscopos sustituyen la revelación con la superstición y niegan la persona y la obra de Cristo.

Esta enseñanza falsa era una combinación engañosa de varias cosas: legalismo judaico, filosofía oriental, astrología pagana, misticismo, ascetismo, y aun un toque de cristiandad. Había algo para todos los gustos, y esto era precisamente lo que la hacía tan peligrosa. Los falsos maestros sostenían que no estaban *negando* la fe cristiana, sino sólo elevándola a un nivel superior. Ellos ofrecían plenitud y libertad, una vida de satisfacción que resolvería todos los problemas que la gente enfrentaba.

¿Existe esta herejía en la actualidad? Por supuesto; ¡y es tan engañosa y peligrosa como en aquel entonces! Cuando hacemos de Jesucristo y la revelación cristiana sólo *una parte* de un sistema religioso o filosófico, dejamos de darle a Cristo la preeminencia. Al tratar de alcanzar una *perfección espiritual o plenitud espiritual* usando fórmulas, disciplinas o ceremonias, en lugar de avanzar estamos retrocediendo. Los creyentes deben cuidarse de no mezclar su fe cristiana con cosas tan llamativas como el yoga, la meditación trascendental, el misticismo oriental y otras cosas parecidas. Debemos tener cuidado también de los maestros que ofrecen un método para obtener victoria y plenitud que pasa por alto la devoción a Cristo Jesús. ¡En todas las cosas, él debe tener la preeminencia!

Esta herejía estaba en contraposición directa a la enseñanza de Pablo, ya que adoptaba una actitud pesimista de la vida: “Dios está muy lejos, la materia es mala y las fuerzas demoníacas están constantemente al acecho”. La fe cristiana enseña que Dios está cerca de nosotros, que él hizo bueno todas las cosas (aunque a veces se usan para el pecado), y que Cristo ha libertado a su pueblo del poder de las tinieblas (Colosenses 1:13). Esa herejía hizo del mundo una horrenda prisión, mientras que Jesús aseguró que el Padre trabaja en el mundo cuidando a los suyos. Por último, estos falsos maestros trataban de cambiar a las personas en lo exterior, usando dietas y restricciones. Pero el verdadero crecimiento espiritual procede de lo interior.

## La Carta

Con este trasfondo, ahora podemos acercarnos a la carta de Pablo a los colosenses para obtener una idea global de lo que escribió. Sabemos que su epístola a los efesios fue escrita y enviada casi al mismo tiempo que su carta a los colosenses. Teniendo esto en mente, podemos descubrir que hay mucho paralelo entre ambas cartas. No obstante, el énfasis en Efesios está en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, mientras que el énfasis en Colosenses se hace sobre Cristo, la Cabeza del Cuerpo.

En esta carta, Pablo usó el vocabulario de los falsos maestros, pero no con el mismo sentido. El usó estas palabras en su verdadero significado cristiano. Al estudiar Colosenses, encontraremos palabras como *plenitud*, *perfecto*, y *completo*, las cuales fueron usadas por los herejes gnósticos. Más de cuarenta veces Pablo usó una u otra forma de la palabra *todo*. También escribió acerca de la *sabiduría* que era un término clave del vocabulario de los gnósticos; asimismo, tenía mucho que decir acerca de los ángeles los poderes espirituales.

Su tema central era *la preeminencia de Cristo Jesús* (Colosenses 1:18; 3:11). No tenemos por qué preocuparnos acerca de mediadores angélicos o emanaciones espirituales. ¡Dios ya envió a su Hijo para morir por nosotros! Toda persona que cree en Cristo Jesús es salva y forma parte de su Cuerpo, la Iglesia, de quién él es la Cabeza (1:18). ¡Estamos unidos con Cristo en una relación maravillosa y vital!

Además, nada necesita agregarse a esta relación, ya que cada creyente está *completo en él* (2:10). Toda la plenitud de Dios mora en Cristo (2:9), ¡y nosotros participamos de

esa plenitud! “Porque en Cristo habita toda la plenitud de la deidad corporalmente, y ustedes tienen esta plenitud en Cristo...” (2:9,10 NVI).

En un aeropuerto, mientras esperaba el avión, se me acercó un joven que quería venderme un libro. Con sólo mirar la cubierta llamativa supe que el libro estaba lleno de mitos y filosofías orientales.

–Aquí tengo un libro que suple todas mis necesidades – le dije al joven mientras abría el portafolio y sacaba mi Biblia.

–Ah, ¡nosotros no estamos en contra de la Biblia! –me aseguró– sólo que tenemos algo más, y eso hace nuestra fe aun mejor.

–Nadie puede darme más de lo que Cristo ya me ha dado –le contesté. Busqué en Colosenses 2, pero el joven ya desaparecía por el pasillo.

Es triste confesarlo, pero hay muchos creyentes que realmente piensan que alguna persona, sistema religioso o disciplina puede agregar algo a su desarrollo espiritual. Sin embargo, ya tienen todo lo que necesitan en la persona y obra de Cristo Jesús.

Si Pablo hubiera hecho un bosquejo de su carta a los creyentes en Colosas, tal vez sería como sigue:

Tema: Cristo Jesús es Preeminente (1:18)

### **I. DOCTRINA: LA PREEMINENCIA DE CRISTO DECLARADA–Capítulo 1**

- A. En el mensaje del evangelio–1:1-12
- B. En la redención–1:13,14
- C. En la creación–1:15-17
- D. En la iglesia–1:18-23
- E. En el ministerio de Pablo–1:24-29

### **II. PELIGRO: LA PREEMINENCIA DE CRISTO DEFENDIDA–Capítulo 2**

- A. Cuidado con las filosofías vanas–2:1-10
- B. Cuidado con el legalismo religioso– 2:11-17
- C. Cuidado con las disciplinas humanas–2: 18-23

### **III. DEBER: LA PREEMINENCIA DE CRISTO DEMOSTRADA–Capítulos 3–4**

- A. En la pureza de vida–3:1-11
- B. En la comunión cristiana–3:12-17
- C. En el hogar–3:18-21
- D. En el trabajo diario–3:22–4:1
- E. En el testimonio cristiano –4:2-6
- F. En el servicio cristiano–4:7-18

Este por supuesto, es sólo un bosquejo *sugerido*, y no debe tomarse como divinamente inspirado. Hay muchas maneras en que la Palabra de Dios puede analizarse y bosquejarse, y ningún bosquejo debe tomar el lugar de la Palabra escrita.

Al estudiar este bosquejo, sabremos cómo Pablo encaró este problema y trató de resolverlo. El no empezó atacando a los falsos maestros y sus doctrinas. Comenzó exaltando a Cristo Jesús y mostrando su preeminencia en cinco aspectos: el mensaje del evangelio, la redención, la creación, la iglesia, y el propio ministerio de Pablo. Las personas a las que les escribió Pablo se convirtieron a Cristo debido al mensaje del evangelio llevado por Epafras. ¡Si este mensaje era falso, entonces los colosenses no eran salvos!

Habiendo establecido la preeminencia de Cristo, Pablo ataca a los herejes en su propio terreno. En el capítulo 2, Pablo pone al descubierto el origen falso de las enseñanzas de los tales, y muestra cómo esas enseñanzas contradecían todo lo que él

enseñaba acerca de Jesucristo. El creyente que domina este capítulo no será desviado por una *nueva y mejorada forma de cristiandad*, por atractiva y llamativa que parezca.

Pero Pablo no pensó que su obra había terminado al refutar a los herejes, ya que todavía tenía algunas palabras importantes para la iglesia. En los capítulos 3 y 4, Pablo da el mejor antídoto contra la falsa enseñanza—*una vida piadosa*. Los que dicen, “No importa lo que creas, con tal de que vivas una vida buena”, no piensan lógicamente. *Lo que creemos determina cómo nos comportamos*. Si creemos que la materia es mala, usaremos nuestro cuerpo de una manera; pero si creemos que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, viviremos de la forma correspondiente.

Una mala doctrina siempre conduce a una vida equivocada. Una doctrina correcta debería conducir a una vida correcta. En los dos capítulos finales, Pablo aplica la preeminencia de Cristo a los quehaceres cotidianos. Si Cristo verdaderamente es preeminente en nuestra vida, entonces le glorificaremos manteniendo una vida limpia, disfrutando la comunión con otros creyentes, amándonos mutuamente en el hogar, siendo fieles en el trabajo, y procurando testificar de Cristo y servirle efectivamente. A menos que la doctrina nos conduzca a lo que es nuestro deber, no nos sirve de nada.

Muchos eruditos de la Biblia están de acuerdo en que la Epístola a los Colosenses es la carta más profunda que escribió Pablo. Esto no debe desanimarnos a leer y estudiar esta maravillosa carta. Pero debemos evitar un estudio superficial de estos capítulos. Si no dependemos del Espíritu de Dios para que nos enseñe, pasaremos por alto las verdades que Dios quiere enseñarnos.

La iglesia actual necesita desesperadamente el mensaje de Colosenses. Vivimos en un período en que la tolerancia religiosa se interpreta como: “una religión es tan buena como la otra”. Algunas personas tratan de obtener lo mejor de diferentes sistemas religiosos y fabrican su propia religión. Para muchas personas, Cristo Jesús es sólo *uno* de varios grandes maestros religiosos, sin más autoridad que ellos. Quizá él sea prominente, pero para ellos definitivamente no es preeminente.

Esta es una edad de *sincretismo* en la que las personas tratan de armonizar y unir muchas teorías de pensamiento diferentes para formar una religión superior. Nuestras iglesias evangélicas están en peligro de diluir la fe en su intento “por amor” de entender las creencias de otros. El misticismo, el legalismo, las religiones orientales, el ascetismo y las filosofías humanas están introduciéndose secretamente en las iglesias. Estos no niegan a Cristo, pero le destronan y le despojan del lugar preeminente que le corresponde.

Al estudiar esta carta interesante debemos prestar atención a las advertencias de Pablo: “Que nadie os engañe” (2:4); “Que nadie los cautive” (2:8, NVI); “Por tanto, nadie os juzgue” (2:16).

## Milagros en Colosas

(Colosenses 1:3-8)

Alejandro Whyte, un famoso predicador escocés, era conocido por su gratitud hacia las personas. Le gustaba enviar tarjetas postales a la gente, agradeciéndole algún favor o bien que él había recibido. Esos mensajes a menudo animaban a alguna persona cuando más lo necesitaba. La gratitud es una gran medicina para el alma.

El apóstol Pablo sabía alentar a los demás, y esta epístola es un ejemplo del valor del agradecimiento. En esta sección (que es más bien una larga oración gramática en el griego), él expresa su agradecimiento por lo que Cristo ha hecho en la vida de los creyentes en Colosas. Pero existen además otros cinco pasajes en los que menciona el agradecimiento—1:12; 2:7; 3:15,17 y 4:2. Si tomamos en cuenta que Pablo escribió esta carta *estando en prisión*, su actitud de agradecimiento es aun más admirable.

Siguiendo el ejemplo de Pablo, nosotros también deberíamos estar agradecidos por lo que Dios está haciendo en la vida de los demás. Como creyentes, todos somos miembros de un solo cuerpo (I Corintios 12:12,13). Si un miembro del cuerpo se fortalece, esto ayuda a fortalecer también todo el cuerpo. Si una iglesia experimenta un avivamiento de parte de Dios, esto ayudará a todas las iglesias. En su expresión de agradecimiento, Pablo señala las etapas en la experiencia espiritual de los creyentes en Colosas.

### Oyeron el Evangelio (Colosenses 1:5b-7)

Las buenas nuevas del evangelio no provenían de su ciudad. Tuvieron que ser llevadas; y en este caso, Epafras fue el mensajero. Él era un ciudadano de Colosas (4:12, 13) que había conocido a Pablo y había sido convertido a Cristo Jesús. Esto pudo haberse sucedido durante los tres años que Pablo predicó en Efeso (Hechos 19:10).

Después de su salvación, Epafras dio a conocer estas noticias maravillosas a sus familiares y amigos. Tal vez habría sido emocionante para Epafras quedarse con Pablo en Efeso donde estaban sucediendo grandes cosas. Pero su primera responsabilidad era llevar el evangelio a su ciudad natal (ve Marcos 5:19).

El evangelio es las buenas nuevas de que, a través de su muerte, su sepultura, y su resurrección, Cristo Jesús ha resuelto el problema del pecado. La palabra “evangelio” quiere decir *buenas nuevas*. Desafortunadamente, algunas personas testifican como si el evangelio fuera las *malas noticias* de condenación.

Me acuerdo de un obrero de la iglesia que actuaba como si en lugar de ser un testigo cristiano fuera un abogado fiscal. Aunque continuamente reprendía a la gente por sus pecados, se olvidaba de darles las buenas nuevas del perdón por medio de la fe en Cristo.

Sin embargo, podemos aprender una lección de él. Al testificar a otros, debemos enfatizar las buenas nuevas del evangelio (ve I Corintios 15:1-8). En esta sección de su carta a los colosenses, Pablo representa las características de su mensaje glorioso del evangelio.

***Se centra en una persona—Cristo Jesús.*** El tema de esta epístola es la preeminencia de Cristo Jesús, y verdaderamente vemos su preeminencia en el evangelio. Los falsos maestros que habían invadido la iglesia en Colosas estaban tratando de quitar a Jesucristo de su lugar de preeminencia; pero al hacerlo destruían el evangelio. Es *Cristo*

quien murió por nosotros, y resucitó. El mensaje del evangelio no se centra en una filosofía, una doctrina o un sistema religioso. Se centra en Cristo Jesús, el Hijo de Dios.

**Es la “palabra verdadera” (1:5).** Esto significa que vino de Dios, y por lo tanto es confiable. “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Hay muchos mensajes e ideas que pueden llamarse *verdaderos*, pero sólo la Palabra de Dios puede llamarse la *Verdad*. Satanás es el mentiroso; creer sus mentiras es ser desviado hacia la muerte (Juan 8:44). Jesús es la verdad (Juan 14:6). Al creer en él, encontramos vida. Los hombres han tratado de destruir la verdad de Dios, pero han fracasado. ¡La palabra de verdad todavía está en pie!

Todos tenemos fe en algo. Pero la fe es solamente tan buena como el objeto sobre el cual se deposita. El salvaje adora a un dios de piedra; el hombre civilizado adora el dinero, sus posesiones o condición social. En ambos casos, la fe es vacía. El creyente verdadero tiene fe en Jesucristo, y esa fe está basada en la palabra de verdad. Cualquier otra fe es sólo superstición—no puede salvar.

**Es el mensaje de la gracia de Dios (1:6).** *Gracia y misericordia* son dos palabras en el vocabulario cristiano que frecuentemente se confunden. Dios en su gracia me da lo que no merezco. Sin embargo, en su misericordia no me da lo que sí merezco. La gracia es el favor inmerecido que Dios muestra a los pecadores. La gracia es la razón por la cual el evangelio es *buenas* noticias: Dios desea y puede salvar a todo aquel que confía en Cristo Jesús.

Juan Selden (1584-1654) fue un historiador reconocido y una autoridad legal en Inglaterra. Tenía una biblioteca de 8000 tomos y era reconocido por su saber. En el momento de su muerte le dijo al arzobispo Ussher: “He estudiado la mayor parte del conocimiento humano, y mi estudio está repleto de libros y manuscritos sobre diferentes temas. No obstante, hasta hoy no puedo recordar ningún pasaje sacado de libros y papeles sobre el cual pueda descansar mi alma, excepto éste de las Sagradas Escrituras: ‘Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres’ (Tito 2:11).

**Es para todo el mundo (1:6).** Cuando yo era joven pastor, uno de mis predicadores favoritos era el Dr. Walter Wilson de Kansas City. Ese predicador tenía una manera propia de hacer que las viejas verdades parecieran nuevas y maravillosas. En una ocasión escuché que citó Juan 3:16 y preguntó: “Si ustedes tuvieran que dar un regalo que fuera apropiado para todo el mundo, ¿qué darían?”

En seguida dio algunas posibilidades y demostró que esos regalos no serían apropiados para todos: libros (muchas gente no puede leer); alimento (la gente tiene una dieta diferente en distintas partes del mundo); ropa (los climas son diferentes); dinero (no todas las culturas utilizan dinero). El llegó a la conclusión lógica de que sólo el evangelio con su don de la vida eterna, era apropiado para todo el mundo; y tenía razón.

Pablo dijo que el evangelio estaba produciendo fruto en todo el mundo. La Palabra de Dios es la única semilla que puede ser sembrada en cualquier lugar del mundo, y dar fruto. El Evangelio puede predicarse “en toda la creación que está debajo del cielo” (Colosenses 1:23). El énfasis de Pablo estaba en “todo hombre” (1:28). Los falsos maestros no llevan su mensaje a todo el mundo. Ellos van donde el evangelio ya ha llegado y tratan de desviar a los creyentes. *¡No tienen buenas nuevas para los pecadores perdidos!*

Para que las personas sean salvas, es necesario que escuchen el evangelio de Jesucristo. Y para que escuchen, nosotros, los que somos salvos, tenemos que llevarles el mensaje. ¿Estás tú haciendo tu parte?

## **Creyeron en Cristo Jesús (Colosenses 1:4)**

Aunque la Palabra de Dios tenga el poder para generar fe en los que escuchan, es posible escuchar y no creer (Romanos 10:17). Millones de personas han oído las buenas nuevas de salvación, y aún no han creído. Pero los que creen en Cristo Jesús reciben de Dios el don de la vida eterna (Juan 3:14-18).

No somos salvos por tener fe *en la fe*. Hoy en día está en boga un culto que promueve “el creer”, pero que tiene poco que ver con Cristo Jesús. La actitud moderna es: “Si crees, estás a salvo”. Pero la pregunta obvia es: “¿En qué debo creer?” La respuesta que dan es: “¡Simplemente cree!”

Tampoco somos salvos creyendo *en una serie de doctrinas*. Frecuentemente relato la historia del famoso evangelista, Jorge Whitefield, cuando se encontraba testificándole a un hombre.

–¿Qué es lo que usted cree? –preguntó Whitefield.

–Creo lo que mi iglesia cree –contestó el hombre.

–¿Y qué cree su iglesia? –preguntó nuevamente Whitefield.

–Lo que yo creo –contestó el hombre.

Intrépidamente, Whitefield volvió a intentar, –¿y que creen *ambos*?

–Pues, ¡creemos lo mismo! –fue la respuesta evasiva de aquel hombre.

La fe que salva involucra la mente, las emociones y la voluntad. Con la mente entendemos la verdad del evangelio, y con el corazón sentimos la convicción y la necesidad de ser salvos. Pero es sólo cuando aplicamos la voluntad y nos entregamos a Cristo que el proceso se completa. La fe no es una afirmación mental a ciertas doctrinas, no importa lo ciertas que sean. La fe no es asunto de las emociones. *La fe es una entrega a Cristo Jesús.*

Cuando el misionero Juan G. Paton estaba traduciendo la Biblia en las Hébridas, buscó la palabra exacta para traducir *creer*. Finalmente, la encontró: la palabra significaba *apoyar todo el peso sobre*. Eso es la fe salvadora—apoyar todo tu peso sobre Jesucristo.

La fe que salva se fundamenta en el evangelio (Colosenses 1:23). Es la Palabra de Dios la que nos da seguridad. A medida que crecemos en el Señor, nuestra fe se hace más firme (2:5) y estable (2:7).

Los falsos maestros que habían llegado a Colosas trataban de debilitar la fe que los creyentes tenían en Cristo y en la Palabra de Dios. Este mismo ataque se lleva a cabo en la actualidad. Cualquier enseñanza religiosa que destrona a Jesucristo, o que hace de la salvación otra cosa que no sea la experiencia de la gracia de Dios por fe, es antibíblica y engendrada por Satanás.

Un pensamiento final: ¡la experiencia de los creyentes en Colosas era tan maravillosa que la gente lo comentaba! Pablo lo había oído de parte de Epafras, los falsos maestros lo oyeron y decidieron hacer una visita a la iglesia en Colosas para ver personalmente ese cambio sobresaliente.

No puedes permanecer callado cuando has experimentado la salvación en Cristo Jesús. ¿Vives la clase de vida cristiana que anima a otros y les facilita la obra de evangelismo? ¿Es la comunión en tu iglesia tan hermosa que aun los inconversos lo notan?

## **Fueron Hechos Discípulos (Colosenses 1:7)**

Epafras no guió a los colosenses a Cristo para luego abandonarlos, sino que les enseñó la Palabra y buscó la manera de afirmar su fe. La palabra que se traduce

“aprendido” en el versículo 7, se relaciona con la palabra *discípulo* en el idioma griego. Es la misma palabra que Jesús usó: “Aprended de mí” (Mateo 11:29) o, mejor dicho: *Sed mis discípulos*.

Estos creyentes nuevos estaban en peligro de desviarse de la verdad y seguir a los falsos maestros. Pablo les recordaba que fue Epafras quien los guió a Cristo, los discípulo, y les enseñó la Palabra. La palabra “ya” (Colosenses 1:5) probablemente significa *antes de que los falsos maestros aparecieran*. Al igual que los colosenses, debemos cuidarnos de que cualquier líder religioso a quien no le interesa ganar almas perdidas, sino que se dedica a *robar ovejas* del rebaño de otros.

Nunca debemos olvidar que los creyentes nuevos deben ser discipulados. Así como el recién nacido necesita el cuidado amoroso y la protección hasta que pueda valerse por sí mismo, el nuevo creyente necesita ser discipulado. La Gran Comisión no termina con la salvación de un perdido, ya que en dicha comisión Jesús nos manda a enseñar también la Palabra a los nuevos creyentes (Mateo 28:19,20). Este es precisamente el propósito de la comunión en la iglesia local. El Nuevo Testamento no enseña el “cristianismo individualista” que prevalece hoy día—es decir, la gente que ignora la iglesia local y que encuentra todo su alimento espiritual en libros, radio, televisión o cintas grabadas.

Epafras era un obrero fiel. No sólo ganó personas para Cristo, sino que les enseñó la Palabra y los ayudó para que crecieran. También oraba por ellos (Colosenses 4:12,13) para que maduraran en Cristo. Cuando el peligro amenazaba a los miembros de la iglesia, Epafras fue a Roma para pedir consejo de Pablo. Epafras amaba a los hermanos y quería protegerlos de las falsas doctrinas que destruirían la comunión e impedirían el desarrollo espiritual de ellos.

La palabra *discípulo* se encuentra más de 265 veces en los Evangelios y en los Hechos, y el verbo traducido “aprender” como un discípulo se encuentra 23 veces en el Nuevo Testamento. En ese tiempo, un discípulo no era simplemente una persona que se sentaba a escuchar a su maestro. Era alguien que vivía con su maestro y aprendía escuchando, observando y practicando. El discipulado iba más allá del inscribirse en una escuela y asistir a las clases. Implicaba una entrega total al maestro. Significaba aprender viviéndolo. En la actualidad, los estudiantes de medicina o los aprendices vocacionales tal vez ilustran mejor el significado correcto del discipulado.

Sin embargo, nosotros que discipulamos a otros creyentes debemos tener cuidado de no causar estorbo. No debemos hacer discípulos *para nosotros mismos*, sino para Cristo. Debemos encaminar a las personas a Cristo para que le amen y le obedezcan. Epafras enseñó fielmente a los hermanos y los guió a Cristo Jesús, pero los falsos maestros entraron y trataron de *desviar a los discípulos*. (El médico Lucas nos advierte acerca de este problema. Ve Hechos 20:28-30). La naturaleza humana tiende a seguir a los hombres en lugar de Dios—quiere *algo nuevo* en lugar de las verdades fundamentales del evangelio.

Veamos ahora los resultados de los esfuerzos de Epafras.

### **Se Hicieron Fieles en Cristo (Colosenses 1:6,8)**

La Palabra de Dios es semilla (Lucas 8:11). Esto quiere decir que la Palabra tiene vida en sí misma (Hebreos 4:12). Al ser plantada en el corazón, puede producir fruto.

Cerca de la estación King’s Cross en Londres, Inglaterra, hay un cementerio que tiene una tumba singular, la de la agnóstica Lady Ann Grimston. Ella está sepultada en una tumba de mármol, señalada por una placa de mármol. Antes de morir, le había

comentado sarcásticamente a un amigo: “Volveré a vivir tan cierta como que un árbol crecerá de mi cuerpo”.

Una incrédula, Lady Ann Grimston no creía que existiera vida después de la muerte. No obstante, *¡un árbol creció en su tumba!* Una pequeña semilla echó raíces, y al crecer, ¡partió el mármol y aun arrancó la verja de metal de la tierra! Hay vida y poder en una semilla, y hay vida y poder en la Palabra de Dios.

Cuando la Palabra de Dios es sembrada y cultivada, produce fruto. Fe, esperanza y amor son los primeros frutos de la cosecha espiritual. Estas virtudes espirituales son parte de la evidencia de que una persona verdaderamente ha nacido de nuevo (lee I Tesalonicenses 1:3; Romanos 5:1-4; Hebreos 6:9-12; Efesios 1:13-15; y I Pedro 1:3-9).

*La fe* viene por oír la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Nuestra vida cristiana empieza con la *fe que salva*; pero esto es sólo el principio. Aprendemos a caminar por fe (II Corintios 5:7) y a trabajar por fe (I Tesalonicenses 1:3). Es la fe la que da poder a la oración (Lucas 17:5,6). La fe es un escudo que nos protege de los dardos destructores de Satanás (Efesios 6:16).

*El amor* es otra evidencia de una verdadera salvación, porque la persona no salva se concentra principalmente en sí misma (Efesios 2:1-3). El hecho de que los creyentes de Colosas amaban a *todos* los demás santos era una prueba de que Dios los había cambiado y les había dado la vida eterna. El amor cristiano no es un sentimiento superficial que fabricamos; es la obra del Espíritu Santo en nuestro corazón (Colosenses 1:8; Romanos 5:5). Es importante notar que Colosenses 1:8 es el único versículo de la epístola que menciona al Espíritu Santo, y lo relaciona con el amor.

Este amor engendrado por el Espíritu Santo era hacia “todos los santos” (1:4), y no solo para las personas de su propia iglesia. Como creyentes, nosotros también necesitamos darnos cuenta del enorme alcance del amor de Dios y compartirlo con todos los santos (Efesios 3:17-19). Los creyentes deben estar “unidos en amor” (Colosenses 2:2) para que exista una verdadera unidad espiritual para la gloria de Dios. El vínculo que nos une es el amor (Colosenses 3:14). La uniformidad es el resultado de la presión exterior, pero la unidad es el resultado de la compasión que existe interiormente.

*La esperanza* es también una característica del creyente. Las personas inconversas no tienen esperanza, porque están sin Dios (Efesios 2:11,12). Los que están sin Cristo no tienen esperanza (I Tesalonicenses 4:13). En la Biblia la esperanza no es un *espero que sí*. Nuestra esperanza en Cristo es tan precisa y segura como nuestra fe en Cristo. Puesto que Cristo mora en nosotros, tenemos la “esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

Los maestros falsos trataron de inquietar a los creyentes en Colosas y de desviarlos de la esperanza del evangelio (1:23). Pero Pablo aclaró que esta esperanza “está guardada” para los creyentes en el cielo (1:5). La palabra que se traduce “guardada” lleva en sí la idea de *estar reservado, colocado aparte para alguien*. Se usaba para referirse al dinero depositado o escondido. El tiempo del verbo indica que esta esperanza ha sido reservada *de una vez y para siempre* de manera que nada puede quitárnosla. Esta esperanza (nuestra gloriosa herencia en el cielo) no sólo ha sido reservada para nosotros, sino que también nosotros somos guardados por el poder de Dios para que podamos estar seguros de que un día disfrutaremos del cielo (I Pedro 1:1-5). ¡Estamos siendo reservados para la gloria!

¿Cuál es la relación entre la fe, la esperanza y el amor? Ciertamente, cuanto más amemos a una persona, más confianza tendremos en ella. No tenemos confianza en un conocido casual en la misma medida en que confiamos en un amigo íntimo. Al conocer

mejor a Dios, confiamos más en él, y le amamos más. El amor y la fe se animan recíprocamente.

Pero la esperanza también tiene su contribución valiosa. Dondequiera que haya una relación de fe y amor, habrá una esperanza creciente. Cuando un hombre y una mujer se enamoran y aprenden a tenerse confianza debido a ese amor, su futuro siempre se hace más brillante. De hecho, Pablo enseñó que la esperanza es un poder que motiva al amor y a la fe. "...fe y amor que brotan de la esperanza depositada para vosotros en los cielos..." (Colosenses 1:5, NVI)

La esperanza bienaventurada de ver a Cristo Jesús e ir al cielo para estar con él es una fuerza poderosa en la vida del creyente. Cuando nos damos cuenta del gozo que tendremos en el cielo, somos impulsados a amarle más. El hecho de que *sabemos* que estaremos con él en gloria nos anima a confiar más en él. Aun los problemas y las tribulaciones terrenales no nos quitan esa esperanza.

He notado que la expectativa de una dicha futura hace que las personas se amen más el uno al otro. ¿Han observado a los niños antes de la Navidad o unas vacaciones de familia? La promesa gloriosa del cielo alienta nuestra fe y aumenta nuestro amor. Luego la fe y el amor obran juntos para hacer el presente más agradable y el futuro más emocionante.

Las divisiones y las disensiones entre creyentes son desastrosas. No estoy sugiriendo que todos nos juntemos en una *super iglesia*, pero siento que podría haber más amor y comprensión entre los hijos de Dios. El hecho de que vamos a estar juntos en el cielo debe alentarnos a amarnos aquí en la tierra. Esta es una razón por la que Cristo ya nos ha dado su gloria. "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (Juan 17:22). Tal como lo escribió el poeta:

Vivir allá con los creyentes que amamos  
Realmente será la gloria  
Vivir aquí con los creyentes cercanos  
Bueno, ¡eso es otra historia!

La esperanza de ver a Cristo e ir al cielo no sólo es una motivación para la fe y el amor, sino también para una vida santa. "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (I Juan 3:3). Cuando yo era un creyente nuevo, un amigo viejo me advirtió: "No participes en ninguna actividad que te avergonzaría si Cristo regresara". Esa es una idea algo negativa de la promesa del cielo, aunque sí tiene algún mérito. De hecho, el apóstol Juan nos advierte que si no permanecemos en Cristo (conservarnos en comunión con él, obedeciéndole), tal vez nos avergonzaremos cuando él regrese (I Juan 2:28).

Sin embargo, hay un lado positivo de esta verdad. Debemos mantener limpia nuestra vida para que, cuando Cristo Jesús regrese, nada empañe nuestro primer encuentro con él. ¡Entraremos en el gozo y gloria de su presencia con confianza y amor! Pedro le llama a esto una "amplia y generosa entrada" en el reino eterno (II Pedro 1:11).

La esperanza del cielo también es un aliento en tiempos de sufrimiento (I Pedro 1:4-9). Como creyentes, tenemos parte en el sufrimiento; pero en medio de tribulaciones, podemos gozarnos "con gozo inefable y glorioso" (I Pedro 1:8). Cuando los inconversos sufren, se desaniman y quieren rendirse. Pero cuando los creyentes sufren, su fe puede hacerse más fuerte y su amor más profundo porque su esperanza es más brillante.

¿Cómo sabemos que tenemos esta esperanza? La promesa se da en "la palabra verdadera del evangelio" (Colosenses 1:5). Los que hemos creído no tenemos que *elaborar* un buen sentimiento de esperanza. La Palabra inmutable de Dios nos asegura

que nuestra esperanza está segura en Cristo. De hecho, esta esperanza se compara a un ancla (Hebreos 6:19) que nunca puede romperse o desplazarse.

¡Con mucha razón Pablo estaba agradecido por los creyentes en Colosas! Dios le había dado a Pablo “milagros extraordinarios” en Efeso (Hechos 19:11). Pero ningún milagro es mayor que la salvación del pecador perdido. A través del testimonio fiel de Epafras, Dios había realizado milagros de gracia en Colosas.

¿Has experimentado tú el milagro de salvación?

Si es así, entonces continúa creciendo y dando fruto para el Señor. La misma Palabra que te dio vida cuando confiaste en Jesucristo continuará alimentado esa vida y haciéndote un creyente fiel y fructífero.

¿Están sucediendo *milagros del evangelio* de gracia en el lugar donde vives?

## La Oración de un Prisionero

(Colosenses 1:9-12)

Las oraciones que se encuentran en las cartas escritas por Pablo en la prisión son realmente singulares, partiendo del hecho de que él no oraba por sí mismo, sino por otros. Las peticiones de sus oraciones se centran en bendiciones *espirituales*, y no en asuntos materiales o físicos. Por supuesto que no es malo orar por las necesidades físicas o materiales, pero las necesidades espirituales son mucho más importantes.

¿Cómo orarías tú por un grupo de personas a las cuales nunca has visto? Todo lo que Pablo sabía acerca de los creyentes en Colosas lo había aprendido del fiel pastor de ellos, Epafras. Pablo sabía de las falsas enseñanzas que amenazaban a la iglesia, así que centró su oración en ese problema. Pablo hizo tres peticiones en su oración:

### Oró Pidiendo Inteligencia Espiritual (Colosenses 1:9)

A los creyentes en Colosas, los falsos maestros les aseguraban que se contarían entre los *iluminados* si tan sólo aceptaban las nuevas doctrinas. Palabras tales como *conocimiento, sabiduría, e inteligencia espiritual* eran parte de su vocabulario religioso; es por eso que Pablo usó estas palabras en su oración. ¡Satanás es tan engañoso! A él le gusta usar el vocabulario cristiano, ¡pero no usa el diccionario cristiano! Mucho antes de que los falsos maestros adoptaran esos términos, las palabras ya estaban en el vocabulario cristiano.

La frase, “por lo cual”, relaciona la oración a lo que Pablo había escrito en el versículo 6: “...y conocisteis la gracia de Dios en verdad”. El informe que había dado Epafras convenció a Pablo de que estos creyentes verdaderamente conocían a Cristo y habían nacido de nuevo. Sin embargo, ¡había mucho más que aprender *de él y acerca de él!* “Ustedes no necesitan una nueva experiencia espiritual”, les decía Pablo. “Lo que necesitan es sólo crecer en la experiencia que ya han tenido.”

Cuando una persona nace en la familia de Dios a través de la fe en Jesucristo, nace con todo lo necesario para crecer y madurar. Este es el tema de Colosenses: “Y vosotros estáis completos en él” (2:10). Ninguna otra experiencia es necesaria aparte del nuevo nacimiento. “No busquen algo nuevo”, Pablo advirtió a la iglesia. “Continúen creciendo en lo que ya han recibido desde el principio” (paráfrasis del autor).

Todo creyente requiere el “conocimiento de su voluntad”. La palabra griega traducida como “conocimiento” en este versículo tiene el significado de *conocimiento completo*. Siempre hay algo más para aprender acerca de Dios y su voluntad para nuestra vida. Ningún creyente se atreverá a decir que ya ha llegado a la cúspide y que no necesita aprender más. Un creyente estaría demostrando así su ignorancia, como aquel principiante universitario que escribió en sólo diez páginas un informe acerca de “la Historia del Universo”.

La voluntad de Dios es una parte importante de la vida cristiana victoriosa. Dios quiere que *conozcamos* su voluntad (Hechos 22:14) y que la *entendamos* (Efesios 5:17). Dios no es un dictador distante que manda órdenes y nunca las explica. Debido a que somos sus amigos, podemos saber lo que está haciendo y por qué lo está haciendo (Juan 15:13-15). Mientras estudiamos su Palabra y oramos, descubrimos verdades nuevas y alentadoras acerca de la voluntad de Dios para sus hijos.

La idea de la palabra *llenos* es un pensamiento clave en Colosenses. También lo era en las enseñanzas de los falsos maestros que habían invadido la iglesia en Colosas. Pablo lo usó muchas veces (Colosenses 1:19,25; 2:2,9,10; 4:12-17; *completo*= completamente lleno). La palabra tiene la idea de estar completamente equipado. Se usaba para describir una embarcación lista para zarpar. El creyente tiene en Cristo todo lo que necesitaba para el viaje de la vida. “Y vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:10). “Porque de su plenitud tomamos todos” (Juan 1:16).

En el lenguaje del Nuevo Testamento, el ser “lleno” significa ser *controlado por*. Cuando nos llenamos de ira, somos controlados por la ira. Ser “llenos del Espíritu” (Efesios 5:18) significa ser *controlados por el Espíritu*. La oración de Pablo, entonces, era que esos creyentes pudieran ser controlados por el conocimiento completo de la voluntad de Dios.

¿Pero cómo sucede eso? ¿Cómo pueden los creyentes crecer en el conocimiento completo de la voluntad de Dios? La conclusión que Pablo da en el versículo 9 nos dice: “a través de toda sabiduría y discernimiento espiritual” (traducción literal). *Entendemos la voluntad de Dios a través de la Palabra de Dios*. El Espíritu Santo nos enseña a medida que nos sometemos a él (Juan 14:26; 16:13). A medida que oramos y buscamos la verdad de Dios con sinceridad, él nos da a través del Espíritu la sabiduría y el discernimiento que necesitamos (Efesios 1:17).

La voluntad de Dios para sus hijos en forma *general* se da claramente en la Biblia. La voluntad de Dios en forma *específica* para cualquier situación siempre estará acorde con lo que ya ha revelado en su Palabra. Cuanto mejor conozcamos la voluntad de Dios en forma general, más fácil será determinar su voluntad específica para la vida cotidiana. Pablo no animaba a los Colosenses para que buscaran visiones o escucharan voces sobrenaturales. El oraba para que ellos profundizaran más en la Palabra de Dios y tuvieran una mejor sabiduría y discernimiento en cuanto a la voluntad de Dios. El quería que tuvieran “toda sabiduría”—no que lo supieran todo, sino que tuvieran toda la sabiduría necesaria para tomar decisiones correctas y así agradar a Dios.

La inteligencia espiritual es el comienzo de una vida cristiana exitosa y fructífera. Dios no premia la ignorancia. En cierta ocasión escuché a un predicador que dijo: “¡Yo nunca fui a la escuela. Yo sólo soy un creyente ignorante, y estoy contento que lo haya sido!” Una persona no necesita ir a la escuela para obtener inteligencia espiritual; pero tampoco debería ostentar la “ignorancia”.

Varios grandes hombres de Dios del pasado nunca tuvieron el privilegio de una educación bíblica formal (Carlos Spurgeon, G. Campbell Morgan, H.A. Ironside); sin embargo, fueron estudiantes diligentes de la Palabra, aprendiendo sus verdades más profundas a través de horas de estudio, meditación y oración. El primer paso hacia la plenitud de vida es la inteligencia espiritual—creciendo en la voluntad de Dios por medio del conocimiento de la Palabra de Dios.

### **Oró Pidiendo Obediencia Práctica (Colosenses 1:10)**

Los falsos maestros en Colosas atraían a la gente a través de sus ofrecimientos de *conocimiento espiritual*, pero no aplicaban ese conocimiento a la vida. En la vida cristiana, el conocimiento y la obediencia van juntos. No existe división entre el *aprendizaje* y la *práctica*. La sabiduría por la que oraba Pablo no era simplemente un conocimiento intelectual de las verdades espirituales profundas (1:28; 2:3; 3:16; 4:5). La sabiduría espiritual verdadera debe afectar la vida diaria. La sabiduría y la inteligencia práctica deben ir juntas (ve Exodo 31:3; Deuteronomio 4:6; I Corintios 1:19).

Durante mi ministerio como pastor, he conocido a personas que llegan a intoxicarse *estudiando las verdades profundas de la Biblia*. Generalmente alguien les ha dado algún libro o las cintas grabadas de algún maestro. Poco después las *verdades profundas* que descubren los desvían de la vida cristiana práctica. En lugar de desarrollar un corazón ardiente de devoción a Cristo (Lucas 24:32), se vuelven orgullosos y empiezan a crear problemas en sus hogares y en la iglesia. Todas las verdades bíblicas son prácticas, no teóricas. Si estamos creciendo en conocimiento, deberíamos también estar creciendo en la gracia (II Pedro 3:18).

Hay dos palabras que resumen la viabilidad de la vida cristiana: *andar y trabajar*. La secuencia es importante: primero, sabiduría, luego andar; y después trabajar. No puedo trabajar para el Señor a menos que ande con él; pero tampoco puedo andar con él si desconozco su voluntad. El creyente que diariamente dedica tiempo a la Palabra y a la oración (Hechos 6:4) conocerá la voluntad de Dios y podrá caminar con él y trabajar para él.

Después de todo, nuestro propósito en la vida no es el de agradarnos a nosotros mismos, sino al Señor. Debemos andar como es *digno de nuestra vocación* (Efesios 4:1), y *digno del evangelio* (Filipenses 1:27), que significa que andaremos como es *digno de Dios* (I Tesalonicenses 2:12). En resumen, debemos vivir para agradar a Dios (I Tesalonicenses 4:1).

No somos nosotros los que trabajamos para Dios; es Dios el que trabaja en nosotros y a través de nosotros para producir el fruto de su gracia (Filipenses 2:12,13). El servicio cristiano es el resultado de la fidelidad cristiana. El trabajo que realizamos es el resultado normal de la vida que vivimos. Es el hecho de permanecer en Cristo lo que nos capacita para producir fruto (Juan 15:1-16).

Dios tiene que formar al obrero antes de que pueda hacer la obra. Dios tomó 13 años para preparar a José para su ministerio en Egipto, y 80 años para preparar a Moisés para ser el líder de Israel. Jesús estuvo 3 años enseñándoles a sus discípulos a llevar fruto. El apóstol Pablo, erudito, necesitó un *curso de capacitación de posgrado* en Arabia antes de que pudiera servir a Dios con eficacia. Un recién nacido puede llorar y hacer que le presten atención, pero no puede trabajar. Un recién convertido puede testificar de Cristo y aun ganar almas—pero se le debe enseñar a caminar y conocer la sabiduría de Dios antes de que pueda ser colocado en un ministerio que requiera responsabilidad.

La sabiduría de Dios revela la voluntad de Dios. Al obedecer la voluntad de Dios en nuestro andar, podemos trabajar y llevar fruto para él. No sólo serviremos a Dios ocasionalmente, sino que llevaremos “fruto en toda buena obra” (Colosenses 1:10). Pero además hay una bendición indirecta que resulta de esta experiencia: “creciendo en el conocimiento de Dios” (v.10). A medida que caminamos con Dios y trabajamos para él, llegamos a conocerle más íntimamente.

Nuestra vida cristiana urgentemente necesita de un *equilibrio*. Es cierto que conocemos mejor a Dios cuando oramos en privado y meditamos en su Palabra. Pero también le conocemos al caminar en nuestra vida diaria y al trabajar para ganar almas, y al ayudar a su pueblo.

La adoración y el servicio no son antagónicos. Siempre van juntos. Cuando el Señor Jesús cumplió su ministerio en la tierra, se retiraba a orar, y luego salía a servir. Necesitamos evitar los extremismos del misticismo utópico y el entusiasmo carnal. Al pasar tiempo a solas con Dios, llegamos a entenderlo y a conocer su voluntad para nuestra vida; y al salir a obedecerle, aprendemos más.

La obediencia práctica significa agradar a Dios, servirle y conocerle mejor. Cualquier doctrina que aísla al creyente de las necesidades del mundo que le rodea no es una doctrina espiritual. El evangelista D. L. Moody solía decir: “Cada Biblia debería

estar forrada en cuero de zapatos”, indicándose así, en su estilo peculiar, que la Biblia debe manifestarse en nuestro andar diario. Pablo estaría de acuerdo.

Pablo oró para que tuviéramos inteligencia espiritual, y para que esta inteligencia trajera como resultado la obediencia práctica. Sin embargo, hay una tercera petición que complementa estas dos primeras; sin ella, la vida cristiana no estaría completa.

### **Oró Pidiendo Rectitud Moral (Colosenses 1:11,12)**

La sabiduría y la conducta siempre deben tener relación con el carácter moral. Uno de los problemas graves en nuestro ambiente cristiano de hoy es el énfasis en *el conocimiento espiritual* y *el servicio cristiano*, sin relacionar estos asuntos importantes con el carácter personal.

Por ejemplo, algunos maestros y predicadores afirman que tienen la sabiduría de Dios, sin embargo, carecen del amor y la bondad y las otras cualidades básicas que hacen la vida cristiana hermosa y distintiva. Aun algunos creyentes *ganadores de almas* se ocupen tanto en servir a Dios que no pueden tomarse el tiempo suficiente para verificar los hechos—es así como publican mentiras acerca de otros creyentes. Por algunos meses, leí cierta publicación de tipo religioso. Pero cuando descubrí que no contenía ninguna *Carta al Editor* (Sólo en casos de elogio) y que nunca publicaron una corrección o disculpa por algún error, dejé de leer la revista.

El conocimiento, la conducta, el servicio y el carácter deben siempre ir juntos. Conocemos la voluntad de Dios para obedecerla; y al obedecerla le servimos y crecemos en el carácter cristiano. Aunque ninguno de nosotros está perfectamente equilibrado en estos cuatro factores, debemos esforzarnos pro lograr ese equilibrio.

Es la energía de Dios lo que nos llena de poder. El versículo 11 podría leerse así: *Con todo poder, siendo energizados a la medida del poder de su gloria*. Pablo usó dos palabras griegas diferentes para referirse a la energía de Dios: *dunamis* (de donde se deriva nuestra palabra *dinamita*) que significa poder inherente; y *kratos* que significa poder manifiesto, poder que se exterioriza en acción. La gracia de nuestra vida cristiana es sólo el resultado del poder de Dios obrando en nuestra vida. El crecimiento y la madurez espiritual sólo pueden ser nuestros cuando cedemos ante el poder de Dios y le permitimos que obre en nosotros.

Nosotros estamos habituados a pensar en el glorioso poder de Dios manifestando en grandes hazañas—los israelitas cruzando el Mar Rojo; David encabezando un ejército victorioso; Pablo resucitando a un muerto. Pero en énfasis aquí está en el carácter cristiano: paciencia, longanimidad, gozo y gratitud. Las victorias internas del alma igualan, si no es que superan, a las victorias públicas registradas en los anales de la historia. El que David controlara su ira cuando era insultado por Simei fue una victoria mayor que cuando derrotó a Goliat (II Samuel 16:5-13). “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Proverbios 16:32).

La palabra “paciencia” significa *soportar cuando las circunstancias son difíciles*. Es lo opuesto a desesperación. Esta palabra nunca se menciona en relación con Dios; pues, Dios no se enfrenta con situaciones difíciles. Para él nada es imposible (Jeremías 32:27).

La paciencia es una característica importante de la vida cristiana madura. Si no aprendemos a ser pacientes, es probable que no aprendamos nada más. Siendo creyentes, podemos regocijarnos aun en nuestras tribulaciones, ya que sabemos que “la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza” (Romanos 5:3-4, LBLA).

Nunca debemos suponer que la paciencia es complacencia. La paciencia es *aguante en acción*. No se refiere al creyente sentado en un sillón, esperando que Dios haga algo. Se refiere al soldado en el campo de batalla, firme en su posición cuando la lucha arrecia. Se refiere al corredor en la pista, rehusando detenerse porque quiere ganar la carrera (Hebreos 12:1).

Muchos creyentes tienen la tendencia a darse por vencidos cuando las circunstancias se vuelven difíciles. El piadoso Dr. V. Raimundo Edman, quien fuera director de Wheaton College (Illinois), solía recordarles a los estudiantes: “Jamás es hora de darse por vencido”.

Yo frecuentemente he pensado en esa frase cuando me he encontrado en medio de circunstancias adversas. No es el talento o la preparación lo que garantiza la victoria: es la perseverancia. “Fue la perseverancia lo que llevó al caracol al arca”, dijo Carlos Spurgeon.

Junto con la paciencia, necesitamos “longanimidad”. Esta palabra significa *autocontrol*, y es lo opuesto a venganza. La paciencia se refiere principalmente a las circunstancias, mientras que la longanimidad se refiere a las personas. Dios tiene longanimidad hacia las personas debido a su amor y gracia (II Pedro 3:9). La longanimidad es un fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Se encuentra entre *el ropaje de gracia* que el creyente debe tener en su alma (Colosenses 3:12).

Es sorprendente ver cómo las personas pueden aguantar pacientemente las circunstancias adversas, pero pierden los estribos cuando se trata de un amigo o un ser querido. Moisés fue muy paciente durante su conflicto con Faraón en Egipto. Pero se impacientó con su propio pueblo y, como resultado, perdió el derecho a entrar en la tierra prometida (Número 20). “Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda” (Proverbios 25:28).

La paciencia y la longanimidad van juntas si estamos creciendo espiritualmente. Pablo las enumeró como cualidades de un verdadero ministro de Jesucristo (II Corintios 6:4-6). Seguramente, Pablo manifestaba esas virtudes en su propia vida (II Timoteo 3:10). El gran ejemplo de paciencia y longanimidad en el Antiguo Testamento es Job (Santiago 5:10,11). En el Nuevo Testamento por supuesto, es el Señor Jesucristo.

Es fácil para Dios realizar milagros en el ámbito físico o material, ya que toda la creación le obedece. Jesús pudo sanar la oreja de Malco, pero no pudo cambiar instantáneamente el corazón de Pedro y sacar el odio y la violencia que había en él (Lucas 22:50,51). Dios pudo sacar agua de la roca, pero no pudo forzar a Moisés ser paciente.

Un pastor frecuentemente visitaba a un joven cristiano que se había quemado seriamente. Aquel joven tenía que yacer inmóvil durante horas, y le era difícil aun realizar las funciones básicas para vivir.

–Me gustaría que Dios hiciera un milagro y me sanara–el joven dijo a su pastor un día.

–Dios ya está haciendo el milagro–replicó el pastor–pero no el que tú deseas. Te he estado observando y sé que estás aprendiendo a ser paciente y amable estas semanas. Para mí, ese es un milagro mayor que la sanidad de tu cuerpo.

El poder de Dios se manifiesta en nuestra vida no sólo en la paciencia y la longanimidad, sino también en *el gozo*. Cuando las circunstancias son difíciles debemos mostrar una paciencia *gozosa*; y cuando sea difícil vivir con la gente, debemos mostrar una longanimidad *gozosa*. Hay una paciencia que *aguanta pero no disfruta*. Pablo oró para que los creyentes en Colosas experimentaran paciencia y longanimidad *con gozo*.

Con frecuencia usamos de manera similar las palabras *gozo y felicidad*, pero debe hacerse una distinción entre ambas. La felicidad muy a menudo depende de las

circunstancias. Si las circunstancias son buenas y las personas amables, nos sentimos felices. Sin embargo, el gozo no depende ni de las circunstancias ni de las personas. La epístola de mayor gozo que Pablo escribió fue la que dirigió a los filipenses, y la escribió en la cárcel cuando existía la posibilidad de que fuera martirizado por su fe.

Sólo el Espíritu de Dios, obrando en nosotros, nos puede dar gozo en medio de circunstancias y personas difíciles. “El fruto del Espíritu es...gozo” (Gálatas 5:22). El gozo no es algo que nosotros mismos *fabricamos*; es algo que el Espíritu *obra interiormente* –“gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

Puedo recordar varias veces en mi vida cuando todas las circunstancias a mi alrededor presentaban una dificultad y hasta una posible derrota. No obstante, mi corazón se llenaba con un gozo espiritual que sólo podía provenir de Dios. Es triste confesarlo, pero también recuerdo ocasiones (¡demasiadas!) en que cedí ante los problemas, y perdí tanto el gozo como la victoria.

La cuarta evidencia del poder de Dios en nuestra vida es la *gratitud*. Los creyentes que están llenos del Espíritu Santo estarán gozosos y agradecidos (Efesios 5:18-20). Cuando perdemos el gozo, empezamos a quejarnos y a volvernos criticones.

La carta a los colosenses está llena de acciones de gracias. Pablo dio gracias por la iglesia en Colosas (Colosenses 1:3), y oró para que crecieran en sus acciones de gracias a Dios (1:12). La vida cristiana debe abundar en acciones de gracias (2:7). Una de las evidencias del crecimiento espiritual en nuestro estudio bíblico es el agradecimiento (3:15-17). Nuestras oraciones siempre deben incluir acciones de gracias (4:2). El creyente que está lleno del Espíritu y de la Palabra y está velando en oración, lo demostrará mediante su actitud de aprecio y agradecimiento a Dios.

Algunas personas son agradecidas por naturaleza, pero otras no; y son éstas las que necesitan especialmente el poder de Dios para expresar agradecimiento. Debemos recordar que toda buena dádiva proviene de Dios (Santiago 1:17) y que él es (como los teólogos lo expresan) *la Fuente, el Sostén y el Fin de todas las cosas*. El mero aliento de nuestra boca es el regalo de Dios.

A corta distancia de mi casa se encuentran los terrenos de la Universidad Northwestern en Evanston, Illinois. Hace años, la universidad contaba con un equipo de rescate que auxiliaba a los pasajeros de los barcos en el Lago Michigan. El 8 de septiembre de 1860, un barco de pasajeros, el *Lady Elgin*, se hundió cerca de Evanston, y un estudiante para el pastoreo, Edward Spencer, personalmente rescató a 17 personas. El esfuerzo de ese día dañó permanentemente su salud a tal grado que no pudo más prepararse para el ministerio. Cuando murió unos años más tarde, se mencionó que ni una sola de las 17 personas que él había rescatado vino a agradecersele.

El agradecimiento es contrario al egoísmo. La persona egoísta dice: “¡Merezco lo que tengo! ¡Los demás *deben* hacerme feliz!” Pero el creyente maduro se da cuenta de que la vida es un regalo de Dios, y que las bendiciones de la vida provienen sólo de su mano generosa.

Por supuesto que la bendición principal que debe impulsarnos constantemente a ser agradecidos es que Dios nos ha hecho “aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12). La palabra “apto” significa *calificado*. Dios nos ha calificado para el cielo, y mientras esperamos el regreso de Cristo estamos gozando la parte de la herencia espiritual que tenemos en él (Efesios 1:11,18-23).

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios poseía una herencia *terrenal* que fue la tierra de Canaán. Los creyentes hoy día tienen una herencia *espiritual* en Cristo. Canaán no representa el cielo, ya que no habrá batallas ni derrotas allí. La tierra de Canaán representa nuestra herencia *presente* en Cristo. Debemos hacer uso de nuestra

herencia por fe cuando actuamos basados en las promesas de Dios (Josué 1:1-9). Día a día, nos apropiamos de las bendiciones; y esto nos hace aun más agradecidos al Señor.

Al repasar esta oración maravillosa, podemos apreciar su alcance inmenso. Necesitamos inteligencia espiritual si hemos de vivir para agradar a Dios. Además, necesitamos una obediencia práctica en nuestra conducta y obra. Pero el resultado de todo esto debe ser el poder espiritual en el hombre interior; poder que conduce a paciencia y longanimidad gozosa, con acción de gracias.

¿Has estado orando de esta manera últimamente?

## El Es Señor de Todo

(Colosenses 1:13-20)

Los falsos maestros de Colosas, así como los de la actualidad, no *negarían* la importancia de Cristo Jesús. Simplemente no lo reconocían como soberano; le darían prominencia, pero no preeminencia. De acuerdo con la filosofía de dichos maestros, Jesucristo fue sólo una de tantas *emanaciones* procedentes de Dios por medio de las cuales los hombres pueden alcanzar a Dios. Esta fue la enseñanza que Pablo refutaba en esta sección.

Probablemente no haya ningún párrafo en el Nuevo Testamento que contenga más doctrina concentrada acerca de Cristo Jesús que éste. Podemos evitar desviarnos si recordamos que Pablo escribió para probar la preeminencia de Cristo; y lo hizo usando cuatro argumentos irrefutables.

### Cristo es el Salvador (Colosenses 1:13,14)

El problema mayor del hombre es el pecado—un problema que nunca puede ser resuelto por filósofo o maestro religioso. Los pecadores necesitan un Salvador. Estos dos versículos presentan un cuadro vívido de las cuatro acciones salvadoras de Cristo a nuestro favor.

***El nos ha librado (1:13a).*** La palabra *librar* significa rescatar del peligro. Nosotros nos podríamos librarnos de la culpa y sentencia del pecado, pero Jesús lo podía hacer y lo hizo. Estábamos en peligro de pasar la eternidad separados de Dios. ¡La espada del juicio de Dios pendía sobre nuestra cabeza!

Pero esta liberación implicaba algo más: fuimos librados de la potestad de Satanás y de los poderes de las tinieblas. Los falsos maestros gnósticos creían que existía una organización de espíritus malignos que controlaba el mundo (ve Colosenses 1:16; 2:10,15): ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominios y tronos. El famoso escritor inglés Jhon Milton usó estos títulos al describir las fuerzas satánicas en su obra clásica *El Paraíso Perdido*.

***El nos ha trasladado (1:13b).*** Esta palabra *trasladar* se usó para describir la deportación de una población de un país a otro. La historia registra el hecho de que Antíoco el Grande deportó por lo menos 2000 judíos de Babilonia a Colosas.

Jesucristo no nos libró de la esclavitud para luego dejarnos vagar sin rumbo. El nos transportó hasta su propio reino de luz y nos hizo vencedores sobre el reino de las tinieblas de Satanás. Los caudillos terrenales transportaban a gente derrotada, pero Cristo Jesús transporta vencedores.

La frase “su amado Hijo” puede traducirse *el Hijo de su amor*. En el bautismo y la transfiguración de Jesucristo, el Padre declaró que Jesús era su “Hijo amado” (Mateo 3:17; 17:5). Este hecho debe hacernos recordar el precio que el Padre pagó al dar a su Hijo por nosotros. Esto también nos recuerda que su reino es un reino de amor así como de luz.

La experiencia de Israel en el Antiguo Testamento es una ilustración de esta experiencia espiritual; Dios los había libertado de la esclavitud en Egipto y los llevó a la tierra prometida, la cual era su herencia. Dios nos saca para luego introducirnos.

***El nos ha redimido (1:14a).*** Esta palabra *redimir* significa exonerar a un prisionero del pago del rescate. Pablo no sugiere que Jesús haya pagado un rescate a Satanás para librarnos del reino de las tinieblas. Por su muerte y resurrección, Jesús

cumplió con las demandas sagradas de la ley de Dios. Satanás procura acusarnos y aprisionarnos porque sabe que somos culpables de quebrantar la ley de Dios. Pero el rescate ya fue pagado en el Calvario, y a través de la fe en Jesucristo hemos sido libertados.

***El nos ha perdonado (1:14b).*** La redención y el perdón van juntos (Efesios 1:7). La palabra que se traduce como *perdón* significa enviar fuera o cancelar una deuda. Cristo no sólo nos ha liberado y trasladado a un nuevo reino, sino que ha cancelado toda deuda para que no seamos esclavizados nuevamente. ¡Satanás no puede encontrar nada en los registros para acusarnos!

En los últimos años, la iglesia ha vuelto a descubrir la libertad del perdón. El perdón de Dios al pecador es un acto de su gracia. Nosotros no merecemos ser perdonados, ni tampoco podemos ganarnos el perdón. El saber que estamos perdonados hace posible que tengamos comunión con Dios, gocemos de su gracia y procuremos hacer su voluntad. El perdón no es una excusa para pecar; al contrario, es un incentivo para obedecer. Y, debido a que hemos sido perdonados, podemos también perdonar a otros (Colosenses 3:13). La parábola del siervo malvado pone en claro que la actitud de no perdonar siempre conduce a la esclavitud (Mateo 18:21-35).

Jesucristo es preeminente en la salvación. Nadie más podía redimirnos, perdonarnos, trasladarnos del reino de Satanás al reino de Dios—y hacerlo completamente por gracia. La frase “por su sangre” nos recuerda el costo de nuestra salvación. Moisés y los israelitas sólo tuvieron que derramar la sangre de un cordero para ser librados de Egipto. Pero Jesús tuvo que derramar su propia sangre para rescatarnos del pecado.

#### **Cristo es el Creador (Colosenses 1:15-17)**

Los falsos maestros estaban muy confusos en cuanto a la creación. Ellos enseñaban que la materia es pecaminosa, aun el cuerpo humano. También enseñaban que Jesucristo no tuvo cuerpo real, ya que ello lo pondría en contacto con la materia pecaminosa. Los resultados de estas falsas enseñanzas fueron trágicos; por un lado produjeron el ascetismo extremo y por el otro el libertinaje. Después de todo, si tu cuerpo es pecaminoso, o lo disfrutas o lo esclavizas.

En esta sección, Pablo explica la cuádruple relación de Jesucristo con la creación.

***El existió antes de la creación (1:15).*** El término *primogénito* no se refiere a tiempo, sino a lugar o posición. Jesucristo no fue el primero en ser creado, ya que él mismo es el Creador de todas las cosas. *Primogénito* simplemente significa de primordial importancia, de primer rango. Salomón no fue el primer nacido de todos los hijos de David, sin embargo, se lo llamó primogénito (Salmo 89:27). “El primogénito de toda creación” significa prioridad o superioridad sobre la creación. Jesucristo no es un ser creado; él es el Dios eterno.

Pablo usó la palabra *imagen* para hacer patente este hecho. Significa una representación y una revelación exacta. El escritor de Hebreos afirma que Jesucristo es la “imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3).

Jesús pudo decir: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). En su esencia, Dios es invisible; pero Cristo Jesús nos lo ha dado a conocer (Juan 1:18). La naturaleza revela la existencia, poder y sabiduría de Dios; pero la naturaleza no puede revelarnos la esencia misma de Dios. Sólo en Cristo Jesús el Dios invisible se manifiesta perfectamente. Desde que ninguna criatura puede revelar perfectamente a Dios, Jesucristo debe ser Dios.

***El creó todas las cosas (1:16).*** Puesto que Cristo creó todas las cosas, él mismo no fue creado. Jesucristo es el primogénito de todo *porque* él creó todas las cosas. No hemos de sorprendernos de que los vientos y las olas le obedecieran, y que las enfermedades y la muerte huyeran de él, ya que él es Señor de todo. “Todas las cosas

por él fueron hechas” (Juan 1:3). Esto incluye todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles. Todas las cosas están sujetas a él.

**Todas las cosas existen para él (1:16b).** Todas las cosas existen *en él, para él, y a través de él*. Jesucristo es la esfera en la que las cosas existen, el agente por el cual llegaron a ser, y aquel para quien fueron creadas.

El uso que Pablo hace de las tres diferentes preposiciones no es una manera de refutar la filosofía de los falsos maestros. Por siglos, los filósofos griegos habían enseñado que todas las cosas necesitaban una causa prima, una causa instrumental y una causa final. La causa primaria es el plan, la causa instrumental el poder, y la causa final el propósito. Cuando se trata de la creación, Jesucristo es la causa primaria (él planeó), la causa instrumental (él la hizo) y la causa final (él la hizo para sí mismo).

Si en la creación todo existe *para él*, luego nada puede ser malo en sí mismo (exceptuando a Satanás y los ángeles caídos; aun a ellos Dios los usa para llevar a cabo su voluntad). Las restricciones gnósticas para no usar la creación de Dios son absurdas (Colosenses 2:20-23). También significa que la creación de Dios, aun estando bajo la esclavitud del pecado (Romanos 8:22), puede ser usada para la gloria de Dios, y ser disfrutada por los hijos de Dios (I Timoteo 6:17).

**Todas las cosas en él subsisten (1:17).** “Todas las cosas se mantienen unidas en él” (NVI). Un guía acompañaba un grupo de personas por un laboratorio atómico y les explicaba cómo toda materia está compuesta de partículas eléctricas en constante movimiento rápido. Los visitantes estudiaban los prototipos de moléculas y se asombraban al saber que la materia está compuesta principalmente de espacio. Durante el intervalo, un visitante preguntó: “Si ésta es la forma en que trabaja la materia, ¿qué la mantiene unida?” El guía no tuvo respuesta para esto.

Sin embargo, el creyente tiene la respuesta: ¡Cristo Jesús! Puesto que “él es antes de todas las cosas”, puede mantenerlas en su lugar. Esta es otra afirmación de que Jesucristo es Dios. Solo Dios existe antes de toda creación y solo él puede mantener coherente a la creación. Decir que Cristo es menos que Dios es quitarle su soberanía.

Solía molestarme al cantar el himno *El Mundo es de mi Dios*. Yo pensaba que Satanás y el pecado controlaban este mundo. Ahora pienso diferente y canto el himno con gozo y triunfo. Jesucristo hizo todas las cosas, las controla y las sostiene en su lugar. Verdaderamente, ¡jeste *es* el mundo de mi Dios!

### **Cristo es la Cabeza de la Iglesia (Colosenses 1:18)**

Hay muchos símbolos de la iglesia en el Nuevo Testamento, y el cuerpo es una de las más importantes (Romanos 12:4,5; I Corintios 12:14; Efesios 4:8-16). Ninguna denominación o asamblea local puede afirmar que sea *el Cuerpo de Cristo*, ya que ese Cuerpo se compone de *todos* los creyentes verdaderos. Cuando una persona confía en Cristo, inmediatamente es bautizada por el Espíritu Santo en este Cuerpo (I Corintios 12:12,13). El bautismo del Espíritu Santo no es una experiencia posterior a la conversión—ocurre en el preciso instante en que una persona cree en Jesucristo.

Cada creyente es un miembro de este cuerpo espiritual, y Jesucristo es la Cabeza. En el griego, la palabra “cabeza” significa *origen y fuente*, al igual que *dirigente, gobernador*. Jesucristo es la fuente de la iglesia, la cual es su Cuerpo, y el líder. Pablo lo llamó “el principio”, lo que nos indica, en lo que la Iglesia se refiere, que Jesucristo tiene prioridad en el tiempo. El término “principio” puede traducirse como *el que origina*.

Cualquiera sea el nombre que selecciones, enfatizará la preeminencia de Cristo en la Iglesia. La iglesia tuvo su principio en él, y actualmente continúa operando en él. Siendo la Cabeza de la Iglesia, Jesucristo la sustenta con vida a través de su Espíritu. El

da dones a los hombres, y luego coloca a estas personas en su Iglesia para que le sirvan donde sea necesario. A través de su Palabra, Jesucristo alimenta y purifica a su Iglesia. (Efesios 5:25-30).

Ningún creyente puede ser la cabeza de la Iglesia. Esta posición es exclusiva de Cristo Jesús. Numerosos líderes religiosos pueden haber fundado iglesias o denominaciones; pero sólo Jesucristo es el fundador de la Iglesia que es su Cuerpo. Esta Iglesia está compuesta de todos los verdaderos creyentes, y tuvo su principio en el día de Pentecostés. Fue entonces cuando el Espíritu Santo descendió y bautizó a los creyentes en un solo cuerpo espiritual.

El hecho de que exista “un cuerpo” en este mundo (Efesios 4:4) no elimina o minimiza la necesidad de cuerpos *locales* de creyentes. El hecho de que pertenezca a la Iglesia Universal no me libra de mis responsabilidades en la iglesia local. Yo no puedo servir a toda la iglesia, pero sí puedo fortalecer y edificar a la iglesia sirviendo al pueblo de Dios en una asamblea local.

Jesucristo es la Cabeza de la Iglesia, el principio de la Iglesia, y también el primogénito de entre los muertos. Ya vimos la palabra *primogénito* en Colosenses 1:15. Pablo no dijo que Jesús fuera la primera persona resucitada, porque no lo era. Sin embargo, él es el más importante de todos los que han sido resucitado de entre los muertos; porque sin su resurrección, no habría resurrección para otros (I Corintios 15:20-23).

Parece extraño que Pablo usara la palabra *primogénito*, que implica nacimiento, en relación con la muerte, ya que estos dos conceptos parecen contrarios. Sin embargo, la tumba fue una matriz de donde Cristo salió victorioso, ya que los dolores de la muerte no pudieron sujetarlo (Hechos 2:24). El Hijo fue engendrado en la resurrección (Salmo 2:7; Hechos 13:33).

Esto nos lleva al tema de toda esta sección: “para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18). Este era el propósito de Dios al hacer de su Hijo el Salvador, Creador y Cabeza de la Iglesia. La palabra que se traduce como “preeminencia” no se encuentra en ningún otro pasaje en el Nuevo Testamento. Está relacionada con el término *primogénito* y hace hincapié en la posición singular de Jesucristo. “Cristo es el todo, y en todos” (Colosenses 3:11).

En el año 1893, la Exposición Mundial de Colombina se efectuó en Chicago, Illinois, y más de 21 millones de personas visitaron las exhibiciones. Entre las atracciones estaba el Parlamento Mundial de Religiones con representantes de religiones de todo el mundo, que se reunían con el fin de dar a conocer sus *mejores ideas* y tal vez idear alguna nueva religión para el mundo.

El evangelista D.L. Moody vio esto como una gran oportunidad para la evangelización. El usó iglesias, alquiló teatros, y aun alquiló una carpa de circo (en horas que no había función) para presentar el evangelio de Jesucristo. Sus amigos querían que Moody atacara al Parlamento de Religiones, pero rehusó hacerlo. –Voy a presentar a Jesucristo de manera tan atractiva, –dijo,– que los hombres se volverán hacia él.

Moody sabía que Jesucristo es el Salvador preeminente, no sólo uno de tantos *líderes religiosos* de la historia. La Campaña de Chicago en 1893 fue quizá el esfuerzo evangelístico más grande en la vida de Moody, y miles aceptaron a Cristo.

Pero los falsos maestros de Colosas nunca le darían a Cristo el lugar de preeminencia; porque, de acuerdo con su filosofía, Jesucristo era sólo una de tantas *emanaciones* de Dios. Para ellos, él no era el único Camino a Dios (Juan 14:6); ¡sino un peldaño de la escalera! Bien se ha dicho que: “Si Jesucristo no es el Señor absoluto, no es Señor en absoluto”.

Ya hemos estudiado tres argumentos a favor de la preeminencia de Cristo Jesús: El es el Salvador, el Creador y la Cabeza de la Iglesia. Estos argumentos revelan su relación con los perdidos, con el universo y con los creyentes. Pero, ¿qué hay de su relación con Dios el Padre?

### **El Es el Amado de su Padre (Colosenses 1:19,20)**

Pablo ya se había referido a Cristo Jesús como el “amado Hijo” (v. 13). Todos los que han depositado su fe en Cristo como Salvador son “aceptos en el Amado” (Efesios 1:6). Por esa razón, Dios *nos* llama sus “amados” (Colosenses 3:12).

En seguida Pablo da un paso gigantesco en su argumento, al declarar que ¡“toda plenitud” habita en Cristo Jesús! La palabra que se traduce como “plenitud” es la palabra griega *pleroma*. Este era un término técnico en el vocabulario de los falsos maestros gnósticos. Significaba *la suma total de todo el poder y los atributos divinos*. Ya hemos notado que Pablo usó esta palabra importante ocho veces en la carta a los colosenses, así que combatía a los falsos maestros usando sus mismas armas.

La palabra *habitar* es también importante. Significa mucho más que *residir*. La forma del verbo significa *estar en casa permanentemente*. El finado Dr. Kenneth S. Wuest, notable experto en griego, señalaba en su excelente comentario sobre Colosenses que el verbo indica que esta plenitud no era “algo agregado a su Ser que no le fuera natural, sino que era parte de su esencia como parte de su mismo ser, y eso en forma permanente”. (*Ephesians and Colossians in the Greek New Testament*,) [Efesios y Colosenses en el Nuevo Testamento Griego], Eerdmans).

El padre no daría permanentemente su *pleroma* a algún ser creado. El hecho de que “agrado al Padre” tener su plenitud en Cristo prueba que Cristo Jesús es Dios. “Porque de su plenitud [la de Cristo] tomamos todos...” (Juan 1:16). “Porque en él [Cristo Jesús] habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9).

Puesto que Cristo es Dios, tiene la capacidad para hacer lo que el hombre jamás podría efectuar: reconciliar a los pecadores con un Dios santo. Cuando nuestros primeros padres pecaron, le declararon la guerra a Dios; sin embargo Dios no hizo lo mismo con ellos. Más bien, Dios buscó a Adán y Eva, y les proveyó algo para cubrir sus pecados.

La mente natural del pecador está en guerra con Dios (Romanos 8:7). El pecador puede ser sincero, religioso y aun moral; no obstante, continúa en enemistad contra Dios.

¿Cómo es posible que un Dios santo se pueda reconciliar con un hombre pecador? ¿Acaso puede Dios rebajar sus demandas, cerrar los ojos al pecado o transigir con el hombre? ¡Si él lo hiciera, el universo entero se desintegraría! Dios tiene que ser firme consigo mismo y mantener su santa ley.

Tal vez el hombre pudiera de alguna manera agradar a Dios. Pero el hombre por naturaleza está separado de Dios; y por sus hechos se encuentra enemistado con Dios (Colosenses 1:21). El pecador está muerto en sus “delitos y pecados” (Efesios 2:1-3), y por lo tanto, no puede hacer nada para salvarse o aun para agradar a Dios (Romanos 8:8).

La iniciativa y la acción tienen que venir de parte de Dios para que pueda haber una reconciliación entre el hombre y Dios. Es *en Cristo* que Dios se reconcilió con el hombre (II Corintios 5:19). Pero no fue la encarnación de Cristo lo que efectuó esta reconciliación, ni tampoco su ejemplo cuando vivió entre los hombres. Fue a través de su *muerte* que se hizo la paz entre Dios y el hombre. El hizo “la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20).

Por supuesto, los falsos maestros ofrecían cierta reconciliación entre el hombre y Dios. Sin embargo, la reconciliación que ellos ofrecían no era completa o definitiva. Según los maestros gnósticos los ángeles y las *emanaciones* podían de alguna forma acercar los hombres a Dios. No así la reconciliación que tenemos en Cristo, la cual es perfecta, completa y concluyente. Aun más, ¡la reconciliación en Cristo *atañe a todo el universo!* El reconcilia “consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (v. 20).

Pero no debemos pensar equivocadamente que la reconciliación universal es lo mismo que la salvación universal. El *universalismo* es la enseñanza de que todos los seres, aun los que han rechazado a Jesucristo, algún día se salvarán. Esto no era lo que Pablo creía. El *restauracionismo universal* no era parte de la teología paulina, ya que él claramente enseñó que los pecadores necesitaban creer en Jesucristo para ser salvos (II Tesalonicenses 1).

Pablo escribió que Cristo ya ha resuelto el problema del pecado de una vez y para siempre en la cruz. Esto quiere decir que algún día Dios podrá reunir en Cristo a todos los que son de él (Efesios 1:9,10). El podrá glorificar a los creyentes y castigar a los incrédulos, y *hacerlo* con justicia, debido a la muerte de Cristo sobre la cruz. Nadie—ni aun Satanás—puede acusar a Dios de obrar injustamente, ya que el pecado quedó solucionado eficazmente en la cruz.

Si Jesucristo sólo fuera un hombre, o alguna emanación de Dios, no podría reconciliar al hombre con Dios. El único mediador que puede comunicar al hombre con Dios es uno que es hombre y a la vez Dios. Contrario a lo que los gnósticos enseñaban, Jesucristo era un ser humano verdadero con un cuerpo real. El fue Dios encarnado (Juan 1:14). Cuando murió en la cruz, él cumplió las demandas justas de la ley porque él pagó la pena por los pecados del hombre (I Pedro 2:24). La reconciliación ya se realizó en la cruz (Romanos 5:11).

En una ocasión vino a verme un hombre que tenía problemas en su hogar. No tenía mucha educación y a veces confundía las palabras. Me dijo que él y su esposa tenían “problemas marciales”, pero quiso decir “problemas maritales”. (Después supe que pasaban la vida en estado de guerra, entonces tal vez no estaba tan equivocado en el uso de la palabra “marcial”.) Pero lo que más me llamó la atención fue esta declaración: “Pastor, yo y mi esposa necesitamos una recancelación”.

Había querido decir *reconciliación*, sin embargo, el uso de la palabra *recancelación* no estuvo tan mal. Puede haber paz y armonía entre aquellos que están enemistados sólo *cuando el pecado ha sido cancelado*. Como pecadores ante un Dios justo, necesitamos una *recancelación*. Nuestros pecados fueron cancelados en la cruz.

Al repasar esta sección profunda (y este estudio sólo ha tocado la superficie), notamos algunas verdades importantes.

Primero, Jesucristo se ha encargado de *todas las cosas*. Todas las cosas fueron creadas por él y para él. El existía antes de todas las cosas y hoy en día mantiene todas las cosas en su lugar. El ha reconciliado todas las cosas a través de la cruz. Por eso Pablo declara que “en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18).

Segundo, todo lo que necesitamos es Cristo Jesús. Tenemos toda la plenitud de Dios en él, y estamos “completos [lentos] en él” (2:10). No hay necesidad de agregar nada a la persona y obra de Cristo. Si agregamos algo le estamos robando su gloria. Si le damos prominencia en lugar de preeminencia, lo estamos destruyendo.

Tercero, Dios se agrada cuando a su Hijo, Jesucristo, le damos el honor y el lugar de preeminencia que merece. Hay personas quienes profesan ser creyentes, sin embargo, niegan o ignoran a Cristo. —Nosotros adoramos al Padre, —nos dirán,— y esto basta.

Pero Jesús enfatizó que *el Hijo* debe ser adorado de la misma manera que el Padre. “...para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Juan 5:23).

El finado Dr. M.R. DeHaan, notable maestro bíblico por radio, contaba acerca de un predicador quien fue confrontado por una persona perteneciente a una secta falsa que rechazaba la deidad de Cristo Jesús.

–Jesús no puede ser el hijo eterno de Dios, ya que un padre siempre tiene más edad que su hijo –el hombre argumentaba. –Si el Padre no es eterno, luego no es Dios. Si Jesús es su Hijo, entonces este no es eterno.

El predicador tenía lista la respuesta. –Lo que hace que una persona sea padre es que tenga un hijo. Pero si Dios es el Padre *eterno*, entonces ¡debe también tener un Hijo *eterno*! Esto quiere decir que Jesucristo es eterno –y que él es Dios!

Jesucristo es el Salvador, el Creador, la Cabeza de la Iglesia y el Amado del Padre. El es el Dios eterno...y merece tener la preeminencia en nuestra vida.

¿Es Jesucristo preeminente en tu vida?

## El Ministerio de un Solo Hombre

(Colosenses 1:21–2:3)

Si recibieras una carta de alguien a quien nunca hubieras visto, de alguien que fuera un prisionero, acusado de rebelión, ¿cómo reaccionarías?

Los creyentes en Colosas experimentaban ese mismo problema. Ellos sabían que Pablo había sido un instrumento en la salvación de Epafras, el pastor de dichos creyentes. También sabían que Epafras había ido a Roma a consultar con Pablo y aún no había regresado. Los miembros de la iglesia habían recibido la carta de Pablo que les habían traído Tíquico y Onésimo. Pero los falsos maestros en Colosas habían estado desacreditando a Pablo y sembrando dudas en la mente de la gente. “¿Por qué hacerle caso a un hombre que es prisionero político?” preguntaban. “¿Se puede confiar en él?”

Sin duda alguna, Pablo sabía que esa sería la situación, así que, hizo una pausa en la primera parte de esta carta para dar una explicación. Se había abstraído tanto en exaltar a Cristo Jesús que no había mostrado ningún interés en escribir acerca de sí mismo. En esta sección Pablo explicó sus tres ministerios.

### Evangelizar (Colosenses 1:21-23)

Aunque Pablo no había evangelizado Colosas en forma directa, su ministerio en Efeso fue lo que llevó a la fundación de la iglesia en Colosas. Pablo fue “hecho ministro” (1:25). Gran parte de su ministerio consistía en predicar las buenas nuevas de salvación a través de la fe en Cristo Jesús. Su ministerio era de reconciliación (II Corintios 5:17-21). Pablo repasó junto con sus lectores la experiencia espiritual de ellos.

**Su alejamiento pasado (1:21a).** Los gentiles de Colosas habían estado alejados de Dios y separados de las bendiciones espirituales de Israel (Efesios 2:11,12). Los dioses que ellos adoraban antes eran falsos y sus rituales religiosos no podían borrar el pecado o la culpa.

Esta lejanía no era sólo cuestión de su posición como gentiles sino también cuestión de prácticas y actitudes pecaminosas. Los gentiles eran *enemigos*, lo que quiere decir que estaban *activamente hostiles a Dios*. Aunque no habían recibido una ley divina, como la que Dios dio a Israel, estos gentiles conocían la verdad de Dios a través de la creación y la conciencia (Romanos 1:18-20). No podían apelar a la ignorancia como excusa delante de la justicia de Dios.

La enemistad de su mente los conducía a obras reprobadas. Tanto en disposición como en acción estaban en pleno desafío contra Dios. “Por cuanto los designios de la carne [la mente del incrédulo] son enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Esto demuestra que el incrédulo tiene que arrepentirse—cambiar la forma de pensar—antes de que pueda ser salvo.

**Su reconciliación presente (1:21b,22).** Ellos no habían buscado la reconciliación con Dios; fue Dios quien tomó la iniciativa por su amor y gracia. El Padre envió a su Hijo a morir en una cruz para que los pecadores pudieran reconciliarse con Dios. Jesús murió por nosotros cuando nosotros “éramos débiles” (Romanos 5:6) y no podíamos hacer nada por nosotros mismos. El murió por nosotros “siendo aún pecadores” y “siendo enemigos” (Romanos 5:8,10).

Pablo llama la atención al cuerpo físico de Jesús que fue clavado en la cruz. Los falsos maestros negaban la encarnación y enseñaban que Jesucristo no tenía un cuerpo

verdaderamente humano. Su filosofía que toda la materia era pecaminosa los condujo a esta falsa conclusión. Pero el Nuevo Testamento asegura que Jesús *tenía* un cuerpo enteramente humano, y que él llevó nuestros pecados en ese cuerpo clavado en la cruz (I Pedro 2:24).

El propósito de esta reconciliación es la *santidad personal*. Dios no hace la paz (Colosenses 1:20) para que continuemos siendo rebeldes, sino que nos ha reconciliado consigo mismo para que participemos de su vida y su santidad. Somos presentados ante Dios “santos y sin mancha e irrepreensibles” (v. 22).

La palabra “santos” está íntimamente relacionada con *santidad*. Ambas palabras expresan el concepto de *ser apartados, ser consagrados a Dios*. En el Nuevo Testamento, los santos no eran personas muertas que durante su vida habían efectuado milagros y nunca habían pecado. Los santos de Nuevo Testamento eran personas vivas que habían creído en Jesucristo. Pablo les escribió esta carta a santos vivientes (Colosenses 1:2).

*Sin mancha*. Esta frase se aplicaba a los sacrificios del templo, los cuales tenían que ser sin defecto. ¡Es maravilloso que Dios mire a sus hijos y los vea sin defecto! Dios nos escogió para que “fuésemos santos y sin mancha” (Efesios 1:4).

*Irrepreensible* significa sin reproche. Una vez que hemos sido reconciliados con Dios, no hay cargos que puedan levantarse contra nosotros (Apocalipsis 12:1-12), se complace en levantar calumnias contra nosotros; pero Dios no las tomará en cuenta (ve Zacarías 3). La gente puede levantar acusaciones, pero no puede cambiar nuestra relación con Dios.

Lo más importante en nuestra vida cristiana no es cómo nos vemos de acuerdo con nuestro criterio, o a juicio de los demás (I Corintios 4:1-4), sino cómo nos ve Dios. Recuerdo haber aconsejado a un creyente que tenía el hábito de resucitar sus fracasos y pecados pasados. Parecía que le gustaba que otros la criticaran. Yo tenía que recordarle continuamente acerca de su posición actual *a los ojos de Dios*. El énfasis constante en sus fracasos hacía a un lado la obra que Cristo había hecho por ella en la cruz. Se necesitó tiempo, pero finalmente se dio cuenta de la nueva posición maravillosa que tenía en Cristo, y empezó a obtener el triunfo sobre las críticas y la depresión.

El hincapié que Pablo hace en nuestra posición santa delante de Dios era ciertamente un ataque dirigido a los falsos maestros, ya que les prometían a sus seguidores cierta *perfección* que no se podía alcanzar de otra manera. Pablo indicó que ya tenían una posición perfecta en Cristo, entonces, ¿por qué buscarla en otro lugar?

***Su exaltación futura (1:23)***. “La esperanza del evangelio” significa la bendita esperanza del regreso de nuestro Señor (Tito 2:13). Pablo ya había mencionado esta esperanza: “la esperanza que os está guardada en los cielos” (Colosenses 1:5). Al final de ese capítulo, la llama “la esperanza de gloria” (1:27).

Hubo un tiempo en que aquellos gentiles de Colosas estaban sin esperanza (Efesios 2:12). ¿Por qué razón? Porque estaban sin Dios. Pero cuando se reconciliaron con Dios, obtuvieron una hermosa esperanza de gloria. Todos los hijos de Dios un día estarán con Cristo en el cielo (Juan 17:24). De hecho, ¡nuestro futuro es tan seguro que Pablo declara que *ya hemos sido glorificados!* (Romanos 8:30). Todo lo que esperamos es la manifestación de dicha gloria cuando Cristo vuelva (Romanos 8:17-19).

La declaración que Pablo hace a los colosenses parece proyectar una sombra en cuanto a la seguridad de nuestra gloria futura (ve Colosenses 1:23). ¿Es posible que un creyente pierda su salvación? No, la cláusula con el *si* condicional no expresa duda ni pone condiciones por las cuales conservamos nuestra salvación.

En este versículo Pablo usó una ilustración tomada de la arquitectura—una casa bien cimentada. El pueblo de Colosas se localizaba en una región sísmica, y la palabra

“moveros” puede traducirse como *afectados por el terremoto*. Pablo decía: Si ustedes han sido verdaderamente salvos, y edificados sobre el fundamento sólido, Cristo Jesús, entonces seguirán en la fe y nada los moverá. Ustedes han escuchado el evangelio y creído en Cristo Jesús, y él los ha salvado.

En otras palabras, no somos salvos por perseverar en la fe. Pero perseveramos en la fe, y de esta manera mostramos que somos salvos. Es necesario que cada persona pruebe su propia fe y examine su propio corazón para asegurarse de que es un hijo de Dios (II Corintios 13:5; II Pedro 1:10-13).

### **Sufrir por Causa de los Gentiles (Colosenses 1:24-27)**

Los enemigos de Pablo enfatizaban el hecho de que el gran apóstol estaba preso en Roma. Los falsos maestros de Colosas probablemente ridiculizaban a Pablo y utilizaban esto como un arma para combatir la verdad del evangelio. Sin embargo, Pablo vuelve la misma arma para derrotar a sus enemigos y para establecer una relación más íntima con la iglesia en Colosas.

**Su gozo (1:24).** “En vez de avergonzarme de mi sufrimiento, ¡me estoy alegrando!” ¿Cómo es posible que alguien pueda gozarse en su sufrimiento? En primer lugar, Pablo sufría por causa de Cristo. Era la “participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10). Como los primeros apóstoles, Pablo se gozaba de que fuera tenido por digno “de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hechos 5:41). Un creyente no debe padecer “como homicida, o ladrón, o malhechor”; pero es una honra padecer “como cristiano” (I Pedro 4:15,16). Hay un premio y una bendición muy especial reservado para los creyentes fieles que sufren por causa de Cristo (Mateo 5:10-12).

Pablo tenía una segunda razón para gozarse en su sufrimiento: él sufría por causa de los gentiles. Pablo era el apóstol enviado a los gentiles (Efesios 3:1-13). De hecho, él estaba prisionero en Roma porque amaba a los gentiles. El había sido arrestado en Jerusalén por acusaciones falsas, y los judíos habían escuchado su defensa hasta que pronunció la palabra *gentiles* (ve Hechos 22:21,22). Fue esa palabra la que los enfureció hasta el extremo de pedir su ejecución. (Este relato fascinante se describe completamente en Hechos capítulos 21–28.)

Así que, los creyentes gentiles de Colosas tenían toda la razón de amar a Pablo y de estar agradecidos por su ministerio especial a favor de ellos. Había además una tercera razón para que Pablo se gozara: él estaba sufriendo por causa del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Hubo un tiempo en que Pablo había perseguido a la Iglesia y causado sufrimiento. Pero ahora Pablo entregaba su vida para cuidar a la Iglesia. Pablo no se hacía la pregunta de algunos creyentes: “¿Qué voy a obtener de todo esto?” En vez de eso él se preguntaba: “¿Cuánto permitirá Dios que dé?” El hecho de que Pablo era un prisionero no le impedía que ministrara a la iglesia.

Es importante notar, no obstante, que estos sufrimientos no tenían que ver nada con los sufrimientos del sacrificio de Cristo sobre la cruz. Únicamente el Cordero inmaculado de Dios pudo morir por los pecados del mundo (Juan 1:29). Pablo estaba cumpliendo en su cuerpo lo que faltaba de las aflicciones de Cristo (Colosenses 1:24). La palabra *aflicciones* se refiere a las *presiones* de la vida, las persecuciones que Pablo soportó. Esta palabra nunca se usa en el Nuevo Testamento en cuanto a los sufrimientos de Jesucristo en su sacrificio.

Dichos sufrimientos ya se completaron, pero su Cuerpo, la Iglesia, experimenta sufrimientos por su lealtad a la fe. La Cabeza de la Iglesia desde el cielo siente los sufrimientos que soporta su pueblo (“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”, Hechos 9:4). A Pablo le tocaba el turno de padecer estas aflicciones, y otros seguirían su ejemplo. Pero Pablo no se quejaba. “Porque de la manera que abundan en nosotros las

aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (II Corintios 1:5).

**La responsabilidad de Pablo (1:25-27).** Si Pablo hubiera complacido a los judíos y dejado su ministerio a los gentiles, él podría haberse evitado mucho sufrimiento. Sin embargo, no podía abandonar su llamado sólo por cuestiones personales de seguridad y comodidad. Dios lo había llamado para el ministerio; se le había dado una *administración* (dispensación), y él tenía que ser fiel a su llamado (I Corintios 4:2). No era cuestión de preferencia; él fue llamado a cumplir con la palabra de Dios. Esto puede significar: “Debo predicar la Palabra de un todo, sin comprometer la verdad”. También puede significar: “He sido comisionado por la Palabra de Dios y debo ser fiel en cumplir el cargo”.

El mensaje especial de Pablo en cuanto a los gentiles tenía que ver con lo que él llamó *el misterio*. En la actualidad, un misterio se entiende como algo espectral y tal vez espantoso; pero esta no era la manera de definir la palabra en el tiempo de Pablo. Los falsos maestros usaban esta palabra para referirse a los secretos íntimos de su religión. Un *misterio* es un “secreto sagrado”, escondido en el pasado, pero revelado ahora por el Espíritu Santo (ve Efesios 3:1-13).

Dios escogió a la nación de Israel para que fuera su pueblo. Les dio su ley (incluyendo el sacerdocio y los sacrificios), y les dio una tierra maravillosa. Les prometió un Rey que un día establecería un reino glorioso y cumpliría las muchas promesas hechas a Abraham y David. Los profetas del Antiguo Testamento escribieron acerca de un Mesías que sufriría, y de un Mesías que reinaría; pero no pudieron explicar la contradicción aparente (ve I Pedro 1:9-12). Ellos no entendieron que el Mesías tendría que sufrir antes de que entrara en la gloria (Lucas 24:13-27).

Jesucristo vino a esta tierra, fue rechazado por su pueblo, y fue crucificado. Resucitó y ascendió al cielo. ¿Significaría esto que el reino prometido por Dios a Israel se había hecho a un lado? No, porque Dios había iniciado un nuevo programa—su *misterio*—que no había sido explicado por los profetas del Antiguo Testamento. El misterio es que ahora Dios está uniendo a judíos y a gentiles en la Iglesia (Efesios 2:11-22). Cuando la Iglesia se haya completado, entonces Jesucristo volverá para llevar a los suyos al cielo (I Tesalonicenses 4:13-18). Después volverá a tratar con Israel como nación y establecerá el reino prometido (Hechos 15:12-18).

Imagínate lo que este mensaje significaba para los gentiles. ¡Ellos ya no estaban excluidos de la gloria y de las riquezas de la gracia de Dios! En la dispensación del Antiguo Testamento, un gentil tenía que hacerse un prosélito judío para poder participar de las bendiciones de Israel. En cambio, en la nueva dispensación, tanto judíos como gentiles son salvos por la fe en Cristo Jesús (Romanos 10:12,13). Por eso los falsos maestros judíos se oponían a Pablo: él se atrevió a declarar, “¡No hay diferencia!”

Los que hemos crecido en un ambiente mas o menos cristiano tenemos la tendencia a dar por hecho todo esto. Pero pensemos en el júbilo que pudo haber causado este mensaje en una iglesia compuesta de nuevos creyentes que no habían tenido el privilegio de crecer en ese ambiente. Antes estaban ajenos a los pactos de Dios, pero ahora eran miembros de su familia. Antes vivían en ignorancia y muerte espiritual, pero ahora vivían y disfrutaban de las riquezas de la sabiduría de Dios en Cristo. Antes no tenían esperanza, mas ahora tenían una esperanza gloriosa porque Cristo vivía en sus corazones. Nos haría bien que volviéramos a experimentar algo de ese *primer amor*.

Tuve el privilegio de ir a Africa durante tres semanas, y me presentaron a algunos de los creyentes más sobresalientes que he conocido. Enseñé la Palabra a más de 500 pastores nacionales de Kenya por casi una semana, y cada reunión era un desafío y una

bendición para mí. Muchos de los pastores todavía conservaban en sus cuerpos las huellas del paganismo e idolatría; no obstante, sus rostros resplandecían con el gozo del Señor. Fui a Africa con el propósito de ser de bendición para ellos, sin embargo, *jellos fueron de bendición para mí!* Ellos me ayudaron a no dar por sentado las riquezas gloriosas que tengo en Cristo.

### **Luchar a Favor de los Santos (Colosenses 1:28–2:3)**

Ya hemos conocido a Pablo como un predicador que anunciaba el evangelio, y a Pablo como prisionero, el cual sufría por los gentiles. Ahora veremos a Pablo como un hombre de oración que intercede por los santos individualmente para que maduren en la fe. Las palabras *trabajo* (1:29) y *lucha* (2:1) son términos atléticos. Se refieren al esfuerzo tenaz que ejerce un corredor para ganar la carrera. La palabra *agonía* proviene de esa misma palabra griega.

**La instrucción de Pablo (1:28a).** “A quien” se refiere, por supuesto, a Cristo Jesús. “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor” (II Corintios 4:5). Los falsos maestros se exaltaban a sí mismos, y se jactaban de sus logros *espirituales*. Predicaban un sistema de enseñanza; en cambio, Pablo predicaba una persona. Los gnósticos predicaban filosofías y las vanas tradiciones de los hombres (Colosenses 2:8); en cambio, Pablo proclamaba a Jesucristo. Los falsos maestros tenían listas de reglas y restricciones (Colosenses 2:16,20,21), pero Pablo presentaba a Cristo. ¡Qué diferencia en sus ministerios!

Pablo no sólo *anunciaba* (la palabra significa proclamar con autoridad como un heraldo), sino que también *amonestaba*. Aunque es bueno proclamar la verdad en forma positiva, también es necesario advertir al pueblo de Dios acerca de las mentiras del enemigo (Hechos 20:31). De hecho, los hijos de Dios deben estar alerta para darse advertencias unos a otros (exhortándoos en Colosenses 3:16). Pablo se consideraba a sí mismo como un padre espiritual de las iglesias locales, y tenía el deber de amonestar a sus hijos (I Corintios 4:14).

Además Pablo era un maestro de la verdad. No es suficiente amonestar a la gente; debemos también enseñarles las verdades positivas de la Palabra de Dios. ¿A qué distancia llegaríamos en nuestro viaje si las señales de la carretera sólo nos indicaran a dónde *no van*? ¡No muy lejos! Es bueno *guiar* a una persona a Cristo, luego *advertirle* acerca de los peligros que hay por delante; pero también es importante *enseñarle* las verdades fundamentales de la vida cristiana.

Pablo no sólo predicaba a Cristo, sino que también *enseñaba de Cristo*, siendo que en Cristo están “todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento” (Colosenses 2:3). No era necesario enseñar ninguna nueva verdad, ya que todo lo que el creyente necesita está relacionado con Jesucristo. “Enseñando a todo hombre en toda sabiduría” era la preocupación de Pablo (Colosenses 1:28). La sabiduría es el uso correcto del conocimiento. Los maestros falsos le prometían a la gente una *sabiduría escondida* que los pondría entre la *élite espiritual*. Pero toda la verdadera sabiduría espiritual se encuentra sólo en Cristo Jesús.

**La intención de Pablo (1:28b).** El quería presentar a cada creyente “perfecto en Cristo Jesús”. La palabra *perfecto* era una de las favoritas de los maestros gnósticos. Se le atribuía al discípulo que ya no era un novato, sino que había madurado y estaba completamente instruido en los secretos de la religión. Pablo la usó para decir *completo, maduro, en Cristo*. Esta es la meta de toda predicación, amonestación y enseñanza.

¿Cuáles son las evidencias de esta madurez espiritual? Pablo las enumera en seguida (Colosenses 2:2).

*Aliento*—“para que sean alentados sus corazones” (LBLA). Animar a una persona es darle un nuevo corazón. Una compasión no genuina generalmente hace que la otra persona se sienta peor; en cambio, la verdadera consolación espiritual la hace sentir mejor. Hace que aflore lo mejor de la persona.

*Amor* —“unidos en amor”. El creyente maduro ama a sus hermanos y procura hacer la paz, no la guerra. El forma parte de la unidad espiritual en la iglesia. Una persona inmadura es egoísta y causa división.

*Riquezas* —“Hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento”. Pablo anteriormente había mencionado las riquezas de Cristo (Colosenses 1:27). Hay muchos creyentes que viven como mendigos cuando podrían estar viviendo como reyes. Los creyentes maduros no se quejan por lo que tienen. Al contrario, echan mano de los vastos recursos que *ya tienen* en Cristo Jesús.

*Entendimiento* —“de pleno entendimiento”. El creyente maduro está seguro de que es hijo de Dios. El conocimiento espiritual que tiene en Cristo lo ilumina continuamente y lo guía diariamente. Con frecuencia he aconsejado a creyentes que me dicen que no están seguros de su salvación. Invariablemente han estado olvidando la Palabra de Dios y viviendo en ignorancia.

Dios desea que como hijos tengamos “entendimiento,” “sabiduría” y “conocimiento” (2:2,3). La palabra que se traduce como “entendimiento” realmente significa *colocar juntos*. Es la habilidad para evaluar las cosas. La “sabiduría” implica la habilidad de defender lo que se entiende, mientras que el “conocimiento” sugiere la habilidad de comprender la verdad. Todos estos términos eran también usados por los gnósticos.

***La intercesión de Pablo (1:29–2:1).*** *Por esta causa yo trabajo hasta el agotamiento* es una traducción literal de la primera parte de Colosenses 1:29. ¡Qué cuadro de la oración! Gran parte de nuestra oración es calmada y cómoda; sin embargo, Pablo ejercitaba sus músculos espirituales de la misma manera en que un corredor griego lo haría en las olimpiadas. El también le había enseñado a Epafras a orar de la misma manera (Colosenses 4:12).

Esto no quiere decir que nuestras oraciones sean más eficaces si usamos toda clase de energía carnal. Tampoco significa que debemos *luchar con Dios* y extenuarlo hasta que supla nuestras necesidades. Pablo describe de una lucha *espiritual*; fue el poder de *Dios* operando en su vida. La oración verdadera se dirige al Padre (Mateo 6:9), a través del Hijo (en su nombre, Juan 14:13,14), en el poder del Espíritu Santo (Judas 20). Cuando el Espíritu obra en nuestra vida, entonces podemos orar poderosamente en la voluntad de Dios.

¿De qué manera nos ayuda el Espíritu en la oración? En primer lugar, el Espíritu nos enseña la Palabra y nos muestra la voluntad de Dios (Juan 16:13-15). La oración no consiste en tratar de cambiar el propósito de Dios, sino en conocer cuál es el deseo de Dios para pedir conforme a ello (I Juan 5:14,15). El Espíritu Santo continuamente intercede por nosotros, aunque no escuchemos su voz (Romanos 8:26,27). El conoce la voluntad del Padre y nos ayuda a orar en esa voluntad.

Hay ocasiones en que sencillamente no tenemos deseos de orar—y es entonces cuando más debemos orar! El Espíritu nos da energía divina para orar, a pesar de nuestro sentir. El poder de la resurrección de Cristo está a nuestro alcance (Efesios 3:20,21).

En estos versículos, Pablo explicó su ministerio, y al hacerlo, acalló las acusaciones del enemigo. También los creyentes fueron conmovidos al darse cuenta de lo mucho que Pablo había hecho por ellos.

No todos somos llamados para ser apóstoles; sin embargo, cada uno de nosotros tiene un ministerio dado por Dios. Podemos compartir el evangelio y ser ganadores de almas. Podemos sufrir por Cristo y cumplir el ministerio que Dios nos ha dado. Podemos ser fervientes en la oración a favor del pueblo de Dios y animarlos para que maduren. Pablo dedicó tiempo para ministrar a *individuos*; nota la repetición de “todo hombre” en Colosenses 1:28. Aunque estemos sirviendo sólo a unos pocos creyentes, estamos ayudando a toda la iglesia.

¿Estás llevando a cabo el ministerio que Dios te ha encomendado?

## Creyentes Vivientes y Prevenidos

(Colosenses 2:4-15)

Recuerdo la historia acerca de un pastor que estaba preocupado por un negocio dudoso que se había abierto cerca de una escuela. Sus protestas finalmente culminaron en un pleito en la corte, y el abogado defensor hizo todo lo que pudo para avergonzar al predicador del evangelio.

–¿No es usted pastor? –preguntó el abogado. A lo que el predicador asintió. – Entonces, ¿por qué, si usted es pastor, no va a cuidar a sus ovejas?

–Porque hoy necesito luchar contra los lobos –fue la respuesta del pastor, y sin duda era una buena respuesta.

Sabiendo que había enemigos que ya estaban atacando a la iglesia en Colosas, Pablo envió palabras de aliento a los hermanos. En prestar atención a sus consejos, los colosenses podrían vencer a sus enemigos.

### Continúen Progresando Espiritualmente (Colosenses 2:4-7)

En la vida cristiana no hay un punto estático: o estamos avanzando o gradualmente vamos deslizándonos hacia atrás. “Vamos adelante a la perfección”, es la orden que debemos obedecer (Hebreos 6:1). El creyente que no está progresando espiritualmente está expuesto a ser blanco del enemigo para ser atacado y destruido.

**La necesidad de progreso (2:4).** Satanás engaña. El quiere desviar a los creyentes, y para eso, usa palabras engañosas. El término griego que se usa aquí describe los argumentos persuasivos de un abogado. Satanás es un mentiroso (Juan 8:44) y usa sus mentiras para guiar a los creyentes por el camino equivocado. Es importante que ejercitemos el discernimiento espiritual, y que continuemos creciendo en el conocimiento de la verdad espiritual.

**La naturaleza del progreso (2:5-7).** Para enfatizar su amonestación, Pablo usó varios cuadros vívidos para ilustrar el progreso espiritual.

*El ejército (v.5).* Las palabras *orden* y *firmeza* son términos militares. Se usan para describir a un ejército que se encuentra sólidamente unido contra el enemigo. El *orden* habla de la distribución del ejército en rangos; cada soldado en su lugar. No todos pueden ser general de cinco estrellas, pero tampoco el general puede pelear la batalla solo. La *firmeza* describe a los soldados en orden de batalla mostrando un frente sólido ante el enemigo. Los creyentes deben progresar en la disciplina y la obediencia, así como los soldados lo hacen en el campo de batalla.

*El peregrino (v.6).* La vida cristiana se compara a un peregrinaje, y los creyentes deben aprender a caminar. Pablo antes había animado a sus lectores a andar “como es digno del Señor” (1:10), y después vuelve a usar esta misma idea (andar) (3:7; 4:5). En el libro de Efesios, la epístola compañera a la de Colosenses, Pablo emplea el concepto por lo menos siete veces (Efesios 2:2,10; 4:1,17; 5:2,8,15).

Debemos andar en Cristo de la misma manera en que le recibimos—*por fe*. Los maestros gnósticos querían introducir algunas *nuevas verdades* para alcanzar la madurez espiritual, pero Pablo los censura. “Ustedes empezaron con Cristo y deben continuar con Cristo”, escribió Pablo. “Empezaron con fe y deben continuar con la fe. Esta es la única manera para progresar espiritualmente”.

*El árbol (v.7a).* *Arrraigados* es un término de la agricultura. El tiempo de la palabra griega significa “siendo arraigados de una vez y para siempre”. Los creyentes no tienen

que ser planta rodadora sin raíces y llevadas de aquí para allá por “todo viento de doctrina” (Efesios 4:14). Tampoco tienen que ser *transplantes* que se cambian de un terreno a otro. Una vez que hemos echado raíces por la fe en Cristo, ¡no hay necesidad de cambiar de tierra! Las raíces extraen el alimento para que el árbol pueda crecer. Las raíces también dan fortaleza y estabilidad.

*El edificio (v.7b).* *Sobreedificados* es un término arquitectónico. Se usa en el tiempo presente: *Siendo edificados*. Al recibir a Cristo para nuestra salvación, somos colocados sobre el fundamento; a partir de allí debemos crecer en la gracia. La palabra “edificar” que Pablo usa con frecuencia en sus cartas significa simplemente *desarrollar*. El progreso espiritual implica continuar levantando el templo para la gloria de Dios.

*La escuela (v.7c).* Es la palabra de Dios la que edifica y fortalece al creyente. Epafras les había enseñado fielmente la verdad de la Palabra a los creyentes de Colosas (1:7). Por el contrario, los falsos maestros estaban socavando esa doctrina. Los creyentes que estudian la Palabra se afirman en la fe. A Satanás se le hace difícil engañar a un creyente que conoce la Biblia.

*El río (v.7d).* La palabra “abundando” es usada con frecuencia por Pablo. Da la idea de un río desbordándose. Nuestra primera experiencia con el Señor se compara con el acto de tomar el agua de vida por fe, y Cristo ha puesto en nosotros una fuente de agua viva (Juan 4:10-14). Pero esa fuente que brota debe convertirse en “ríos de agua viva” (Juan 7:37-39) que se hacen más profundos cada vez. La imagen del río que fluía del santuario (Ezequiel 47), y se hacía cada vez más profundo, es probablemente lo que Pablo tenía en mente. Es muy triste confesarlo, pero muchos de nosotros no estamos progresando—nuestra vida es un riachuelo en lugar de río caudaloso.

Nuevamente, Pablo menciona las “acciones de gracias” (ve Colosenses 1:3,12). Un corazón agradecido es una señal de madurez cristiana. Cuando un creyente abunda en su agradecimiento, realmente está progresando.

Al estudiar cuidadosamente estos cuadros del progreso espiritual, vemos de qué manera un creyente que progresa puede derrotar fácilmente al enemigo y no ser desviado. Si sus raíces espirituales están profundamente arraigados en Cristo, no deseará otro suelo. Si Cristo es su fundamento, no tiene por qué moverse. Si está estudiando y creciendo en la Palabra, no será fácilmente seducido por una falsa doctrina. Y si un corazón abunda con acciones de gracias, ni siquiera pensará en abandonar la plenitud que tiene en Cristo. Un creyente arraigado, que está creciendo y que es agradecido no puede ser engañado.

### **Cúidense de los Peligros Espirituales (Colosenses 2:8-10)**

Pablo continúa con su ilustración militar con esta advertencia: *Cuidado, no sea que alguno los tome prisioneros* (traducción literal). Los falsos maestros no salían para rescatar a los perdidos, como tampoco lo hacen las sectas de hoy. ¡Ellos *secuestraban* a los conversos de las iglesias! La mayoría de las personas con quienes he tratado y que pertenecen a una secta anticristiana, en algún tiempo formaban parte de alguna iglesia cristiana de alguna denominación u otra. ¿Cómo es posible que los falsos maestros atrapen a la gente? La respuesta es sencilla: Estos *cautivos* ignoran las verdades de la Palabra de Dios. Quedan impresionados con las filosofías y huecas sutilezas de los falsos maestros. (Esto no quiere decir que *toda* filosofía está equivocada, ya que existe la filosofía cristiana de la vida. La palabra *filosofía* simplemente significa “el amor de la sabiduría”). Cuando una persona no conoce las doctrinas de la fe cristiana, puede muy fácilmente ser atrapada por las falsas religiones.

Esta filosofía de los falsos maestros es “vana y engañosa” (v. 8; NVI) por varias razones. En primer lugar, es la tradición de los hombres y no la verdad de la Palabra de

Dios. *Tradicición* significa aquello que se transfiere de una generación a otra; y hay una verdadera tradición cristiana (II Tesalonicenses 2:15; 3:6; II Timoteo 2:2; I Corintios 15:3-8). Lo importante de toda enseñanza está en su origen. ¿Viene de Dios o del hombre? Los líderes religiosos en el tiempo de Cristo tenían sus tradiciones y eran muy celosos en guardarlas y defenderlas (Mateo 15:1-20). Aun el apóstol Pablo, antes de conocer al Señor, era “más celoso de las tradiciones” (Gálatas 1:14).

Si un creyente nuevo de un campo misionero alejado visitara muchas de nuestras iglesias, probablemente se asombraría ante las ideas y prácticas que tenemos y que no pueden ser respaldadas por la Palabra de Dios. ¡Nuestras tradiciones humanas son generalmente más importantes para nosotros que las doctrinas dadas por Dios en las Sagradas Escrituras! Aunque no es malo tener tradiciones en la iglesia que nos recuerden nuestra herencia cristiana, debemos tener cuidado de que estas tradiciones no tengan tanto valor como la Palabra de Dios.

Las tradiciones de los falsos maestros eran *vanas y engañosas* por otra razón: incluían “los rudimentos” básicamente significa *uno de una hilera o serie*. Tenía varios significados: (1) Los sonidos o letras básicos, el abecedario; (2) Los elementos básicos del universo, mostrados en II Pedro 3:10-12; y (3) Los elementos básicos del conocimiento, los principios de algún sistema, como lo muestra Hebreos 5:12. Pero en la antigua Grecia, esta palabra también significa “los espíritus elementales del universo, los ángeles que influían en los cuerpos celestiales”. Era una de las palabras en el vocabulario de la astrología religiosa de esa época.

Los gnósticos creían que los ángeles y los cuerpos celestiales tenían influencia sobre la vida de las personas. La advertencia de Pablo a los colosenses acerca de “luna nueva” y otras prácticas religiosas marcadas por el calendario (Colosenses 2:16) puede haberse relacionado con esta enseñanza gnóstica; aunque los judíos también observaban el calendario (Gálatas 4:10). Una cosa es segura: tales enseñanzas acerca de demonios y ángeles no eran parte de la verdadera doctrina cristiana. Al contrario, tales enseñanzas eran satánicas.

El hecho de que esta enseñanza no era de Cristo es suficiente para evitar el uso de horóscopos, cartas astrales, tablas de escritura espiritista, y otras prácticas espiritistas. Todos el sistema zodiacal es contrario a la enseñanza de la Palabra de Dios. El creyente que se mete en el misticismo y lo oculto se está acarreado problemas.

¿Por qué seguir las filosofías vanas cuando tenemos la plenitud de Cristo? Es como hacer a un lado el abundante río para beber de las cisternas contaminadas del mundo (Jeremías 2:13). Por supuesto, los falsos maestros de Colosas no instaban a los creyentes a que dejaran a Cristo, sino que hicieron de Cristo *una parte* del nuevo sistema. Pero esto le destruiría a Cristo de su legítimo lugar de preeminencia.

Así que, Pablo les dio el antídoto verdadero y duradero en contra de toda enseñanza falsa: *Toda plenitud se encuentra en Cristo, y ustedes han sido hechos completos en él. ¿Por qué, entonces, necesitarán algo más?* (ve Colosenses 2:9-10).

Ya hemos visto la palabra “plenitud” (*pleroma*) (1:19). Significa *la suma total de todo lo que Dios es, todo su ser y sus atributos*. Esta palabra era usada por los gnósticos, pero ellos no le daban el mismo significado que Pablo. Para ellos, el *pleroma* era el origen de todas las *emanaciones* a través de las cuales los hombres podían acercarse a Dios. El punto máximo en la experiencia religiosa de los gnósticos era participar del *pleroma*.

Por supuesto, no existen tales emanaciones de Dios. La encarnación de Jesucristo llenó el vacío entre el cielo y la tierra. El es “Emanuel,...Dios con nosotros” (Mateo 1:23). Jesucristo es la plenitud de Dios, y esa plenitud habita continua y

permanentemente en él *corporalmente*. Una vez más, Pablo refuta la doctrina gnóstica de que la materia es pecaminosa y de que Jesús no tuvo un cuerpo humano.

Cuando Cristo Jesús ascendió al cielo, lo hizo en un cuerpo humano. Ciertamente era un cuerpo glorificado, pero era real. Después de su resurrección, el Señor tuvo cuidado de asegurarles a sus discípulos que él era la misma persona en el mismo cuerpo. El no era un espíritu o un fantasma (ve Juan 20:19-29). ¡Hay un hombre glorificado en el cielo! Toda la plenitud de Dios toma cuerpo en Cristo Jesús, el Dios-Hombre.

Ahora, lo grandioso es esto: *¡Cada creyente participa de esa plenitud!* “Y vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:10). El tiempo del verbo en griego indica que esta plenitud es una experiencia permanente. La *Expanded Translation [La traducción Ampliada]*, traducción bastante literal del Dr. Kenneth Wuest dice: Y ustedes están en él, habiendo sido completamente llenados, con el actual resultado de que están en un estado de plenitud.

Cuando una persona nace de nuevo en la familia de Dios, nace completa en Cristo. Su crecimiento espiritual no es por *adición*, sino por *nutrición*. Crece de dentro para fuera. No hay nada que pueda agregarse a Cristo, ya que él es la plenitud de Dios. A Medida que el creyente toma de la plenitud de Cristo, es lleno “de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:19). ¿Qué más necesita?

Sin duda alguna, existen peligros espirituales que el creyente afronta. La prueba fundamental para toda enseñanza religiosa es: ¿En qué lugar pone a Cristo Jesús—su persona y obra? ¿Le está negando su plenitud? ¿Niega su deidad o su humanidad? ¿Afirma que el creyente debe tener alguna *experiencia nueva* para complementar su experiencia con Cristo? Si así es, entonces esa enseñanza está equivocada y es peligrosa.

### **Hagan Uso de sus Provisiones Espirituales (Colosenses 2:11-15)**

Recordemos que la falsa enseñanza que amenazaba la iglesia en Colosas se componía de varios elementos: el misticismo oriental, la astrología, la filosofía, y el legalismo judaico. Es este último elemento que Pablo trata en esta sección de su carta. Tal parece que los falsos maestros insistían en que sus seguidores se sometieran a la circuncisión y obedecieran la ley del Antiguo Testamento.

El legalismo gnóstico no era el mismo tipo de legalismo que practicaban los judaizantes a quienes Pablo refutaba en su epístola a los gálatas. Los maestros judíos a quienes Pablo atacó en el libro de Gálatas insistían en que la circuncisión y la obediencia a la ley eran indispensables para la salvación. (Ve Hechos capítulo 15 para los detalles de este problema.) El legalismo gnóstico decía que la ley judaica podría ayudar para que los creyentes se hicieran más espirituales. Si se circuncidaran, y observaran sus dietas y los días consagrados, entonces formarían parte de la *élite espiritual* de la iglesia. Desafortunadamente, hay personas con las mismas ideas en las iglesias de hoy en día.

Pablo recalcó que el creyente no está sujeto de ninguna manera al sistema legal del Antiguo Testamento, *ni tampoco puede beneficiarlo espiritualmente*. Cristo Jesús *solo* es suficiente para cada necesidad espiritual, ya que toda la plenitud de Dios se encuentra en él. Estamos identificados con Cristo porque él es la Cabeza del Cuerpo (Colosenses 1:18) y nosotros somos miembros de su Cuerpo (I Corintios 12:12,13). Pablo explicó nuestra cuádruple identificación con Cristo, la cual no sólo hace innecesaria, sino también pecaminosa, nuestra participación en cualquier clase de legalismo.

***Circuncidados en él (2:11)***. La circuncisión era una señal del pacto de Dios con los judíos (Génesis 17:9-14). Aunque era una operación física, tenía un significado espiritual. El problema consistía en que los judíos se basaban en lo físico y no en lo

espiritual. Una mera operación física no podía traer gracia espiritual (Romanos 2:25-29). Con frecuencia, en el Antiguo Testamento, Dios amonestaba a su pueblo para que abandonaran sus pecados y experimentaran una circuncisión *espiritual* en el corazón (Deuteronomio 10:16, 30:6; Jeremías 4:4, 6:10; Ezequiel 44:7). En la actualidad se comete el mismo error cuando alguien depende de algún rito religioso para la salvación –tal como el bautismo o la cena del Señor.

No es necesario que el creyente se circuncide, puesto que ya ha experimentado una circuncisión espiritual a través de su identificación con Cristo Jesús. Sin embargo, existe un contraste entre la circuncisión judía y la circuncisión espiritual del creyente en Cristo:

<i>Judíos</i>	<i>Creyentes</i>
Cirugía exterior	Interna–del corazón
Parte del cuerpo	Todo el “cuerpo de pecado”
Hecha a mano	Hecha sin manos
No tiene poder espiritual para vencer el pecado	Da poder para vencer el pecado

Cuando Cristo murió y resucitó, triunfó completamente sobre el pecado. El no sólo murió *por* nuestros pecados (salvación), sino que también murió *al* pecado (santificación, ve Romanos 6:10-14). Lo que la ley no podía hacer, Jesucristo lo hizo por nosotros. La vieja naturaleza (“el cuerpo pecaminoso carnal”) fue relegada–hecha inefectiva–de manera que ya no tenemos que ser esclavos de sus deseos. La vieja naturaleza pecaminosa no es erradicada, ya que todavía estamos propensos a pecar (I Juan 1:5–2:6). Pero el poder ha sido roto al someternos a Cristo y caminar en el poder del Espíritu.

**Vivos en él (2:12,13).** Aquí Pablo usa la ilustración del bautismo. Recuerda que en el Nuevo Testamento, la palabra “bautismo” tiene tanto un significado literal como figurativo. El significado literal es *zambullirse, sumergirse*. El significado figurativo es *identificarse con*. Por ejemplo, la nación judía fue bautizada en Moisés” (NVI) cuando atravesó el Mar Rojo (I Corintios 10:1,2). No había agua en ese bautismo, ya que ellos pasaron en seco. En esa experiencia, la nación se identificó con Moisés.

En esta sección de la carta de Pablo usa la palabra *bautismo* en un sentido figurativo –ya que ninguna cantidad de agua podría sepultar a una persona con Cristo o hacerla vivir en Cristo. El bautismo por inmersión en agua es un cuadro de esta experiencia espiritual. Cuando una persona es salva, inmediatamente es bautizada por el Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo (I Corintios 12:12,13) e identificada con la Cabeza, Cristo Jesús. Esta identificación significa que *todo lo que le sucedió a Cristo, también nos pasó a nosotros*. Cuando él murió, nosotros morimos con él. Cuando él fue sepultado, nosotros fuimos sepultados. Cuando él resucitó, nosotros resucitamos con él–y dejamos atrás las ropas mortuorias de la vida vieja (Colosenses 3:1-14).

Todo esto sucedió “mediante la fe en el poder de Dios” (v. 12). Fue el poder de Dios lo que nos cambió, no el poder del agua. El Espíritu de Dios nos identificó con Cristo, y ¡fuimos sepultados con él, resucitados con él y vivificados con él! Debido a que Dios levantó a su Hijo de los muertos, tenemos vida eterna.

La aplicación práctica es clara: puesto que somos identificados con Cristo y él es la plenitud de Dios, *¿qué más necesitamos?* Hemos experimentado el poder de Dios a través de la fe en Cristo, entonces ¿por qué volver a la ley muerta? Dios nos ha perdonado todos nuestros pecados (v. 13b); así que tenemos una posición perfecta delante de él.

***Libres de la ley en él (2:14).*** Jesús no sólo llevó nuestros pecados en la cruz (I Pedro 2:24), sino que también llevó la ley a la cruz y la clavó allí para librarnos de ella para siempre. La ley ciertamente nos era contraria, porque era imposible que nosotros cumpliéramos sus demandas santas. Aunque Dios nunca les dio los Diez Mandamientos a los gentiles, las demandas justas de la ley—los requisitos santos de Dios—estaban escritas en sus corazones (ve Romanos 2:12-16).

Cuando Jesús derramó su sangre por los pecadores, canceló la deuda enorme que tenían debido a su desobediencia a la ley santa de Dios. En el período bíblico, las cuentas financieras a menudo se registraban en pergaminos, y el registro podía borrarse. Este es el cuadro que Pablo describía.

¿Cómo es posible que un Dios santo sea justo al cancelar una deuda? De esta manera: su Hijo pagó la deuda completa cuando murió en la cruz. Si un juez libera a un hombre que es culpable de un crimen, el juez desprecia la ley y deja sin restricción a la parte afectada. Dios pagó la deuda del pecado cuando dio a su Hijo para ser crucificado, y mantuvo la santidad de su propia ley.

Pero Jesucristo hizo aun más que cancelar la deuda. El tomó la ley que nos condenaba y la hizo a un lado para que ya no estuviésemos bajo su dominio. Somos “libres de la ley” (Romanos 7:6). Ya no estamos “bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14). Esto no quiere decir que estamos sin ley, sino que la justicia de la ley se cumple en nosotros al andar en el poder del Espíritu (Romanos 8:4). Nuestra asociación con Cristo nos capacita para obedecer a Dios por amor, y no por medio servil.

***Victoriosos en él (2:15).*** Jesús no sólo resolvió el problema del pecado y la ley en la cruz, sino que también venció a Satanás. Hablando acerca de su crucifixión, Jesús dijo: “Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:31). La muerte de Cristo en la cruz parecía una gran victoria para Satanás pero resultó ser una gran derrota de la que nunca se recobrará.

Jesús obtuvo tres grandes victorias en la cruz. Primero, él desarmó “a los poderes y autoridades” (2:15, NVI), despojando a Satanás y su ejército de todas las armas que tenían. Satanás no puede dañar al creyente que no se quiere dañar a sí mismo. Es cuando dejamos de velar y orar (como Pedro) que Satanás podrá usar sus armas contra nosotros.

En segundo lugar, Jesús “exhibió públicamente” (v.15) al enemigo exhibiendo el engaño de Satanás y su maldad. En su muerte, resurrección y ascensión, Cristo vindicó a Dios y derrotó al diablo.

Su tercera victoria se encuentra en la palabra “triunfando”. Siempre que un general romano ganaba una gran victoria en un país extranjero, tomaba muchos cautivos y botín, y ganaba más territorio para Roma, este era honrado por un desfile oficial conocido como *el triunfo romano*. Pablo hace alusión a esa práctica en su segunda carta a los corintios (II Corintios 2:14). Jesucristo ganó una victoria completa, y regresó a la gloria en una gran procesión de triunfo (Efesios 4:8-10). De esta manera, desacreditó y derrotó a Satanás.

Tu y yo tenemos parte en esa victoria sobre el diablo. No tenemos por qué preocuparnos acerca de las fuerzas elementales que gobiernan los planetas y tratan de influir en la vida de los hombres. ¡Las huestes satánicas de los principados y potestades están derrotadas y avergonzadas! Al apropiarnos de la victoria de Cristo, usar el equipo que nos ha provisto (Efesios 6:10-18), y confiar en él, estamos libres de la influencia de Satanás.

¡Qué maravillosa posición y provisión tenemos en Cristo! ¿Estamos viviendo por fe a la altura de esta verdad?

## ¡Cuidado, Creyente!

(Colosenses 2:16-23)

Desde las luces rojas que señalan el paso del tren hasta las etiquetas marcadas por una calavera en ciertas botellas de veneno, las señales de peligro forman parte de nuestra vida cotidiana. A los niños se les debe enseñar a obedecer las señales y los adultos deben estar conscientes de ellas y no desatenderlas. Las advertencias son un asunto de vida o muerte.

La vida espiritual también tiene sus peligros y sus advertencias. Moisés advirtió a los israelitas que tuvieran mucho cuidado de no olvidarse del Señor una vez que se establecieron en la Tierra Prometida (Deuteronomio 6:12). El Señor Jesús con frecuencia usó la palabra *guardaos* (Mateo 7:15; Marcos 12:38; Lucas 12:15).

Pablo ya había advertido acerca de los falsos maestros (Colosenses 2:8). En esta sección de su carta, da tres advertencias que debemos tomar en cuenta si queremos disfrutar de nuestra plenitud en Cristo Jesús.

### **Nadie Os Juzgue (colosenses 2:16,17)**

Esta advertencia muestra el peligro del *legalismo* de los maestros gnósticos en Colosas. Sus doctrinas eran una extraña mezcla del misticismo oriental, el legalismo judaico, y una tintura de filosofía y enseñanza cristiana. Tal parece que el legalismo judaico jugaba un papel muy importante. Esto no debe causar sorpresa ya que la naturaleza humana halla su ambiente natural en los *deberes religiosos*. La carne es débil cuando se trata de hacer cosas espirituales (Mateo 26:41), pero tiene mucha fuerza cuando se trata de practicar las reglas y prácticas religiosas. De alguna manera el adherirse a los hábitos religiosos hace agrandar el ego y hace que la persona se sienta bien en su propia justicia. Al tratar este problema, Pablo presenta tres verdades importantes.

**La base para nuestra libertad (2:16a).** Esta se encuentra en la frase “por tanto”, que une a este versículo con los anteriores. La base para nuestra libertad es la persona y obra de Jesucristo. Toda a plenitud de la Deidad mora corporalmente en él (2:9). El canceló la deuda y el dominio de la ley en la cruz (2:14). Como creyentes, estamos bajo la gracia como la norma de vida y no bajo la ley (Romanos 6:14-23).

Los creyentes gentiles en Colosas nunca estuvieron bajo la ley de Moisés, ya que esa ley sólo fue dada a Israel (Romanos 9:4). Parece incongruente que, ahora que eran creyentes, ¡quieran someterse al legalismo judaico! Pablo tenía el mismo problema con los gentiles de las iglesias de Galacia, y censuró el legalismo judaico en su carta dirigida a ellos (Gálatas 3:1-5). (Ve e libro de este autor titulado *Libres en Cristo* [EBI 1984] para un estudio expositivo de Gálatas.)

La persona que juzga a un creyente porque este no vive bajo las leyes judaicas, realmente está juzgando a Cristo. Esa persona está diciendo que Cristo no terminó la obra de salvación en la cruz, y que debemos agregarle algo. También pretende que Cristo no es suficiente para todas las necesidades espirituales del creyente. Los falsos maestros de Colosas afirmaban que todos aquellos que practicaran la ley alcanzarían una *vida espiritual más profunda*. Por fuera, sus prácticas aparentaban piedad; pero en realidad esas prácticas no lograban ninguna espiritualidad.

**La esclavitud del legalismo (2:16).** Que nadie afirme lo contrario: ¡es esclavitud! Pedro lo llamó *yugo de cerviz* (Hechos 15:10). Pablo usó la misma ilustración cuando

advirtió a los gálatas: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1).

Estas restricciones legalistas tenían que ver con la comida y la bebida (participando o absteniéndose de ellas). Bajo el sistema del Antiguo Testamento, ciertos alimentos se clasificaban como *limpios* y otros como *inmundos* (ve Levítico 11). Pero Jesús aclaró que el alimento, *en sí mismo*, no afecta. Es lo que sale del corazón lo que hace que una persona sea espiritual o no (Mateo 15:1-20). Pedro recordó esta lección nuevamente cuando subió a la azotea en Jope (Hechos 10:9-16), y cuando Pablo lo reprendió en Antioquía (Gálatas 2:11-14). “Pero el alimento no nos acerca más a Dios; ni somos peores por no comerlo; ni mejores por comerlo” (I Corintios 8:8, NVI).

Es muy probable que las instrucciones acerca de los alimentos que Dios dio a través de Moisés tuvieran razones tanto *físicas* como espirituales. Este asunto que Pablo presenta es muy diferente. Si una persona cree que es más saludable abstenerse de ciertos alimentos, entonces deberá abstenerse de ellos para cuidar su cuerpo. Sin embargo, no debería juzgar a otros que participan de ese alimento, ni tampoco debería considerar su abstinencia como una prueba de una vida espiritual. El pasaje clave sobre este asunto se encuentra en Romanos, los capítulos 14 y 15.

Pero el sistema legalista no sólo tomaba en cuenta las dietas; sino también los *días*. Esta práctica también fue tomada de las leyes dadas a Moisés. Al judío del Antiguo Testamento se le requería bajo la ley que guardara el día de reposo, que era el séptimo día de la semana (Exodo 20:9-11). No es correcto llamarle al domingo el *sábado cristiano*, porque no fue establecido como tal en el Nuevo Testamento. Es el “día del Señor” (Apocalipsis 1:10), el primer día de la semana (I Corintios 16:2; Hechos 20:7), el día en que se conmemora la resurrección victoriosa de Cristo (Juan 20:1,19,26).

Los judíos también tenían sus días de fiesta (Levítico 23) y sus celebraciones especiales de “luna nueva” (ve Isaías 1:13). Su religión estaba ligada al calendario. Todo esto tenía su propio lugar bajo la antigua dispensación; pero no se pretendía que fuera una parte permanente de la fe bajo la nueva dispensación (ve Juan 1:17). La ley era un ayo que ayudó a Israel a entrenarse y disciplinarse durante su infancia como nación, preparando así al pueblo para la venida del Mesías. Ahora que Jesús había venido, no era necesario que el ayo realizara las mismas funciones (Gálatas 3:24–4:11).

¿Acaso esto significa que la ley del Antiguo Testamento ya no tiene un ministerio para los creyentes del Nuevo Testamento? ¡Por supuesto que no! La ley todavía nos revela la santidad de Dios, y además revela a Jesucristo (Lucas 24:27). “Sabemos que la ley es buena, si se usa como es debido” (I Timoteo 1:8, NVI). La ley nos muestra nuestro pecado y nos advierte acerca de sus consecuencias—pero no tiene poder para impedir que practiquemos el pecado ni para redimir al pecador. Sólo la gracia puede hacer eso.

**La bendición de la gracia (2:17).** La ley no es más que una sombra, pero en Cristo tenemos la realidad, la sustancia. “La ley es sólo una sombra de los bienes futuros” (Hebreos 10:1, NVI). ¿Por qué regresar a las sombras cuando tenemos la realidad en Cristo Jesús? ¡Es como tratar de abrazar una sombra cuando la realidad está a nuestro alcance!

Las personas que observan religiosamente las dietas y los días presentan una apariencia de espiritualidad, pero esas prácticas no pueden cambiarles el corazón. El legalismo es un asunto muy popular porque se puede *medir* el grado de espiritualidad—y aun hacer alarde de ella! Sin embargo, ¡el legalismo está muy lejos de la estatura de Cristo! (Efesios 4:13)!

### **Nadie Os Prive de Vuestro Premio (Colosenses 2:18,19)**

La palabra que se traduce como “prive” significa *declarar indigno de un premio*. Es un término usado en el atletismo—el árbitro descalifica a un jugador porque éste no ha obedecido las reglas. El jugador no deja de ser un ciudadano; sin embargo, pierde la honra de ganar un premio. Un creyente que desobedece las instrucciones de Dios no pierde la salvación. No obstante, pierde la aprobación del Señor y los premios que él ha prometido a los que son fieles (I Corintios 3:8).

Es una muestra de la gracia de parte de Dios el que haya prometido galardones a los que le sirven. ¡Ciertamente no nos debe nada! Debemos estar tan agradecidos de que él nos haya librado del juicio que le serviremos, ya sea que recibamos galardones o no. Es probable que la mayoría de los siervos de Dios le obedezcan por amor y devoción sin pensar en los premios. Así como hay grados de castigo en el infierno (Mateo 23:14), también habrá grados de gloria en el cielo—aunque es cierto que todos los creyentes serán semejantes a Cristo en su cuerpo glorificado. Thomas Watson, un puritano de la época pasada, lo dijo de una manera precisa: “Aunque todos los vasos de misericordia estarán llenos (en el cielo), algunos tendrán más capacidad que otros.”

Existe, por lo tanto, el peligro de que la vida que llevamos ahora nos robe el premio y la gloria del futuro. El peligro particular que Pablo tenía en mente era el *misticismo*, la creencia de que una persona puede tener una experiencia inmediata con el mundo espiritual, independiente de la Palabra de Dios o del Espíritu Santo. Los falsos maestros de Colosas tenían visiones y se comunicaban con los ángeles. Al hacer a un lado la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios, se estaban exponiendo a toda clase de actividad demoníaca—pues Satanás sabe dar experiencias falsificadas a la gente (II Corintios 11:13-15).

La palabra que se traduce “entrometiéndose” era un término técnico usado por las religiones místicas de esa época. Significaba *entrar al santuario interior, estar completamente iniciado en los misterios de la religión*. Ningún creyente tiene que pasar por ninguna ceremonia de iniciación para estar en la presencia de Dios. Nosotros podemos tener “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (Hebreos 10:9). Podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia” (Hebreos 4:16). Y en lo que se refiere a la adoración de los ángeles *¡ellos son nuestros siervos!* Los ángeles son “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” (Hebreos 1:14).

Claro que toda esta ceremonia mística estaba adornada por una humildad falsa que realmente era una demostración de orgullo. “Yo no soy lo suficientemente bueno como para presentarme directamente ante Dios”, diría un gnóstico. “Así que, empezaré con uno de los ángeles”.

El tratar de alcanzar a Dios el Padre por otro medio que no sea su Hijo, Jesucristo, es idolatría. Cristo Jesús es el único mediador entre Dios y el hombre (I Timoteo 2:5; Juan 14:6). La persona que adora por medio de los ángeles o los santos que están ahora en el cielo no demuestra su humildad, ya que no se somete a la autoridad de la Palabra de Dios. De hecho, está mostrando un sutil orgullo que antepone las tradiciones del hombre a la Palabra de Dios. “Vanamente hinchado por su propia mente carnal” (Colosenses 2:18).

La verdadera adoración siempre hace humilde a la persona. La *mente* se admira de la grandeza de Dios; el *corazón* se llena del amor hacia Dios; y la *voluntad* se somete al propósito de Dios para su vida. Los gnósticos, en cambio, estaban interesados primeramente en un *conocimiento espiritual más profundo*, y hacían a un lado la Palabra de Dios. Sus *secretos íntimos* los hacía enorgullecerse, pero no les daba un

corazón ardiente ni una voluntad sumisa. “El conocimiento envanece, pero el amor edifica” (I Corintios 8:1).

Vale la pena notar que una experiencia espiritual verdadera con Dios conduce a la sumisión y al servicio. Cuando Job vio al Señor dijo: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5,6). Pedro cayó de rodillas ante el Señor y le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). Isaías vio al Señor y reconoció su culpabilidad (Isaías 6); y cuando Juan vio al Señor resucitado cayó a sus pies como muerto (Apocalipsis 1:17).

La familiaridad vulgar con que algunas personas se acercan a Dios en oración, o hablan acerca de él, ya sea en la conversación diaria o en un testimonio, algunas veces se aproxima a la blasfemia. El piadoso Obispo Wescott de Gran Bretaña, autor de muchos comentarios eruditos acerca de diferentes libros de la Biblia, una vez escribió: “Cada año que pasa tiemblo ante la osadía con la que la gente habla de cuestiones espirituales”.

Trágicamente, esta *religión vana de la mente enorgullecida* es sólo un sustituto de la verdadera nutrición espiritual proveniente de Cristo Jesús, la Cabeza del cuerpo, el cual es su Iglesia. Este es uno de los varios pasajes en el Nuevo Testamento que presentan a la iglesia como el Cuerpo de Cristo (ve Romanos 12:4-8; I Corintios 12-14; Efesios 4:4-16; Colosenses 1:18,24). Todos nosotros, como creyentes, somos miembros del cuerpo espiritual, la Iglesia, debido a la obra del Espíritu Santo (I Corintios 12:12,13). Como creyentes, nos ayudamos el uno al otro en el Cuerpo de Cristo así como las diferentes partes del cuerpo humano se ayudan mutuamente (I Corintios 12:14-27).

Pero si un creyente no se abastece del alimento espiritual que viene de Cristo u otros creyentes, se debilita. Los falsos maestros no se sujetaban a la Cabeza, y por lo tanto, estaban desnutridos espiritualmente; pero *ellos* pensaban que eran unos expertos espirituales. ¡Imagínate, creer que eres un gigante cuando en realidad eres enano!

Los falsos maestros estaban ansiosos por ganar prosélitos para su causa; pero el cuerpo espiritual crece por *nutrición* y no por *adición*. Cada miembro del Cuerpo de Cristo, y esto incluye los ligamentos y los tendones (“coyunturas y ligamentos”), es importante para la salud y el crecimiento del cuerpo. No importa cual sea tu don espiritual, eres importante para la Iglesia. De hecho, algunas personas que no tienen un ministerio público espectacular son probablemente tan importantes en privado como los que están en público.

Es a través de la adoración, la oración y la Palabra que aprovechamos los recursos espirituales de Cristo. Todos nosotros debemos formar parte de una iglesia local donde podamos ejercitar nuestros dones espirituales (Efesios 4:11-17). “Pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común” (I Corintios 12:7, LBLA). El Nuevo Testamento no menciona a *santos aislados*; es decir, los que no se relacionan con una iglesia local.

Sin embargo, es posible estar *dentro* de una iglesia local y no depender de la Cabeza y el alimento del cuerpo espiritual. Los falsos maestros en Colosas trataban de introducir sus enseñanzas en la asamblea local; y si hubieran tenido éxito, habrían causado que el alimento espiritual *disminuyera* en lugar de *aumentar*. A menos que los miembros de la asamblea local permanezcan en Cristo, se sometan al Espíritu y obedezcan la Palabra, no pueden experimentar la vida de la Cabeza, Cristo Jesús.

Existe un magnetismo en las *religiones místicas* que atrae a la gente. El aprender misterios, ser iniciado en las cosas secretas y tener contacto con el mundo de los espíritus, todo eso parece atractivo.

Sin embargo, esas prácticas son terminantemente prohibidas por Dios. El creyente verdadero se gloria en Cristo, no en su propia experiencia. Obedece la Palabra de Dios, siendo guiado por el Espíritu Santo; y al permanecer en Cristo, experimenta bendición y da fruto. No desea otra experiencia que no sea la que lo relacione con la Cabeza, Jesucristo.

### **¡Qué Nadie le Esclavice! (Colosenses 2:20-23)**

Pablo condenó el legalismo y el misticismo; luego atacó y condenó el *ascetismo*. Un asceta practica una negación rigurosa de sí mismo y hasta una mortificación del cuerpo para llegar a ser más espiritual. Las prácticas ascéticas eran muy populares en la Edad Media: el usar vestimentas burdas, dormir en camas duras, flagelarse, abstenerse de hablar por días (o quizá años), dejar de comer o dormir, etc.

Existe una relación estrecha entre el legalismo y el ascetismo: Un asceta usualmente se somete a reglas y ordenanzas tales como “no manejes, ni gustes, ni aun toques” (2:21). Cree que algunos alimentos o prácticas son inmundos y deberían evitarse, y que otras prácticas son buenas y no deberían descuidarse. Toda la vida del asceta se centra en un sistema de disciplina.

Como creyentes reconocemos que la disciplina es útil en la vida. Sin embargo, algunos comen en exceso y llevan exceso de peso. Otros toman mucho café o bebidas con extracto de cola y se ponen nerviosos y ansiosos. Sabemos que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (I Corintios 6:19,20), pero algunas veces no cuidamos nuestro cuerpo como deberíamos. “Pues el ejercicio corporal tiene cierto valor”, escribió Pablo (I Timoteo 4:8 NVI). Pablo disciplinaba su cuerpo y lo tenía bajo control (I Corintios 9:27). Y nosotros tenemos razón en darle un cuidado apropiado a nuestro cuerpo.

Sin embargo, el asceta espera santificar su alma disciplinando el cuerpo, y es ésta la herejía que Pablo condena. Así como el guardar los días y las dietas no tiene valor para santificar, tampoco la disciplina corporal. En esta sección Pablo da algunos argumentos para probar que el creyente no debe tomar parte en el ascetismo religioso.

**La posición espiritual del creyente (2:20).** El ascetismo tiene que ver con los rudimentos del mundo y no con las riquezas del reino. Anteriormente vimos que la palabra “rudimentos” significa *los principios, o la base de algo* (Colosenses 2:8). En este caso, “los rudimentos del mundo” se refieren a las reglas ordenanzas en cuanto a los alimentos. Como creyentes, hemos muerto a todo eso debido a la unión que tenemos con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección (Colosenses 2:12-15; Romanos 6). Aunque estamos *en* el mundo físicamente, no somos *del* mundo espiritualmente (Juan 17:15,16). Hemos sido transferidos al reino de Dios (Colosenses 1:13), y por lo tanto, dirigimos nuestra vida de acuerdo con las leyes divinas, y no de acuerdo con las reglas de los hombres.

Esto no quiere decir que los creyentes sean libertinos. Un estudiante de cierta escuela cristiana me dijo en una ocasión que no obedecía las reglas porque tal acción carecía de espiritualidad. Le recordé que los creyentes siempre respetan a las autoridades (I Pedro 2:11-20), y que él sabía de las reglas antes de entrar a la escuela. Y si no le gustaban, mejor se hubiera quedado en casa. Pablo no quería que fuéramos rebeldes, sino que nos advierte que no pensemos que somos más espirituales que otros porque obedecemos ciertas reglas y ordenanzas que atañen al cuerpo.

**La inutilidad de los reglamentos ascéticos (2:21,22).** En primer lugar, estas reglas no provenían de Dios; eran sólo invenciones del hombre. Dios “nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (I Timoteo 6:17). Los alimentos han sido creados para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes” (I Timoteo 4:3). Pero los *mandamientos* y *doctrinas* de los falsos maestros tomaban el lugar que

correspondía a la inspirada Palabra de Dios (Marcos 7:6-9) Las *doctrinas* eran lo que los falsos maestros creían; los *mandamientos* eran las reglas que ponían al aplicar sus doctrinas a la vida diaria.

Dios nos ha dado los alimentos para nuestro uso, y “se destruyen con el uso” (Colosenses 2:22). Jesús dijo que los alimentos pasaban al estómago y no al corazón (Marcos 7:18-23). La persona que rechaza ciertos alimentos pensando que le van a contaminar no entiende ni lo que Cristo ni Pablo enseñaron. “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo” (Romanos 14:14).

Algunos de nosotros estamos listos para criticar a los antiguos monjes, a los místicos orientales, a los faquires árabes o hindúes; sin embargo, no nos damos cuenta de que el mismo error existe en nuestras iglesias. Aunque sí existe relación entre la disciplina física y la salud, no existe relación entre tal disciplina y la santidad. Una cosa es abstenerse deliberadamente de tomar algún alimento o bebida para no ofender a un creyente más débil (Romanos 14:13–15:3). Pero no debemos decir que nuestra abstinencia nos hace más espirituales que otro hermano que toma de ese alimento y da gracias a Dios (Romanos 14:6).

***El engaño del ascetismo (2:23).*** La gente que practica el ascetismo tiene cierta *reputación* de espiritualidad, pero el producto no es tan bueno como la propaganda. Yo me asombro al ver cómo muchas personas educadas del occidente se apretujan para ver y escuchar a un gurú u otro líder religioso oriental, cuyas enseñanzas no pueden cambiar el corazón humano. Esta *adoración autoimpuesta* no es la verdadera adoración a Dios, la cual debe hacerse “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24). Su humildad es falsa, y a través de sus disciplinas rigurosas no pueden lograr nada para el hombre interior.

Aunque sabemos que es mucho mejor practicar la auto-disciplina que ceder ante los apetitos naturales del cuerpo, no debemos creer que tal dominio propio es motivado necesariamente por el *Espíritu*. Los ascetas de muchas religiones no cristianas dan evidencia de un dominio propio sorprendente. Los estoicos y su filosofía ascética eran muy conocidos en el tiempo de Pablo. Sus seguidores podían practicar también cualquier disciplina que los maestros gnósticos les presentaban.

El poder de Cristo en la vida del creyente no sólo refrena los deseos del cuerpo, sino que *coloca nuevos deseos en él*. La naturaleza determina el apetito. El creyente tiene dentro la naturaleza misma de Dios (II Pedro 1:4), y esto significa que tiene ambiciones y deseos piadosos. No necesita alguna *ley* externa para controlar sus apetitos, ¡porque tiene *vida* interiormente! Las reglas duras de los ascetas “carecen de todo valor para restringir la sensualidad” (Colosenses 2:23, NVI). Al contrario, tarde o temprano, exhiben lo peor en lugar de lo mejor. En los dos capítulos finales de esta carta, Pablo explica cómo la nueva vida funciona en el creyente para darle pureza y victoria.

Esta sección concluye el segundo capítulo de Colosenses, en el cual el énfasis está en el *peligro*. En él Pablo defiende la preeminencia de Cristo Jesús, y refuta las falsas doctrinas del legalismo, misticismo y ascetismo. Nos corresponde a nosotros creer lo que escribió y practicar estos principios espirituales.

La respuesta para el legalismo es la realidad espiritual que tenemos en Cristo. La respuesta al misticismo es la unión espiritual con Cristo, la Cabeza de la Iglesia. La respuesta al ascetismo es nuestra identificación con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Ponemos todo esto en la práctica diaria al tener comunión con Cristo a través de la adoración, la Palabra y la oración. Al someternos al Espíritu que mora en nosotros, recibimos el poder que necesitamos para la vida diaria. Es a través de nuestra comunión con otros creyentes que contribuimos al crecimiento espiritual del Cuerpo, la Iglesia, y

que los otros miembros del Cuerpo contribuyen con nosotros. ¡Qué vida tan maravillosa!

¿Es Cristo preeminente en tu vida? ¿Estás haciendo uso de su poder espiritual o estás dependiendo de algún sustituto *religioso* inventado por el hombre?

## En la Tierra Como en el Cielo

(Colosenses 3:1-11)

En los dos últimos capítulos de Colosenses, Pablo pasa a la aplicación práctica de las doctrinas que había estado enseñando. Después de todo, poco beneficio hay cuando los creyentes *declaran y defienden* la verdad, pero no la *demuestran* con su vida. Algunos creyentes pueden defender la verdad a capa y espada, pero con su vida niegan las doctrinas que profesan amar: “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan” (Tito 1:16).

Debemos recordar que las religiones paganas en el tiempo de Pablo decían poco, o nada, de la necesidad de una vida moral correcta. Una persona podía inclinarse ante un ídolo, depositar su ofrenda en el altar y volver a vivir en el pecado. Lo que una persona creía no tenía relación directa con su comportamiento, y nadie le juzgaría por su conducta.

Pero la fe cristiana introdujo un concepto totalmente nuevo en la sociedad pagana: ¡Lo que creemos tiene una estrecha relación con nuestro comportamiento! Después de todo, tener fe en Cristo significa estar unido a Cristo; y si participamos de su vida, debemos seguir su ejemplo. Si él vive en nosotros a través de su Espíritu, no puede permitir que vivamos en el pecado. En esta sección Pablo relaciona la doctrina con el deber, dando a sus lectores tres instrucciones:

### Buscad las Cosas de Arriba (Colosenses 3:1-4)

El énfasis está en la relación del creyente con Cristo.

**Hemos muerto con Cristo (3:3a).** La mejor explicación de esta verdad maravillosa se encuentra en Romanos 6–8. Cristo no sólo murió *por* nosotros (sustitución), sino que nosotros morimos *con* él (identificación). Cristo no sólo murió *por* el pecado, sufriendo el castigo correspondiente, sino que murió *al* pecado, quebrantando su poder. Puesto que estamos *en Cristo* a través de la obra del Espíritu Santo (I Corintios 12:13), hemos muerto también con Cristo. Esto quiere decir que podemos tener victoria sobre la vieja naturaleza pecaminosa que quiere controlarnos. “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:2).

**Vivimos en Cristo (3:4a).** Cristo es nuestra vida. La vida eterna no es alguna sustancia celestial que Dios nos concede cuando, siendo pecadores, confiamos en el Salvador. La vida eterna es Cristo Jesús mismo. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (I Juan 5:12). Somos muertos y vivos al mismo tiempo—muertos al pecado y vivos en Cristo.

Alguien ha dicho: “Lo que le motiva viene a ser la vida”. Un niño puede avivarse cuando se le habla de un juego de béisbol o un helado. A un jovencito se le despierta el interés cuando se le mencionan los automóviles o las fiestas. Pablo escribió: “Porque para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Cristo era la vida de Pablo y él vivía para todo lo que se relacionaba con Cristo. Eso mismo debería suceder con cada creyente.

Hace algunos años escuché la historia acerca de dos hermanas que se divertían asistiendo a bailes y fiestas escandalosas. Después se convirtieron y encontraron nueva vida en Cristo. Al recibir una invitación para una fiesta, enviaron sus disculpas de la siguiente manera: “Sentimos mucho no poder asistir debido a que hace poco morimos”.

**Hemos resucitado con Cristo (3:1a).** Es posible estar vivo y aún permanecer en la sepultura. Durante la segunda guerra mundial, algunos refugiados judíos se escondieron

en un cementerio, y un bebé nació en una tumba. No obstante, cuando Jesús nos dio su vida, nos sacó de la tumba y nos sentó en un trono en el cielo. Cristo está sentado a la diestra de Dios, y nosotros estamos sentados allí “con Cristo”.

La palabra “sí” no sugiere que los lectores de la carta no hayan “resucitado con Cristo”, ya que todos nosotros, como creyentes, estamos identificados con él en su muerte, sepultura, resurrección y ascensión. Las palabras *puesto que* dan el significado más apropiado. Nuestra posición exaltada en Cristo no es hipotética, o alguna meta que hay que alcanzar. Es un hecho consumado.

***Estamos escondidos con Cristo (3:3b).*** Ya no pertenecemos al mundo, sino a Cristo; y las provisiones de vida que disfrutamos vienen sólo de él. *Escondidos en Cristo* significa seguridad y satisfacción. El eminente erudito en griego, el Dr. A.T. Robertson, comenta esto: “Así que, aquí estamos en Cristo quien está en Dios, y ningún ladrón, ni el mismo Satanás puede separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús” (Romanos 8:31-39). (*Paul and the Intellectuals* [Pablo y los Intelectuales], Broadman, p.98).

En lo que el mundo se refiere la vida cristiana es una *vida escondida*, ya que el mundo no conoce a Cristo (ve I Juan 4:1-6). Nuestra esfera de vida no es esta tierra, sino el cielo; y las cosas que nos atraen y emocionan están en el cielo, no en la tierra. Esto no quiere decir que debemos hacer a un lado nuestras responsabilidades terrenales. Sólo significa que nuestras motivaciones y fortaleza provienen del cielo, no de la tierra.

***Somos glorificados en Cristo (3:4b).*** Cristo en este momento está sentado a la diestra del Padre, pero un día volverá para llevar a los suyos al hogar celestial (I Tesalonicenses 4:13-18). Cuando lo haga, entraremos en la gloria eterna con Cristo. Cuando él sea revelado en gloria, nosotros también lo seremos. Según el apóstol Pablo, *¡ya hemos sido glorificados!* (Romanos 8:30), aunque esta gloria no ha sido todavía revelada. Cristo ya nos ha dado su gloria (Juan 17:22), pero la revelación completa de la gloria se hará cuando el Salvador regrese (Romanos 8:17-25).

Ahora, en vista de nuestra maravillosa identificación con Cristo, tenemos una gran responsabilidad: “Buscad las cosas de arriba” (Colosenses 3:1). A través de la muerte, sepultura, resurrección y ascensión de Cristo, hemos sido separados de la vida vieja de este mundo, y ahora pertenecemos a una nueva vida celestial.

Pero, ¿cómo buscamos “las cosas de arriba”? El secreto se encuentra en el versículo 2: *Continuamente pongan su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (traducción literal). Nuestros pies deben estar puestos en la tierra, pero nuestra mente debe estar en el cielo. Esto no debe hacernos pensar (como D.L. Moody solía decir), que debamos “abstraernos tanto con el cielo que no servimos para nada en la tierra”. Quiere decir que los asuntos prácticos de cada día deben ser dirigidos por Cristo quien está en el cielo. Significa, además, que debemos mirar lo terrenal desde el punto de vista celestial.

Cuando la nación de Israel llegó a la frontera de la Tierra Prometida, no quisieron entrar; y, debido a su obstinada incredulidad, tuvieron que vagar en el desierto por 40 años (ve Números 13 y 14). Toda esa generación, de 20 años arriba, murió en el desierto, con la excepción de Caleb y Josué, los únicos dos espías que creyeron a Dios. ¿Cómo es que Caleb y Josué pudieron *obtener la victoria* durante esos 40 años difíciles en el desierto? ¡Tenían la mente y el corazón colocados en Canaán! Ellos sabían que tenían una herencia pendiente, y vivían a la luz de esa herencia.

La Reina de Inglaterra ejerce ciertos poderes y privilegios porque se sienta en el trono. El Presidente de los Estados Unidos tiene privilegios y poderes porque se sienta detrás del escritorio en la oficina de la Casa Blanca. El creyente está sentado en el trono con Cristo. Debemos constantemente mantener nuestro afecto y nuestra atención en las

cosas del cielo, a través de la Palabra y la oración, lo mismo que a través de la adoración y el servicio. (Deuteronomio 11:21) si mantenemos el corazón y la mente en los lugares celestiales.

### **Haced Morir...lo Terrenal (Colosenses 3:5-9)**

Pasamos ahora de lo positivo a lo negativo. Hay quienes no les gusta lo negativo. “¡Dennos doctrinas positivas!”, dicen. “¡Olvídense de toda amonestación o advertencia negativa!” Sin embargo, las advertencias y mandamientos negativos emanan de las verdades positivas de la doctrina cristiana. Esta es la razón por la que Pablo escribió: “Haced morir, pues...”

Por más que uno hable positivamente acerca de la salud, nunca curará un apéndice perforado. El doctor tendrá que ponerse *negativo* y extraer el apéndice. Ningún discurso acerca de la belleza producirá un jardín. ¡El jardinero tendrá que arrancar la maleza! Lo positivo y lo negativo van juntos, y el uno sin el otro causa desequilibrio.

Puesto que hemos muerto con Cristo (v.3), tenemos el poder espiritual para hacer morir los deseos terrenales y carnales que quieren controlarnos. Pablo llamó a esto *considerarnos* muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús (Romanos 6:11). El Señor Jesús usó la misma idea cuando dijo: “Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti” (Mateo 5:29,30).

Obviamente, ni Pablo ni Jesús hablaban de una cirugía *literal*. El pecado no proviene del ojo, o la mano, o el pie; viene del corazón, de los deseos pecaminosos internos. Hace cientos de años en Inglaterra, si un ladrón de carteras era condenado le amputaban su mano derecha. Si era condenado por el mismo delito la segunda vez, hacían lo mismo con la mano izquierda. Cierta carterista perdió ambas manos y continuaba practicando su delito usando sus dientes. La operación física no puede cambiar el corazón.

Pablo no sólo es negativo en este párrafo, sino que también *nombra los pecados*; y a algunas personas no les gusta eso. Estos pecados pertenecen a la vida vieja y no tienen lugar en la nueva vida en Cristo. Además, el juicio de Dios recae sobre los que practican estos pecados; y Dios no hace acepción de personas. La ira de Dios cayó sobre el mundo gentil por causa de estos pecados (Romanos 1:18-32), y su ira caerá nuevamente. “Cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia”, amonestó Pablo (Colosenses 3:6).

*Fornicación* se refiere a la inmoralidad sexual en general. *Impureza* significa lasciva que está relacionada con la lujuria y la vida libertina. *Pasiones desordenadas* describe a un estado mental que excita la impureza sexual. La persona que cultiva esta clase de apetito siempre puede encontrar la oportunidad de satisfacerlo. *Malos deseos* significa deseos viles y corruptos. Es claro que los deseos conducen a los hechos, y los apetitos a las acciones. Si queremos purificar nuestras acciones, entonces debemos primero limpiar nuestra mente y corazón.

Lo que deseamos generalmente determina lo que hacemos. Si yo propicio en mis hijos un apetito por los dulces, entonces debo satisfacer ese apetito. Si ellos crecen gordos y sin buena salud, entonces debo cambiar sus apetitos, y debo enseñarles a gustar de otros alimentos en lugar de los dulces. “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio” (Salmo 51:10) debe ser nuestra oración; porque del corazón provienen esos deseos pecaminosos (Marcos 7:21-23).

Después de haber nombrado estos pecados sensuales, Pablo agrega: “...y avaricia, que es idolatría” (Colosenses 3:5b). *Avaricia* es el pecado de querer siempre más, ya sea más cosas o más placeres. La persona codiciosa nunca está satisfecha con lo que tiene, y por lo general envidia lo que otros tienen. Esto es idolatría, ya que la avaricia

pone las cosas en el lugar de Dios. “No codiciarás” es el último de los Diez Mandamientos (Exodo 20:17). Aun así, ¿este pecado puede hacernos quebrantar los otros nueve! Una persona dichosa deshonra a Dios, toma su nombre en vano, miente, roba y comete toda clase de pecado para satisfacer sus deseos pecaminosos.

¿Acaso cometen tales pecados los creyentes dentro de la iglesia local? Desafortunadamente a veces lo hacen. Cada una de las epístolas del Nuevo Testamento enviadas a las iglesias locales hace mención de estos pecados y nos advierte contra ellos. Me acuerdo de un pastor que predicó una serie de mensajes en contra de los pecados de los creyentes. Un miembro de su congregación lo desafió un día y le dijo que sería mejor si el pastor les predicara esos mensajes a los perdidos.

–Después de todo–dijo el miembro de la iglesia–el pecado en la vida de un creyente es diferente del pecado en la vida de otras personas.

–Sí, –respondió el pastor–¡es peor!

Después de amonestarnos en cuanto a los pecados sensuales, Pablo señala los peligros de los pecados sociales (Colosenses 3:8,9). El Dr. G. Campbell Morgan los llamó “los pecados respetables”. Estamos tan acostumbrados al enojo, la crítica, las mentiras, y las bromas de mal gusto entre creyentes que ya no nos molestan ni nos acusa la conciencia. Nos escandalizaría que un miembro de la iglesia cometiera algún pecado sensual, pero si lo vemos perder la paciencia en una reunión de iglesia, lo llamaríamos *justa indignación*.

El cuadro presentado aquí es el de una persona que se muda de ropa: “despojaos...revestido” (vs. 9,10). Esto se relaciona con la resurrección de Cristo Jesús (v. 1); porque al levantarse de entre los muertos, Cristo dejó sus mortajas en la tumba (Juan 20:1-10). El había entrado en una vida gloriosa de resurrección, y no tenía necesidad de ellas. De la misma manera, cuando Lázaro se levantó de la tumba, Jesús mandó a las personas a que lo desataran y lo dejaran ir (Juan 11:44).

Las ropas mortuorias representan la vida vieja con sus hechos pecaminosos. Ahora que tenemos vida nueva en Cristo, debemos andar en “vida nueva” despojándonos de los hechos y deseos pasados (Romanos 6:4). Hacemos esto ocupando nuestra posición en Cristo, considerándonos muertos a la vieja naturaleza y vivos a la nueva.

Pablo empieza con *ira*, *enojo* y *malicia*–pecados de una mala actitud hacia los demás. La palabra *ira* es la misma que se encuentra en Colosenses 3:6, refiriéndose allí a la ira de Dios. Esta palabra describe las actitudes habituales, mientras que *enojo* se refiere a una manifestación repentina de ira. Dios tiene todo el derecho de airarse ante el pecado y de juzgarlo, porque él es santo y justo. De hecho, existe una ira justa contra el pecado que debe caracterizar a los creyentes (Efesios 4:26). Sin embargo, ninguno de nosotros tiene el derecho de tomar el papel de Dios y juzgar a otro de acuerdo con nuestras actitudes. *Malicia* es una actitud de mala voluntad hacia una persona. Si por ejemplo, nos disgustamos cuando tiene éxito, o si nos alegramos cuando tiene problemas, esto es pecado.

*Blasfemia* describe el habla que calumnia a otros y los humilla. Frecuentemente entre los creyentes esta clase de chisme malicioso se disfraza de un supuesto interés espiritual. “Sólo te digo lo que sé de ella, sabiendo que orarás por ella”. Las detracciones son causadas por la malicia (I Pedro 2:1). La persona que tiene algo muy arraigado contra otra, usará cualquier oportunidad para hablar mal contra ella.

*Palabras deshonestas* son precisamente eso: habla perversa, bromas de mal gusto y lenguaje obsceno. Por alguna razón, algunos creyentes piensan que el usar este tipo de conversación es señal de hombría o de estar al día. El mal gusto algunas veces se entromete en las conversaciones. “Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada

con sal” (Colosenses 4:6). La sal es un símbolo de pureza; y la gracia y la pureza van juntas.

El último pecado que Pablo menciona es *la mentira* (v.9). El escribió esta misma advertencia a los creyentes de Efeso (Efesios 4:25). Satanás es el mentiroso (Juan 8:44), mientras que el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad (Juan 14:17; 15:26). Cuando un creyente miente, está cooperando con Satanás; cuando habla la verdad en amor (Efesios 4:15), está cooperando con el Espíritu de Dios.

Una mentira es una presentación incorrecta de la verdad, *aun cuando las palabras sean verídicas*. El tono de voz, la mirada en la cara o un ademán de la mano pueden alterar el significado de las palabras. También lo hace el motivo del corazón. Si mi reloj anda mal y yo le doy la hora equivocada a un amigo, eso no constituye una mentira. El mentir es el intento de engañar con el propósito de obtener una ganancia personal. Como dice un viejo refrán: “Decir una media verdad es todo una mentira”.

El Obispo Warren A. Candler estaba predicando acerca de las mentiras de Ananás y Safira (Hechos 5), y le preguntó a la congregación: “Si Dios todavía matara a la gente por mentir, ¿dónde estaría yo?” La congregación se ríe disimuladamente por un momento, pero las sonrisas desaparecieron cuando el obispo exclamó: Estaría aquí mismo, ¡predicando a una iglesia vacía!

### **Fortalecer lo Que Es de Cristo (Colosenses 3:10,11)**

Puesto que estamos vivos en Cristo, debemos buscar las cosas de arriba. Y ya que hemos muerto con Cristo, debemos despojarnos de las cosas que pertenecen a la vida pasada de pecados. ¡El resultado es que podemos ser como Cristo Jesús! ¡Dios quiere renovarnos y conformarnos a la imagen de su Hijo!

Los verbos en griego que se traducen como *despojarse* y *vestirse* (vs. 9,10) indican una acción hecha una vez para siempre. Al aceptar a Cristo, nos despojamos de la vida vieja y nos ponemos la nueva. El hombre viejo ha sido sepultado, y el nuevo ha tomado el mando. En cambio, el verbo traducido como *renovado* es un gerundio—“quien se está renovando constantemente”. La *crisis* de salvación conduce al *proceso* de santificación; es decir, llegar a ser más como Cristo.

Los griegos tenían dos palabras diferentes para “nuevo”. La palabra *neos* significa “nuevo en cuanto a tiempo”. Se usa como prefijo en palabras tales como *neoclasicismo* y *neo-ortodoxo*. La palabra *Kainos* significa “nuevo en calidad, renovado”. Algunas veces las dos palabras se usan indistintamente en el Nuevo Testamento; sin embargo, todavía hay una diferencia fundamental.

El creyente de una vez y para siempre se ha puesto el hombre nuevo (*neos*), y consecuentemente, está siendo renovado (*kainos*). Hay un cambio en la calidad, ya que se está haciendo como Cristo. El *hombre nuevo* es Cristo Jesús, el postrer Adán (I Corintios 15:45), la Cabeza de la nueva creación (II Corintios 5:17).

¿Cómo se lleva a cabo esta transformación? A través del conocimiento. La palabra “conocimiento” era uno de los términos claves del vocabulario de los gnósticos. No obstante, su supuesto conocimiento espiritual nunca podía cambiar la vida de una persona para hacerla como Cristo. Cuanto más conoce a Cristo, más se parece a él (Filipenses 3:10).

El hombre fue creado a la imagen de Dios (Génesis 1:26,27). Esto se refiere a la personalidad del hombre (intelecto, emoción y voluntad), y a lo espiritual del hombre (él es más que un mero cuerpo). Cuando el hombre pecó, esta imagen de Dios fue distorsionada y arruinada. Los hijos de Adán nacieron a la imagen de su padre (Génesis 5:1,3). A pesar de los estragos que ha hecho el pecado, el hombre todavía retiene la imagen de Dios (Génesis 9:6; Santiago 3:9).

Fuimos *formados* en la imagen de Dios, y *deformados* por el pecado. Pero a través de Cristo, ¡podemos ser *transformados* a la imagen de Dios! Debemos ser renovados en el espíritu de nuestra mente (Efesios 4:23). A medida que crezcamos en el conocimiento de la Palabra de Dios, seremos transformados por el Espíritu de Dios para participar de la imagen gloriosa de Dios (II Corintios 3:18). Dios nos transforma por la renovación de nuestra mente (Romanos 12:2), a través del estudio de la Palabra de Dios. Es la verdad lo que nos hace libres de la vida vieja (Juan 8:31,32).

El propósito de Dios para nosotros es que seamos “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29). Esto se refiere al carácter, la cualidad espiritual del hombre interior. Cuando veamos a Cristo, seremos como él es y tendremos cuerpos glorificados (I Juan 3:1-3); pero mientras esperamos su regreso, podemos llegar a ser como él y participar de su imagen de santidad. Este es un proceso constante de renovación según el Espíritu de Dios usa la Palabra de Dios.

Las distinciones y diferencias humanas no deben ser obstáculo para una vida de santidad en la iglesia. En Jesucristo desaparecen todas las distinciones humanas (Colosenses 3:11). En Cristo, no hay nacionalidades (“griego ni judío”). No hay reconocimiento de antiguas diferencias religiosas (“circuncisión ni incircuncisión”). Los gnósticos enseñaban que la circuncisión era importante para la vida espiritual (Colosenses 2:11). Pero Pablo aclaró que este acto tradicional de una operación física no tenía provecho para la vida espiritual.

Tampoco hay diferencias culturales en Cristo (“bárbaro ni escita”). Los griegos consideraban a todos los que no eran griegos como bárbaros; y los escitas eran los más bajos de todos los bárbaros. Pero en Cristo Jesús, la posición cultural de una persona no representa ventaja ni desventaja. Ni tampoco su posición económica o política (“siervo o libre”). Pablo aclaró que un esclavo debería buscar su liberación (I Corintios 7:20-23), pero no debería pensar que su posición social es un obstáculo para su vida espiritual.

Todas estas distinciones humanas pertenecen al *hombre viejo*, no al *hombre nuevo*. En su carta a los gálatas, Pablo agregó: “No hay varón ni mujer”; de esta manera inclusive borró las diferencias de sexo. “Cristo es el todo, y en todos”, fue la conclusión de Pablo. “Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Es incorrecto basar la comunión de la iglesia en otra cosa que no sea Cristo, su persona y obra. Los ministerios que se fundan sobre distinciones humanas, tales como el color, la raza o posición social no son bíblicos. Una de las evidencias del crecimiento espiritual y la renovación de la mente es este deseo de aceptar y amar a todos los que de corazón conocen a Cristo y buscan glorificarle. Los *super santos* gnósticos querían aislar a los creyentes de Colosas del resto de la iglesia, y eso era incorrecto. Aunque *físicamente* no perdemos nuestra herencia nacionalista cuando nos hacemos creyentes, no usamos esa herencia como prueba de lo que es espiritual.

“Cristo es el todo, y en todos” es el énfasis de esta carta. “Para que en todo tenga preeminencia” (Colosenses 1:18). Puesto que estamos completos en Cristo, podemos ver más allá de las diferencias terrenales que separan a las personas, y disfrutar una unidad espiritual en el Señor. Los falsos maestros gnósticos, como los falsos maestros de hoy, trataban de robarle al pueblo de Dios las riquezas de su unidad en Cristo. ¡Cuidado!

Vivimos en Cristo; por lo tanto, debemos buscar las cosas celestiales. Hemos muerto en Cristo; por lo tanto, debemos hacer morir las cosas terrenales. Podemos ser como Cristo; por lo tanto, debemos fortalecer las cosas de Cristo y permitir que el Espíritu renueve nuestra mente, conformándonos más a la imagen de Dios.

## Vestidos Para Salir

(Colosenses 3:12-17)

Esta sección termina la exhortación que Pablo hace a los creyentes para que vivan una vida de santidad. Continúa usando la ilustración del *vestido*: “Despojado...revestido” (vs. 8-10). Pablo amonesta a sus lectores para que se quiten las ropas mortuorias de pecado y vida vieja, y se vistan *las ropas de gracia*: santidad y vida nueva en Cristo.

El énfasis de esta sección está en los *motivos*. ¿Por qué debemos despojarnos de nuestras antiguas obras y ponernos las cualidades de la vida nueva? Pablo presenta cuatro motivos que deben animarnos a andar en novedad de vida (Romanos 6:4).

### La Gracia de Cristo (Colosenses 3:12-14)

La gracia es el favor de Dios para el pecador que no lo merece. Pablo les recuerda a los colosenses lo que la gracia de Dios había hecho por ellos.

**Dios los escogió (3:12a).** Las palabras de Dios a Israel a través de Moisés nos ayudan a entender el significado de la salvación por gracia: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó...y os ha sacado Jehová [de Egipto] con mano poderosa” (Deuteronomio 7:7,8).

Este milagro de la elección divina no depende de algo que nosotros seamos o que hayamos hecho; Dios nos escogió en Cristo “antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4). Si Dios salvara a un pecador a base del mérito o las obras, nadie sería salvo. Todo está realizado a través de la gracia divina para que todo sea para la gloria de Dios.

Por supuesto, la *elección* es un *secreto sagrado* que les pertenece a los hijos de Dios. No es una doctrina que les podamos explicar a los no salvos. “Conoce el Señor a los que son suyos” (II Timoteo 2:19), por eso debemos dejar que él se encargue de llevar adelante sus propósitos eternos. Lo que nos corresponde a nosotros es llevar las buenas nuevas del evangelio al mundo perdido.

**Dios los apartó (3:12).** Ese es el significado de la palabra “santos”. Porque hemos recibido a Cristo, hemos sido separados del mundo, para el Señor. Ya no somos nuestros; le pertenecemos completamente a él (I Corintios 6:19,20). Así como el casamiento pone aparte a una mujer y a un hombre para vivir exclusivamente el uno para el otro, la salvación separa al creyente exclusivamente para Cristo Jesús. ¿No sería una desgracia que el novio huyera con la dama de honor al término de la boda? Es igual de terrible ver a un creyente viviendo para el mundo y la carne.

**Dios los ama (3:12).** Cuando un inconverso peca, Dios lo ve como una criatura quebrantando las leyes del Creador y Juez Santo. Pero cuando un creyente peca, es un hijo de Dios destrozando el corazón amoroso de su Padre. El amor es el poder motivador más fuerte del mundo. Al crecer en su amor a Dios, el creyente crecerá en su deseo de obedecerle y caminar en la vida nueva que tiene en Cristo.

**Dios los ha perdonado (3:13-14).** “Perdonándoos todos los pecados” (Colosenses 2:13). El perdón de Dios es completo y final; no es condicional ni parcial. ¿Cómo es posible que un Dios santo pueda perdonar a los pecadores? Debido al sacrificio de Cristo Jesús en la cruz. Dios nos ha perdonado “en Cristo” (Efesios 4:32), y no por causa nuestra.

Escogidos por Dios, apartados para Dios, amados de Dios, y perdonados por Dios. ¡Todo ello significa GRACIA! Por lo tanto, debido a estas bendiciones de gracia, el creyente, tiene unas responsabilidades solemnes ante Dios. Debe vestirse de las virtudes hermosas de la vida cristiana. Pablo menciona ocho de ellas.

1. Vestíos de entrañable misericordia (3:12). Los griegos usaban la palabra *entrañas* porque creían que las emociones más íntimas tenían su origen en la zona intestinal, mientras que nosotros las localizamos en el corazón. Como creyentes debemos exhibir sentimientos nobles de compasión los unos por los otros (ve Filipenses 2:1-5). Esto no es algo que encendemos y apagamos como cualquier aparato eléctrico. Es una constante actitud del corazón que nos hace llevaderos con los demás.

2. Vestíos de benignidad (3:12). Hemos sido salvos gracias a la bondad de Dios a través de Cristo Jesús (Efesios 2:7; Tito 3:4). Nosotros, a nuestra vez, debemos mostrar bondad hacia los demás. “Antes sed benignos unos con otros” (Efesios 4:32) es el mandamiento de Dios.

Uno de los ejemplos más hermosos de bondad en la Biblia es el trato que el rey David le hace a Mefi-boset, el príncipe lisiado (II Samuel 9). El deseo de David era mostrar *la bondad de Dios* a la familia del rey Saúl, debido a su amor por Jonatán, el hijo de Saúl. Mefi-boset, el hijo de Jonatán, pobre y lisiado, fue elegido para recibir esa bondad. Si David hubiera actuado de acuerdo con la justicia, habría condenado a Mefi-boset; porque éste pertenecía a una familia maldita. Pero David actuó en amor y gracia.

David buscó a Mefi-boset y le aseguró que no debía tener miedo. Lo invitó a vivir en el palacio como miembro de su familia y a comer a la mesa del rey. ¡Así es la bondad de Dios! Nosotros hemos experimentado una bondad superior, porque siendo creyentes somos hijos de Dios y viviremos en el cielo con él para siempre.

3. Vestíos de la humildad (3:12). El mundo pagano en el tiempo de Pablo no apreciaba la humildad. Al contrario, admiraba el orgullo y el poder. El más grande ejemplo de humildad se encuentra en la persona de Cristo (Filipenses 2:5-8). Humildad no es considerarse poco uno mismo. Al contrario, es tener la estimación correcta de uno mismo en la voluntad de Dios (Romanos 12:3). La persona con humildad piensa en los demás antes que en sí mismo.

4. Vestíos de mansedumbre (3:12). Ser manso no quiere decir ser débil; la mansedumbre es poder bajo control. Esta palabra se usaba para describir un viento refrescante, una medicina benéfica, y un potro domado. En cada caso, hay *poder*: un viento puede convertirse en una tormenta; demasiada medicina puede matar; y un caballo puede producir una estampida. Sin embargo, este poder está bajo control. La persona mansa no tiene por qué encolerizarse, ya que tiene todo bajo control.

5. Vestíos de paciencia (3:12). Esta palabra se puede traducir *longanimidad*. La persona impaciente habla y actúa impulsivamente y carece de dominio propio. Cuando una persona es longánime, puede aguantar o soportar, sin vengarse, cuando alguien o las circunstancias lo provocan. Es bueno poder enojarse, porque esto es la señal de un carácter santo. Pero es malo enojarse impulsiva e indebidamente y por motivos incorrectos.

6. Vestíos de tolerancia (3:13). La palabra *tolerar* significa detener o retener. Dios tolera a los pecadores en el sentido de que detiene su juicio (Romanos 2:4; 3:25). La humildad, la mansedumbre y la tolerancia van juntas.

7. Vestíos de perdón (3:13). Este es el resultado lógico de todo lo que Pablo ha escrito aquí en esta sección. No es suficiente que el creyente aguante el dolor y la provocación, y que se niegue a vengarse; también debe perdonar al ofensor. Si no lo hace, sentimientos de malicia se desarrollarán en su corazón; y éstos le podrán llevar a cometer pecados mayores.

El perdonar viene de Cristo (Efesios 4:32), y el perdón abre el corazón del creyente a la plenitud del amor de Dios. En el preciso instante en que tenemos una queja contra alguien, debemos perdonarle de todo corazón. (El perdón entre creyentes es otro asunto. Debemos ir al ofensor para ayudarlo en amor. Ve Mateo 18:15-35.)

8. Vestíos de amor (3:14). Esta es la más importante de las virtudes cristianas. Sirve la lazo que une a todas las otras virtudes. Todas las cualidades espirituales que Pablo menciona son aspectos del verdadero amor cristiano, como lo describe I Corintios 13. El amor es la primera manifestación del fruto del Espíritu, y las otras virtudes lo siguen: gozo (v.16), paz (v.15), paciencia, benignidad, bondad y mansedumbre (v.12).

Cuando el amor gobierna nuestra vida, une todas las virtudes espirituales para que haya belleza y armonía, lo cual es indicativo de madurez espiritual. Esta armonía y madurez mantienen la vida equilibrada y en desarrollo. El sistema gnóstico no podía hacer esto.

### **La Paz de Cristo (Colosenses 3:15)**

En este versículo, Pablo deja el tema del carácter y trata el de la conducta. ¿Cómo puede saber un creyente si está haciendo la voluntad de Dios? Una respuesta es: la paz de Cristo en el corazón. Cuando el creyente pierde la paz interior, sabe que de alguna manera ha desobedecido a Dios.

La palabra que se traduce como “gobierne” es un término de atletismo. Significa *presidir en las competencias y dar los premios*. Pablo usó una variación de esta palabra en su carta a los colosenses. *Nadie os declare indignos del premio* (traducción literal, Colosenses 2:18). En las olimpiadas griegas, había jueces (podríamos llamarlos árbitros) que descartaban a los competidores que no llenaban los requisitos, y que descalificaban a los que quebrantaban las reglas.

La paz de Dios es el *árbitro* del corazón del creyente. Cuando obedecemos la voluntad de Dios, tenemos esta paz interior; pero cuando nos salimos de su voluntad (aunque no sea intencionalmente) perdemos su paz.

Debemos tener cuidado, sin embargo, de una paz falsa. Jonás desobedeció a Dios deliberadamente, ¡aun así pudo dormir en el barco *en medio de la tormenta!* “Sentí paz en mi corazón” no es suficiente evidencia de que estamos en la voluntad de Dios. Debemos orar, someternos a su voluntad y buscar su dirección en las Escrituras. La mera paz en el corazón no siempre es la paz de Dios.

Hay algo más en esto: Si tenemos paz en nuestro corazón, tendremos paz con los demás en la iglesia. Somos llamados a formar un solo cuerpo, y nuestra relación en ese cuerpo debe ser de armonía y paz. Si estamos fuera de la voluntad de Dios, ciertamente traeremos discordia y disensión en la iglesia. ¡Jonás pensaba que tenía paz, cuando en realidad su pecado había causado una tempestad!

Cuando un creyente pierde la paz de Dios, empieza a desviarse de la voluntad de Dios. Se vuelve a las cosas del mundo y la carnalidad para no sentir la carencia de paz en su interior. Trata de escapar, ¡pero no puede escaparse *de sí mismo!* Sólo cuando confiesa su pecado, pide el perdón de Dios y vuelve a la voluntad de Dios, puede experimentar de nuevo la paz de Dios en su interior.

Cuando hay paz en el corazón, hay alabanza en los labios. “...y sed agradecidos” (Colosenses 3:15). El creyente que no vive de acuerdo con la voluntad de Dios, no puede alabar sinceramente a Dios. Cuando David trató de encubrir su pecado, perdió la paz y la alabanza (Salmo 32 y 51). Cuando confesó su pecado, volvió la alabanza.

### **La Palabra de Cristo (Colosenses 3:16)**

Esto es, por supuesto, la Palabra de Dios. Los falsos maestros llegaron a Colosas trayendo tradiciones hechas por el hombre, mandamientos religiosos y filosofías humanas. Trataron de armonizar la Palabra de Dios con sus enseñanzas, pero no pudieron hacerlo. La Palabra de Dios siempre exalta a Cristo Jesús.

No fue la palabra de los falsos maestros la que llevó salvación a los colosenses; fue la palabra de la verdad del evangelio (Colosenses 1:5). Esta misma palabra es la que nos da vida y nos sostiene y fortalece (I Pedro 1:22–2:3).

La palabra transformará nuestra vida si permitimos que more en nosotros en abundancia. La palabra “more” significa *sentirse en casa*. Si hemos experimentado la gracia y la paz de Cristo, entonces la Palabra de Cristo se sentirá a gusto en nuestro corazón. Descubriremos la gran riqueza de la Palabra manifestada en los tesoros espirituales que dan valor a nuestra vida.

Sin embargo, no debemos pensar que Pablo escribió esto sólo para creyentes individuales; él la dirigió a todo el cuerpo de la iglesia. *Que la palabra de Cristo habite entre ustedes* es una traducción posible. Al habitar en abundancia en cada miembro de la iglesia, morará abundantemente en la comunión de la iglesia.

Existe el peligro hoy día, lo mismo que en el día de Pablo, de que las iglesias locales subestimen la Palabra de Dios. Tal parece que hay una creencia de enseñanza sencilla de la Biblia en la escuela dominical y en el púlpito. Se muestra mucho más interés en la presentación de películas, grupos musicales y otros entretenimientos, que en la Palabra de Dios. Muchas personas salvas no pueden afirmar honestamente que la Palabra de Dios mora abundantemente en sus corazones, porque no dedican un tiempo para leer, estudiar y memorizarla.

Existe (según Pablo) una relación marcada entre nuestro conocimiento de la Biblia y nuestra expresión de adoración a través de las alabanzas. Una manera en que nos enseñamos y nos animamos los unos a los otros es cantando de la Palabra de Dios. Pero si no conocemos o entendemos la Biblia, no podemos cantar de ella sinceramente de corazón.

Tal vez esta *pobreza en cuanto a las Escrituras* en nuestras iglesias es una de las causas de la abundancia de cantos sin base bíblica que se usan en la actualidad. Un cantante no tiene ningún derecho de cantar una mentira, como tampoco un predicador de predicar una mentira. Los grandiosos cantos tradicionales de la fe fueron, en su mayoría, escritos por creyentes que conocían las doctrinas de la Palabra de Dios. Muchos supuestos *cantos cristianos* de hoy son compuestos por personas con poco o nada de conocimiento de la Palabra de Dios. Es peligroso desligar la alabanza de Dios de la Palabra de Dios.

Los Salmos, por supuesto, son cantos tomados del Antiguo Testamento. Por siglos, las iglesias en los países de habla inglesa cantaron sólo versiones métricas de los Salmos. Me agrada ver que en los últimos días algunas iglesias han vuelto al canto de las Escrituras, especialmente de los Salmos. Los himnos son cantos de adoración a Dios escritos por creyentes, pero no son tomados de los Salmos. La iglesia de hoy conserva una rica herencia de himnos que, me temo, ha sido descuidada. Los cantos espirituales son expresiones de verdades bíblicas en una forma diferente a los Salmos y los himnos. Cuando cantamos un himno, nos dirigimos al Señor; cuando entonamos un canto espiritual, nos dirigimos los unos a los otros.

Pablo describe una reunión de adoración de una iglesia local (Colosenses 3:16; I Corintios 14:26). Observa que el creyente canta *para sí mismo* lo mismo que para los demás creyentes; y también le canta al Señor. Nuestra alabanza debe salir de nuestro corazón y no sólo de nuestros labios. Pero si la Palabra de Dios no mora en nuestro

corazón no podemos cantar de corazón. Esto demuestra lo importante que es conocer la Palabra de Dios, ya que enriquece nuestra adoración a Dios tanto públicamente como en privado.

Nuestra alabanza debe ser con gracia. Esto no quiere decir *cantar de una manera agradable*, sino cantar porque tenemos la gracia de Dios en nuestro corazón. Se requiere de gracia para cantar cuando estamos en aflicción, o cuando las circunstancias parecen adversas. Es seguro que Pablo y Silas necesitaron gracia para cantar en aquella prisión en Filipos (Hechos 16:22-25). Nuestra alabanza no debe ser una exhibición de nuestros talentos humanos, sino una demostración de la gracia de Dios en nuestro corazón.

Alguien ha dicho que la vida de un creyente victorioso centra su atención en tres áreas: el libro de Dios, la Biblia; la cartera; y el himnario. Estoy de acuerdo. Yo con frecuencia uso un himnario en mi tiempo devocional para ayudarme a expresar mi adoración a Dios. A medida que el creyente aumenta su conocimiento de la Palabra de Dios, querrá crecer en su demostración de alabanza. Aprenderá a apreciar los grandes himnos de la iglesia, los cantos evangelísticos, y los cantos que enseñen verdades espirituales. El querer cantar sólo los cantos elementales de la fe es perderse de mucha riqueza espiritual.

Antes de concluir esta sección, debemos notar un paralelo importante con Efesios 5:18–6:9. En su epístola a los efesios, Pablo enfatiza el ser lleno del Espíritu; en su carta a los colosenses, enfatiza el ser lleno de la Palabra. *¡Pero las evidencias de esta plenitud espiritual son las mismas!* ¿Cómo podemos saber si un creyente está lleno del Espíritu? Cuando está gozoso, agradecido y sumiso (Efesios 5:19-21); todo esto se manifiesta en su conducta en el hogar y en el trabajo (Efesios 5:22–6:9). ¿Cómo sabemos si un creyente está lleno de la Palabra de Dios? El está gozoso, agradecido y sumiso (Colosenses 3:16–4:1).

### **El Nombre de Cristo (Colosenses 3:17)**

En la época moderna, no les ponemos mucha atención a los nombres. Pero en la antigüedad el nombre de una persona se consideraba de suma importancia. Con frecuencia, en los días del Antiguo Testamento, Dios cambiaba el nombre de una persona por causa de alguna experiencia importante o de algún nuevo desarrollo.

Como cristianos llevamos el nombre de Cristo. La palabra *cristiano* sólo se encuentra tres veces en todo el Nuevo Testamento (Hechos 11:26; 26:28; I Pedro 4:16). El nombre se usó inicialmente como una burla, pero paulatinamente se hizo un nombre de honor. El nombre de Cristo, entonces, significa *identificación*: pertenecemos a Cristo Jesús.

Pero su nombre también significa *autoridad*. El nombre de una persona como firma en un cheque autoriza el retiro de dinero de un banco. El nombre del Presidente usado como firma en un proyecto de ley, lo convierte en ley. De la misma manera, es en el nombre de Cristo que tenemos la autoridad para orar (Juan 14:13,14; 16:23-26). Por el hecho de que Cristo es Dios, y que él murió en nuestro lugar, tenemos autoridad en su nombre.

Todo lo que decimos y hacemos debe estar asociado con el nombre de Jesucristo. Debemos glorificar su nombre por medio de nuestras palabras y nuestras acciones. Si permitimos cualquier cosa en nuestra vida que no pueda asociarse con el nombre de Jesús, entonces estamos pecando. Debemos hacer y decir todo bajo la autoridad de su nombre y para la honra de su nombre.

El llevar el nombre de Jesús es un gran privilegio, pero también una tremenda responsabilidad. Sufrimos persecución por causa de su nombre (Juan 15:20,21). He notado que se les podría decir a ciertas personas que uno es bautista, presbiteriano,

luterano o aun ateo, y no le darían importancia. Pero si se les dice que somos cristianos, o mencionamos el nombre de Cristo en la plática, casi siempre obtenemos una reacción inmediata, y ésta generalmente es negativa.

Todo padre trata de inculcar en sus hijos el honor del apellido familiar. En unos cuantos minutos una persona puede deshonrar un nombre que les ha tomado a sus antepasados muchos años para darle prestigio. Por ejemplo, el nombre hebreo Judá es un nombre respetable; significa *alabanza*. El nombre equivalente en el Nuevo Testamento es Judas –¿y quien pondría por nombre de Judas a su hijo?

Observa que Pablo menciona nuevamente las acciones de gracias en la carta a los colosenses. Todo lo que hagamos en el nombre de Cristo debe ir acompañado de agradecimiento. Si no podemos dar gracias por ello, ¡entonces mejor ni mencionarlo ni hacerlo! Esta es la quinta de las seis referencias respecto al agradecimiento en la carta a los colosenses (1:3,12; 2:7; 3:15,17; 4:2). Cuando recordamos que Pablo era un prisionero romano cuando escribió esta carta, el énfasis en el agradecimiento se hace aun más maravilloso.

Al repasar estas cuatro motivaciones espirituales para una vida santa, quedamos impresionados con la posición central de Cristo Jesús. Perdonamos porque Cristo nos perdonó (v. 13). Es la paz de Cristo la que debe gobernar nuestra vida (v. 15). La palabra de Cristo debe morar abundantemente en nosotros (v. 16). El nombre de Cristo debe ser nuestra identificación y nuestra autoridad. “Cristo es el todo, y en todos” (3:11).

Puesto que estamos unidos con Cristo a través de la presencia del Espíritu Santo morando en nosotros, tenemos todos los recursos que necesitamos para una vida santa. Pero debemos ser motivados espiritualmente. Como hemos experimentado la gracia de Cristo, queremos vivir para él. Porque hemos disfrutado de la paz de Cristo, queremos obedecerle. Hemos sido enriquecidos con la palabra de Cristo, y ennoblecidos por el nombre de Cristo; por lo tanto, queremos honrarle y glorificarle.

¿Acaso desearíamos alguna motivación mayor?

## Un Asunto de Familia

(Colosenses 3:18–4:1)

La fe en Cristo Jesús no sólo cambia a individuos; también cambia hogares. En esta sección, Pablo se dirige a los miembros de la familia: esposos y esposas, hijos y criados. Parece evidente que estas personas nombradas eran creyentes, pues el apóstol les insta a todas ellas a que vivan para agradar a Cristo.

Algo anda mal con los hogares modernos. El último informe que vi indicaba que en los Estados Unidos de Norteamérica había más hogares deshechos que en ningún otro tiempo, resultando un divorcio por cada dos matrimonios. Las familias compuestas por sólo uno de los padres están en constante aumento. Más de la mitad de las madres ahora trabajan fuera de casa, y muchas de ellas tienen hijos pequeños. Por término medio, el niño estadounidense de 6 a 16 años está desde 20 a 24 horas frente al televisor cada semana y es altamente influenciado por lo que ve. El síndrome de *niños maltratados* sigue creciendo, reportándose de 2 a 4 millones de casos anualmente, y muchos que no se reportan.

La primera institución que Dios fundó en la tierra fue el hogar (Génesis 2:18-25; Mateo 19:1-6). Como es el hogar, así es la sociedad y la nación. La desintegración del hogar es un indicio de los últimos tiempos (II Timoteo 3:1-5). Hace siglos Confucio dijo: “La fuerza de una nación depende de la integridad de sus hogares”. Una de las cosas más grandes que podemos hacer como individuos es ayudar a formar hogares cristianos piadosos. Pablo se dirigió a los diferentes miembros de la familia y les señaló los ingredientes necesarios para un hogar fuerte y piadoso.

### Esposo y Esposa: Amor y Sujeción (Colosenses 3:18,19)

¡Pablo no se dirigió primero a las esposas porque ellas lo necesitaran más! El evangelio cambió radicalmente la posición de la mujer en el mundo romano. Les dio una nueva libertad y posición que algunas de ellas no pudieron manejar; por esta razón Pablo las amonesta. (Amonestaciones similares se encuentran en Efesios 5:22 y I Pedro 3:1-7).

No debemos suponer que la *sujeción* es la esclavitud o subyugación. La palabra proviene del vocabulario militar y sencillamente quiere decir poner en orden según el rango. El hecho de que un soldado era raso y el otro coronel no quiere decir que uno sea necesariamente *mejor* que el otro. Sólo significa que tienen diferentes rangos.

Dios hace todas las cosas “decentemente y con orden” (I Corintios 14:40). Si no hubiera jerarquía de mando en la sociedad, existiría caos. El hecho de que la esposa se sujete a su marido no sugiere que el hombre sea mejor que la mujer. Eso sólo significa que el hombre tiene la responsabilidad de ser la cabeza y líder del hogar.

El ser cabeza no implica ser dictador o señoreador, sino ser un líder amoroso. De hecho, tanto el esposo como la esposa deben someterse *al Señor y el uno al otro* (Efesios 5:21). Es un respeto mutuo bajo el señorío de Jesucristo.

La verdadera sumisión espiritual es el secreto del crecimiento y la satisfacción. Cuando una mujer cristiana se somete al Señor y a su propio marido, experimenta una quietud y contentamiento que no encontrará de otra manera. Este amor y sumisión mutuos crea una atmósfera de crecimiento en el hogar que permite que tanto el esposo como la esposa lleguen a ser lo que Dios quiere que sean.

El hecho de que una esposa cristiana esté “en el Señor” no es excusa para la independencia egoísta. Todo lo contrario, ya que por el hecho de ser salva es importante que obedezca la Palabra y se sujete a su esposo. Aunque es cierto que en Cristo Jesús “no hay varón ni mujer” (Gálatas 3:28), también es cierto que la sujeción con gozo es una evidencia de que la esposa pertenece a Cristo Jesús.

No obstante, el esposo tiene la responsabilidad de amar a su mujer; y la palabra *amar* que se usa aquí es *ágape*—el amor abnegado y servicial que Cristo tiene con su iglesia. Un matrimonio puede empezar con un amor romántico, normal y humano, pero debe crecer más profundamente hasta alcanzar el *ágape*, ese amor espiritual que sólo proviene de Dios. En un pasaje paralelo (Efesios 5:22-23), Pablo aclaró que el esposo debe amar a su esposa “así como Cristo amó a la iglesia”. ¡Cristo dio todo por la Iglesia! ¡Murió voluntariamente por nosotros! La medida del amor de un hombre hacia su esposa no se muestra sólo en regalos o palabras, sino en hechos de sacrificio e interés por la felicidad y bienestar de ella.

Pablo agrega una palabra especial de advertencia a los esposos: “y no seáis ásperos [amargos] con ellas” (Colosenses 3:19). Los esposos no deben guardar ningún rencor contra su esposa por algo que hizo o dejó de hacer. Una “raíz de amargura” en el hogar puede dañar la relación conyugal y darle una ventaja a Satanás (Hebreos 12:15; Efesios 4:31). Los esposos cristianos deben ser abiertos y sinceros el uno con el otro. “Hablando la verdad en amor” (Efesios 4:15, LBLA) es una buena manera de resolver las diferencias entre familia. “No se ponga el sol sobre vuestro enojo” es una regla sabia que debemos seguir si queremos tener un hogar feliz (Efesios 4:26).

Un esposo que verdaderamente ama a su esposa, no se portará ásperamente o tratará de imponerse en el hogar. “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor” (I Corintios 13:4,5).

Una esposa realmente tiene poca dificultad para someterse a un esposo que la ama. Ella sabe que él busca lo mejor para ella, y que no hará nada que la dañe. El amor del esposo hacia la esposa se ve en su sacrificio por ella, y el amor de la esposa hacia su esposo se muestra en su sujeción a él. Donde existan el sacrificio y la sumisión, rodeado de una atmósfera de amor, habrá un hogar feliz.

Un hogar feliz no se hace automáticamente; requiere de un constante esfuerzo de ambas partes. Al caminar con Cristo en sumisión a él, no tenemos problema en someternos el uno al otro y servirnos el uno al otro. Pero donde hay egoísmo, habrá conflicto y división. Si hay amargura en el corazón, finalmente habrá problemas en el hogar.

¿De dónde obtenemos el poder para amar y someternos? Del Señor. Si estamos usando los *vestidos de gracia* mencionados antes (Colosenses 3:5-14), y si nuestro corazón está lleno de la paz de Cristo y la palabra de Cristo, entonces contribuiremos para la felicidad y la armonía del hogar. Si vivimos para agradar a Cristo en primer lugar, a otros después, y por último a nosotros mismos, formaremos matrimonios sólidos y hogares espirituales.

### **Padres e Hijos: Aliento y Obediencia (Colosenses 3:20,21)**

Había hijos en estos hogares cristianos, y Pablo dirige parte de su carta a ellos. El resultado normal de un matrimonio es la procreación, y son afortunados los hijos que nacen en un hogar cristiano donde hay amor y sumisión. “Fructificad y multiplicaos” fue la orden de Dios a nuestros primeros padres (Génesis 1:28), y esta orden fue dada antes de que el hombre pecara. La relación conyugal y la procreación no son pecaminosos; al contrario, son parte de los mandamientos de Dios al hombre. En la

procreación de los hijos, el esposo y la esposa participan en la actividad creadora de Dios.

Se ha dicho mucho acerca de los derechos de los hijos, y sí que los tienen. Uno de ellos es el derecho a nacer. Otro es el derecho a nacer en un hogar cristiano responsable en donde serán criados en la “disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). Ellos tienen el derecho de tener padres piadosos que les enseñen la Palabra de Dios y los disciplinen en amor.

John. H. Starkey era un empedernido criminal inglés. Había asesinado a su propia esposa; luego fue convicto por el crimen y ajusticiado. Las autoridades le pidieron al general William Booth, fundador del Ejército de Salvación que oficiara el funeral. Booth se vio rodeado de una muchedumbre desagradable y malvada como nunca antes en su vida, pero sus primeras palabras hicieron que se detuvieran y clamaran: “¡John H. Starkey no tuvo una madre que oraba!”

Los hijos tienen derechos, pero también tienen responsabilidades; y la más grande es la de obedecer. Ellos deben obedecer “en todo” y no solamente en aquellas cosas que les agradan. ¿Acaso sus padres les pedirán que hagan algo que es incorrecto? No, si los padres están sujetos al Señor y el uno al otro; y si se aman mutuamente y también a sus hijos.

El hijo que no aprende a obedecer a sus padres, probablemente no obedecerá a ninguna autoridad. Desafiara la autoridad de sus maestros, la policía, sus jefes de trabajo, y cualquiera que trate de ejercer autoridad sobre él. El desafío a la autoridad en nuestra sociedad es el reflejo del desafío a la autoridad en el hogar.

Por lo general, los hijos *no crean problemas; los revelan*. Los padres que no pueden disciplinarse a sí mismos tampoco pueden disciplinar a sus hijos. Si el padre y la madre no están *sujetos* a una autoridad, no pueden *ejercer* la autoridad sobre los demás. Sólo cuando los padres se someten el uno al otro y al Señor, pueden ejercer correctamente una equilibrada autoridad física y espiritual sobre sus hijos.

La *medida* de la obediencia del hijo es “en todo”; y el *motivo* es para agradar al Señor. Es posible agradar a los padres y no agradar al Señor, si los padres no están sujetos al Señor. La familia que vive en una atmósfera de amor y verdad, que lee la Palabra de Dios, y que ora tendrá más facilidad para descubrir la voluntad de Dios y agradar al Señor.

Pablo aclaró que los padres deben procurar que sea lo más fácil posible que los hijos obedezcan. “No exasperéis a vuestros hijos” (Colosenses 3:21) es un mandamiento a los padres, ¡y con cuánta frecuencia se desobedece! Muy a menudo, los padres automáticamente dicen *no* cuando sus hijos piden algo, cuando deberían escuchar atentamente y evaluar cada petición. Los padres con frecuencia cambian de parecer y crean problemas para sus hijos, yendo a veces de una libertad total a un legalismo extremo.

Los padres no deben desalentar a sus hijos, sino animarlos. Una de las cosas más importantes que los padres pueden hacer es dedicar tiempo a sus hijos. ¡Una encuesta en un pueblo indicaba que los papás dedicaban sólo 37 segundos al día con sus hijos pequeños! Es de mucho ánimo para los hijos saber que sus padres, aunque estén ocupados, apartan un tiempo—*se hacen* el tiempo—para estar con ellos.

Los padres también necesitan escuchar y ser pacientes cuando sus hijos hablan con ellos. Un oído atento y un corazón amoroso siempre van juntos. “Tú tomaste tiempo para engendrarme”, le dijo una hija a su padre, “¡pero ahora no quieres tomar tiempo para escucharme!” ¡Qué acusación!

La vida no es fácil para los hijos, especialmente los hijos creyentes. Sus problemas pueden parecernos pequeños, ¡pero para ellos son enormes! Los padres creyentes deben

escuchar cuidadosamente, compartir los sentimientos y frustraciones de sus hijos, orar con ellos, y ver la manera de animarlos. ¡El hogar debería ser el lugar mejor y más feliz del mundo!

Los hijos desalentados son presa fácil de Satanás y del mundo. Cuando un niño no obtiene *fortaleza para su ego* en el hogar, va a buscarla en otra parte. Es una pena que algunos padres creyentes no ayuden a sus hijos a desarrollar su personalidad, sus talentos y sus habilidades. Es aun peor cuando los padres creyentes comparan a un hijo con otro, y fomentan una rivalidad innecesaria en el hogar.

Los padres algunas veces usan a sus hijos como armas para pelearse uno contra otro. El papá le prohibirá a su hijo que haga algo, pero la mamá hará a un lado tal prohibición y dará su aprobación. El pobre hijo se ve acosado por ambos padres, y no mucho después aprenderá a usar a ambos para su provecho. El resultado consecuente es tragedia moral y espiritual.

Si el hogar realmente es cristiano, es un lugar de aliento. En tal hogar, el niño encuentra refugio contra las luchas, y también fuerza para pelear las batallas, y llevar las cargas que encuentra en el camino hacia la madurez. Allí en el hogar encuentra un corazón amoroso, un ojo alerta, un oído atento y una mano amiga. El no querrá otro lugar—el hogar satisface sus necesidades. En esta clase de hogar es lógico que el niño confía en Jesucristo y quiera vivir para él.

#### **Amos y Siervos: Honestidad y Devoción (Colosenses 3:22–4:1)**

La esclavitud era una institución establecida en el tiempo de Pablo. Por lo menos la mitad de las personas eran esclavos. Muchas de ellas eran personas con buena educación que tenían grandes responsabilidades en los hogares de los ricos. En muchos hogares, los esclavos ayudaban a educar y disciplinar a los hijos.

¿Por qué la iglesia de entonces no se opuso enérgicamente contra la esclavitud para acabarla? Por una razón, la iglesia era un grupo minoritario que no tenía poder político para cambiar una institución que había sido incorporada en el orden social. Pablo tuvo cuidado de instruir a los esclavos creyentes para que procuraran su libertad si les era posible (I Corintios 7:21); pero él no apoyó la rebelión o la destitución de un orden existente.

Se debe notar algo aquí: el propósito de la iglesia primitiva era propagar el evangelio y ganar a los perdidos, no inmiscuirse en asuntos sociales. Si los primeros creyentes hubiesen adquirido la fama de ser una secta antigubernamental, sus esfuerzos en ganar almas y hacer crecer la obra habrían sido obstaculizados. Aunque es bueno y correcto que los creyentes promuevan la honradez y la moralidad en el gobierno y la sociedad, esta preocupación no debe reemplazar el mandato de ir a todo el mundo y predicar el evangelio (Marcos 16:15).

Hay que recordar que el libro de Colosenses fue una de las tres epístolas que Pablo escribió desde la prisión romana; las otras dos fueron Efesios y Filemón. Lee la pequeña epístola de Pablo a Filemón y observa su actitud respecto a la esclavitud. Pablo no le aconsejó a Filemón que tratara severamente a su esclavo fugitivo, sino a que lo recibiera como un hermano aunque todavía fuera esclavo. ¡De hecho, Onésimo, el esclavo, era una de las personas que llevaron esta carta a los colosenses! (Colosenses 4:9).

Un siervo creyente le debía completa obediencia a su amo, como parte de su ministerio para el Señor. Si un siervo creyente tenía un amo creyente, el siervo no debía aprovecharse de su amo por el hecho de ser hermanos en el Señor. En todo caso, el siervo trataría de darle un mejor servicio porque lo estaba haciendo a un creyente. Mostraba sinceridad de corazón y daba completa devoción a su amo. Su servicio lo

hacia de corazón, y no a regañadientes; como al Señor y no a los hombres. “A Cristo el Señor servís” (3:24).

Lealtad y sinceridad de corazón eran necesarias para que el siervo creyente agradara a Dios y sirviera a sus amos correctamente. Estas instrucciones enfatizaban el lado *positivo* de la obediencia. Los siervos debían obedecer para agradar a Dios, no sólo para evitar el castigo. Y si no recibían ninguna palabra de aprobación de sus amos, el Señor los recompensaría. De la misma manera, si desobedecían, el Señor los castigaría aunque su amo no lo hiciera. Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34; Romanos 2:11; Efesios 6:9; Santiago 2:1,9).

En nuestra sociedad ya no hay esclavos. Pero podemos aplicar los mismos principios a cualquier trabajo honrado. Un empleado creyente debe ser el mejor trabajador. Debe obedecer órdenes sin discusión. Debe servir a Cristo y no a su jefe solamente, y debe trabajar sin importarle que alguien lo vigile o no. Si sigue estos principios, recibirá el premio de Cristo aunque su amo terrenal (su jefe) no lo reconozca o lo recompense.

Tengo un amigo que, hace años, perdió su empleo por trabajar mucho. Estaba ahorrando dinero para asistir a la universidad, y quería darle a su jefe un buen día de trabajo todos los días. El problema fue que su entusiasmo estaba delatando la pereza de otros empleados—y empezaron a enfadarse. Uno de ellos lo acusó injustamente de algo, y mi amigo fue despedido. Perdió su empleo, pero conservó su honor, y el Señor lo recompensó.

En el mundo de hoy, complejo y competitivo, algunas veces es difícil que un creyente obedezca a Dios y conserve su empleo, o reciba un ascenso. Sin embargo, debe obedecer a Dios de todas maneras y confiar en él para suplir sus necesidades. Los empleados inconversos quizá se aprovechen de un compañero que es creyente, pero tal vez esto sea una oportunidad para que dicho creyente testifique y respalde su testimonio con su vida. Es mucho más importante ganar a un alma perdida que ganar un poco más de dinero.

Así como los esposos y esposas, padres e hijos tienen responsabilidades mutuas, también los amos y los siervos. Pablo amonestó a los amos creyentes a tratar a sus siervos con justicia y honradez. Esto era algo nuevo para los amos romanos que estaban acostumbrados a ver a sus esclavos como *cosas*, y no como a personas. Los amos tenían casi un control total sobre sus esclavos y podían hacer con ellos lo que quisieran. Pocos amos romanos inconversos pensaban en tratar a sus esclavos con equidad, ya que según ellos, los esclavos no merecían nada.

El evangelio no abolió la esclavitud inmediatamente, pero gradualmente cambió la relación entre el esclavo y su amo. Las normas y presiones sociales no estaban de acuerdo con los ideales cristianos, pero el amo creyente debía practicar estos ideales de todas maneras. El trataría a su esclavo como a una persona y un hermano en Cristo (Gálatas 3:28). No tenía que maltratarlo, sino que debía tratarlo con justicia y equidad. Después de todo, los esclavos creyentes eran libres en el Señor, y el amo era un esclavo de Cristo (I Corintios 7:22). De la misma manera, nuestra relación social y física debe estar siempre gobernada por nuestra relación espiritual.

Al repasar esta sección tan práctica de Colosenses, volvemos a apreciar la preeminencia de Cristo en la vida del creyente. Cristo debe ser la cabeza del hogar. La lista de amonestaciones es realmente una aplicación práctica de Colosenses 3:17—“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús”. Es por medio de su poder y autoridad que debemos vivir en nuestro trato diario con los demás. Si él es preeminente en nuestra vida, entonces nos amaremos unos a

otros, nos someteremos unos a otros, obedeceremos, y nos trataremos unos a otros de manera justa en el Señor.

Sería provechoso que repasáramos Efesios 5:18–6:9 y viéramos las similitudes entre aquel pasaje y el que acabamos de estudiar. Esa parte de Efesios enfatiza el ser lleno del Espíritu, mientras que la carta a los colosenses hace énfasis en ser lleno de la palabra; sin embargo, las evidencias son las mismas: una vida de gozo, agradecimiento y sumisión. Ser lleno del Espíritu es ser controlado por la Palabra.

La plenitud del Espíritu y la plenitud de la Palabra son muy necesarias en el hogar. Si cada miembro de la familia es controlado por el Espíritu de Dios y la Palabra de Dios, entonces será gozoso, agradecido y sumiso—y no tendrá dificultad en llevarse bien con los demás. Los empleados creyentes y los amos se tratarán justamente el uno al otro si están llenos del Espíritu y la Palabra.

El corazón de todo problema es el problema del corazón, y sólo el Espíritu de Dios y la Palabra de Dios pueden cambiar y controlar el corazón.

Las personas que viven a tu alrededor, ¿pueden darse cuenta de que estás lleno del Espíritu y de la Palabra?

## ¡Hablar NO Resulta Barato!

(Colosenses 4:2-9)

Nunca se debe subestimar el poder de la palabra.

Un juez pronuncia unas pocas palabras, y está de por medio la vida o la muerte de un hombre. Un doctor dice unas cuantas palabras, y el paciente se llena de júbilo o se sume en la desesperación. Sea la comunicación oral o escrita, las palabras tienen un gran poder. Me han dicho que por cada palabra escrita en el libro de Adolfo Hitler, *Mein Kampf*, 125 personas perdieron la vida en la segunda guerra mundial.

El poder de la palabra es un regalo de Dios, y debe ser usado como Dios ordena. En el libro de Santiago, la lengua se compara a un freno y un timón, a un fuego y un animal venenoso, y a un árbol frutal y una fuente (Santiago 3). Estos tres pares de ilustraciones nos enseñan que la lengua tiene poder para dirigir, para destruir y para deleitar. La lengua es sólo un miembro pequeño de nuestro cuerpo, pero puede hacer grandes cosas para bien o para mal.

En esta sección corta, Pablo señala cuatro ministerios importantes de la palabra.

### La Oración (Colosenses 4:2,3a)

La oración y la adoración son, tal vez, los usos más nobles del don de la palabra. Pablo no se avergonzaba de pedirles a sus amistades que oraran por él. Aunque era un apóstol, necesitaba el respaldo de la oración por él mismo y por su ministerio. Si un gran cristiano como Pablo sentía la necesidad del respaldo de la oración, ¡cuánto más necesito yo esta ayuda espiritual! En estas pocas palabras, Pablo describe las características de una vida de oración espiritual y provechosa.

En primer lugar, nuestra oración debe ser *constante*. “Perseverad en la oración” (4:2). Esto significa que demos continuidad en la oración, con devoción y sin cesar. Esta es la manera en que la iglesia primitiva oraba (Hechos 1:14; 2:46). Muchos de nosotros oramos sólo ocasionalmente—cuando nos sentimos con ganas de hacerlo o cuando hay una crisis. “Orad sin cesar” es lo que Dios nos manda hacer (I Tesalonicenses 5:17). Esto no quiere decir que debemos andar por todos lados murmurando oraciones. Significa, más bien, que debemos estar constantemente en comunión con Dios de tal manera que la oración sea tan natural como la respiración.

Esto no quiere decir que Dios no esté dispuesto a contestar la oración y que nosotros debemos *importunarlo* con nuestra oración. Es todo lo contrario: Dios se complace en contestar nuestras oraciones. Pero algunas veces retarda la contestación con el fin de hacer crecer nuestra fe y devoción y para realizar sus propósitos en el momento correcto. Las dilaciones de Dios no siempre son sus negativas. Al perseverar en la oración, nuestro corazón se prepara para la respuesta que Dios nos va a dar. Nos damos cuenta que estamos creciendo en gracia aun antes de que tengamos la respuesta.

Nuestra oración debe ser *vigilante*. Debemos estar despiertos y alerta al estar orando. La frase “velad y orad” se encuentra en la Biblia frecuentemente. Tuvo su origen en la historia bíblica cuando Nehemías estaba construyendo los muros y las puertas de Jerusalén. “Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos [el enemigo] pusimos guarda contra ellos de día y de noche” (Nehemías 4:9).

Jesús usó esa frase (Marcos 13:33; 14:38); Pablo la usó también (Efesios 6:18).

No hay poder en la oración aburrida y sin propósito. Si no hay fuego en el altar, el incienso no subirá a Dios (Salmo 141:2). La oración efectiva demanda energía

espiritual y vigilancia, y esto sólo se obtiene del Espíritu Santo de Dios. Las oraciones rutinarias son oraciones sin respuesta.

Nuestra oración también debe ser con *agradecimiento*. “Velando en ella con acción de gracias” (Colosenses 4:2). El agradecimiento es un ingrediente importante en la oración efectiva (Filipenses 4:6). Si todo lo que hacemos es pedir, y nunca le agradecemos a Dios sus bendiciones, nos hacemos egoístas. La gratitud sincera a Dios es una de las mejores maneras de ponerle fervor a nuestras oraciones.

¡Siempre hay tanto por lo cual estar agradecido! Ya hemos notado el énfasis que Pablo pone en su carta acerca del agradecimiento (1:3,12; 2:7; 3:15,17; 4:2). Cuando recordamos que Pablo era prisionero al escribir esta carta, el énfasis se hace aun más patente.

Finalmente, nuestra oración debe hacerse con *propósito*. “Orando también al mismo tiempo por nosotros” (4:3). Con frecuencia nuestras oraciones son vagas y generales—“Señor, bendice a los misioneros”. Cuánto mejor sería que oráramos por necesidades específicas. Al hacerlo, sabremos cuándo Dios contesta y podremos alabarle por eso. Tal vez nuestra poca fe es la causa de que oremos en forma general y no específicamente.

Se ha dicho correctamente que el propósito de la oración no es que la voluntad del hombre se haga en el cielo, sino que la voluntad de Dios se haga en la tierra. La oración no consiste en decirle a Dios lo que debe hacer o dar. La oración consiste en pedirle a Dios eso que él quiere hacer y dar, según su voluntad (I Juan 5:14,15). Al leer la Biblia y tener comunión con nuestro Padre, descubrimos cuál es su voluntad y entonces con plena confianza le pedimos que haga lo que él ha planeado. Richard Trench (1807-1886), Arzobispo de Dublín [capital de Irlanda del Norte], lo dijo correctamente: “La oración no consiste en convencer a Dios de darnos lo que no quiere; sino en apropiarnos de lo que quiere concedernos”.

Por supuesto, es posible orar con el corazón sin usar el don de la palabra (I Samuel 1:13); pero aun así usamos palabras aunque no sean audibles. La oración efectiva debe emanar del corazón, ya sea que las palabras se pronuncien o no.

Estudia las oraciones de Pablo cuando estaba en prisión para obtener ejemplos de las mejores oraciones (Filipenses 1:9-11; Efesios 1:15-23; 3:14-21; Colosenses 1:9-12).

### **La Proclamación de la Palabra (Colosenses 4:3b,4)**

Pablo no oraba para que las puertas de la prisión se abrieran, sino que las puertas del ministerio se abrieran (I Corintios 16:9; Hechos 14:27). Para Pablo era más importante ser un predicador fiel que un hombre libre. Vale la pena notar que en todas las oraciones de Pablo en la prisión, su preocupación no era por su seguridad personal o ayuda material, sino por carácter y bendición espiritual.

Pablo estaba en prisión por causa del *ministerio de Cristo* que se relacionaba con los gentiles (ve Efesios 3:1-13). El misterio comprendía el propósito de Dios para los gentiles con relación a Israel; porque en la iglesia, los judíos y los gentiles son uno solo (Efesios 2:11-22). Lee el relato del arresto de Pablo en el templo judío (Hechos 21:18–22:30). Observa que los judíos escucharon a Pablo hasta que mencionó la palabra *gentiles* (22:21,22). La preocupación de Pablo por los gentiles, y su ministerio entre ellos era la causa por la que se encontraba en prisión.

Aun entre algunos judíos creyentes, existía un prejuicio que los hacía considerar a los gentiles como inferiores (Hechos 15:1-11). ¡Este partido radical y legalista quería que los gentiles se hicieran judíos por medio de un rito antes de que pudieran ser creyentes! Pablo y Bernabé se enfrentaron a esta amenaza contra el evangelio de la gracia, y el concilio falló en su favor. Sin embargo, el partido legalista continuaba

oponiéndose a Pablo y a su ministerio. Ellos no querían que las buenas nuevas del ministerio de Cristo llegaran a oídos de los gentiles. Querían mantener un aire de superioridad judía.

¡Qué extraño que Pablo quisiera que Dios le ayudara en la misma cosa que había causado su arresto! El no tenía ninguna intención de abandonar su ministerio o de cambiar su mensaje. Cuando Juan Bunyan fue encarcelado por predicar ilegalmente, se le dio la oportunidad de ser puesto en libertad si prometía dejar de predicar. –Si soy puesto en libertad hoy, –replicó,–predicaré el evangelio nuevamente mañana, con la ayuda de Dios.

¿Cómo podía Pablo hacer saber el misterio de Cristo cuando se encontraba prisionero? El caso de Pablo llamó la atención de muchas personas; Pablo también pudo testificarles a los guardias que lo custodiaban (Filipenses 1:12-18). ¡Imagínate estar encadenado al apóstol Pablo! Por medio de este testimonio, el evangelio corrió por todas partes en Roma, a lugares donde habría sido imposible llegar si Pablo hubiera estado libre. ¡Aun había creyentes en “la casa del César” (Filipenses 4:22).

La proclamación del evangelio se hace eficaz por medio de la oración. El Espíritu de Dios usa la Palabra de Dios cuando nos acercamos al trono de la gracia y pedimos las bendiciones de Dios. No debemos separar la Palabra de Dios de la oración, porque Dios las ha unido (Hechos 6:4).

Un visitante llegó al Tabernáculo de Spurgeon en Londres, Inglaterra, y el mismo Spurgeon, el pastor, le mostró el edificio.

–¿Le gustaría ver la fuente de energía de este ministerio? –le preguntó Spurgeon mientras lo llevaba a un auditorio más bajo. –Aquí es donde recibimos poder, porque mientras yo predico en la parte superior, cientos de mis miembros están en este cuarto orando. ¿Nos sorprende el que Dios haya bendecido la predicación de Spurgeon?

Tú, como miembro de la iglesia, puedes ayudar a tu pastor en la predicación de la Palabra orando por él. Nunca le digas al pastor: –Bueno, lo menos que puedo hacer por usted es orar. ¡Lo *más* que podemos hacer es orar! Ora por tu pastor en el estudio y meditación en la Palabra y en la preparación de los mensajes. Ora para que el Espíritu Santo le dé un discernimiento más profundo de las verdades de la Palabra. Ora también para que tu pastor ponga en práctica la Palabra que predica, para que sea real en su propia vida. Cuando él está predicando, ora para que el Espíritu le dé libertad de palabra, y que la Palabra llegue a los corazones y las mentes de una manera poderosa. (No sería por demás orar también por los otros líderes de la iglesia).

La proclamación de la Palabra de Dios es un gran privilegio y una tremenda responsabilidad. No es necesario que seas un pastor ordenado o un misionero para proclamar la Palabra de Dios. Aun en la conversación diaria puedes dejar caer la semilla de la Palabra en los corazones, y después orar para que Dios riegue la semilla para que produzca fruto.

### **La Evangelización de los Perdidos (Colosenses 4:5,6)**

“Con los de afuera” se refiere a aquellos que están fuera de la familia de Dios. Jesús hizo distinción entre sus discípulos y los que estaban fuera (Marcos 4:11). Pablo también hizo esta misma distinción (I Corintios 5:12,13). Los que hemos nacido de nuevo somos los *de dentro* porque pertenecemos a la familia de Dios y participamos de su vida.

No obstante, los creyentes no debemos tener un santo complejo de superioridad. Tenemos la responsabilidad de testificarles a los perdidos que nos rodean y procurar traerlos a la familia de Dios. En primer lugar, tenemos la responsabilidad de “andar sabiamente” (Colosenses 4:5). *Andar* se refiere, por supuesto, a nuestra conducta diaria.

Los que están fuera observan nuestra conducta y están prestos a criticarnos. No debe haber nada en nuestra vida que comprometa nuestro testimonio.

Se ha relatado frecuentemente la historia del Dr. Will H. Houghton, quien fuera pastor de la Iglesia Bautista El Calvario en la Ciudad de Nueva York y más tarde sirvió como Director del Instituto Bíblico Moody hasta su muerte en 1946. Cuando el Dr. Houghton llegó a ser pastor de la Iglesia Bautista El Tabernáculo en Atlanta [el estado de Georgia, EE.UU.], un hombre de esa ciudad contrató a un detective privado para que siguiera al Dr. Houghton e informara de sus actividades. Después de unas semanas, el detective pudo informarle a aquel hombre que la vida del Dr. Houghton igualaba a su predicación. Como resultado, ese hombre llegó a ser creyente.

¿Qué significa *andar sabiamente*? Por una parte, significa que debemos tener cuidado de no decir o hacer nada que dificulte la proclamación del evangelio. También significa estar alerta a las oportunidades que Dios nos da para testificarle a una persona. “Aprovechando bien del tiempo” significa aprovechar las oportunidades (Efesios 5:16). Este es un término comercial y describe al creyente como un fiel administrador que reconoce las oportunidades cuando se le presentan. Así como un comerciante aprovecha una oferta cuando la encuentra, un creyente aprovecha la oportunidad para ganar un alma para Cristo.

*Andar sabiamente* también incluye hacer nuestro trabajo, pagar nuestras deudas, cumplir nuestros compromisos. Debemos conducirnos “honradamente para con los de afuera” (I Tesalonicenses 4:12). Un amigo mío fue a una tienda para hacer compras para su iglesia. El vendedor preguntó: “¿Es fulano de tal miembro de su iglesia?” Mi amigo respondió afirmativamente, y el vendedor procedió a contarle acerca de cuánto dinero esa persona le debía y lo difícil que le era cobrarle. Probablemente hubiera sido inútil que mi amigo le testificara a ese vendedor.

Los creyentes, en especial los líderes, deben tener “buen testimonio de los de afuera” (I Timoteo 3:7). Cuando los miembros de una iglesia necesitan un pastor, deberían primero investigar acerca de su testimonio entre sus vecinos y los negociantes que lo conocen. Aunque las personas no salvadas están en la oscuridad espiritualmente (II Corintios 4:3,4), tienen un gran sentido de discernimiento en lo que se refiere a las cosas de esta vida (Lucas 16:8). Es trágico cuando los miembros de una iglesia llaman a un pastor que no ha pagado sus deudas o que ha dejado atrás un mal testimonio entre los inconversos.

No es suficiente andar sabio y cuidadosamente entre los incrédulos. También debemos *hablarles* y compartir con ellos el mensaje del evangelio. Pero debemos tener cuidado de que nuestras palabras estén controladas por la *gracia*, para que exaltemos y glorifiquemos a Cristo el Señor. Esto quiere decir que debemos tener gracia en nuestro corazón (Colosenses 3:16), porque del corazón es que habla la boca. ¡Con gracia en nuestro corazón y en nuestros labios, seremos testigos fieles y no jueces o abogados acusadores!

El Señor Jesucristo habló con gracia en los labios. “Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca” (Lucas 4:22). Entre las muchas declaraciones acerca de Cristo en el Salmo 45 (un salmo mesiánico) está ésta: “La gracia se derramó en tus labios” (v.2). Aun cuando el Señor tenía que condenar el pecado, habló palabras de gracia.

Nuestras palabras deben ministrar “gracia a los oyentes” (Efesios 4:29). Pero no puede ser así a menos que haya gracia en nuestro corazón y en nuestras palabras. “Hablando la verdad en amor” (Efesios 4:15, LBLA) es el ideal de Dios para nuestra conversación.

¿Por qué agregó Pablo: “sazonada con sal”? (Colosenses 4:6). En esos días, la sal se usaba para conservar y también para sazonar. Debemos poner sal a nuestras palabras para que sean puras y propiamente sazonadas. “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca” (Efesios 4:29). Nuestras palabras deben ser puras.

La sal también se agregaba a los sacrificios (Levítico 2:13). Tal vez Pablo estaba sugiriendo que tomáramos nuestras palabras como sacrificios ofrecidos a Dios, de la misma manera en que nuestras palabras de alabanza son sacrificios espirituales (Hebreos 13:15). Sin duda alguna, nos ayudaría a decir las palabras correctas de la manera correcta si recordáramos que nuestras palabras son como sacrificios elevados a Dios.

Es triste que un creyente hable de manera ruda o vulgar, especialmente cuando los incrédulos están escuchando. “Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (I Pedro 3:15). La mansedumbre es lo opuesto a la rudeza, y la reverencia es lo opuesto a la arrogancia. No hay lugar en la conversación de un creyente para la actitud de un sabelotodo. Aunque es necesario tener convicciones y no transigir, debemos también cultivar un agradable espíritu de amor.

El *andar* del creyente y su *hablar* deben estar en armonía el uno con el otro. Una vida descuidada impide que el creyente testifique a los incrédulos. Cuando el carácter, la conducta y la conversación funcionan unidos, hacen un testimonio poderoso.

### **La Participación de las Cargas (Colosenses 4:7-9)**

Pablo no da en esta carta los detalles de su estado personal. Encargó a sus dos hermanos espirituales, Tíquico y Onésimo, que lo comunicaran a la iglesia de Colosas. Este es otro ministerio maravilloso de la palabra: podemos compartir nuestras necesidades y cargas con otros; así ellos nos animarán y nos ayudarán.

Cuando Pablo abandonó Efeso, fue acompañado por siete creyentes más—entre ellos Tíquico (Hechos 20:4). Esos hombres ayudaron a Pablo a llevar la ofrenda de amor que las iglesias gentiles enviaron a los hermanos pobres de Judea (I Corintios 16:1; II Corintios 8–9). Es posible que Tíquico y Trófimo sean los dos hermanos que Pablo mencionó en su segunda carta a los corintios (ve II Corintios 8:19-24).

Tíquico compartió la prisión de Pablo y sin duda le ayudó de varias maneras. Pablo escogió a Tíquico y a Onésimo para que entregaran la carta escrita a los efesios (Efesios 6:21) y la de los colosenses (Colosenses 4:7-9). Por supuesto, ellos también llevaron la carta personal para Filemón. Pablo instruyó a Tíquico para que diera a conocer a los creyentes de Colosas todos los detalles de su situación en Roma.

La descripción que Pablo hace de Tíquico nos muestra la estatura cristiana de Tíquico. El era un *hermano amado*, dispuesto a quedarse con Pablo aunque la situación fuese difícil. ¡Qué alentador es tener a un creyente a tu lado cuando todo parece estar en contra tuyo!

Tíquico también era un *fiel ministro*. Su amor se dio a conocer por medio de acción. El sirvió a Pablo, y también sirvió para Pablo ayudándolo en sus muchas responsabilidades. Alguien ha dicho que la más grande habilidad es la responsabilidad, y esto es cierto. Pablo podía confiar en que Tíquico haría su trabajo.

Tíquico también era *consiervo* de Pablo. Aunque no era un apóstol, estaba ayudando a Pablo en su ministerio apostólico. Pablo y Tíquico trabajaban juntos en el servicio del Señor. Más tarde, Pablo pudo enviar a Tíquico a Creta (Tito 3:12), y luego a Efeso (II Timoteo 4:12).

No era nada fácil para Tíquico asociarse con Pablo, el prisionero; porque Pablo tenía muchos enemigos. Tampoco era fácil que Tíquico viajara como lo hizo, ayudando a

Pablo en sus diversas tareas. Tíquico no escogió el camino fácil, sino el camino correcto. ¡Hoy en día nuestras iglesias podrían beneficiarse teniendo más miembros como Tíquico!

Pablo también menciona a Onésimo (“uno de vosotros”) quien había venido de Colosas. El era el esclavo fugitivo que pertenecía a Filemón y que había sido ganado para Cristo a través del ministerio de Pablo en Roma. Pablo envió a Onésimo de regreso a su amo con una carta en que le pedía a Filemón que lo perdonara y lo recibiera. Es interesante notar que Pablo también llamó a Onésimo *fiel* y *amado*. Onésimo era un recién convertido, y ya se había ganado la aprobación de Pablo.

Estos dos hombres tenían un ministerio doble que llevar a cabo: animar a los creyentes de Colosas, e informarles de la situación de Pablo. ¿Es incorrecto que los hijos de Dios se comuniquen de esta manera? ¡Por supuesto que no! Pablo no estaba solicitando dinero o rogando compasión. El quería que los creyentes de Colosas conocieran su situación para que pudieran orar por él. Es cierto que algunos obreros cristianos se aprovechan egoístamente de las circunstancias para obtener ayuda, pero este no era el caso de Pablo. El quería simplemente que sus amigos en Colosas conocieran los hechos para que lo apoyaran con la oración .

En mi hogar, recibimos un buen número de cartas de los misioneros. Las leemos y tratamos de tomar nota de las cargas y necesidades espirituales. En mis devocionales personales; uso varios calendarios de oración para que me acuerde de orar por necesidades específicas de los diferentes ministerios. Me gusta conocer los hechos; pues así puedo interceder de una manera específica. También me gusta recibir informes de cómo Dios contesta las oraciones, porque esto me anima en la fe.

La oración, la proclamación de la Palabra, el testimonio, y la participación de las cargas—estos son cuatro ministerios maravillosos del habla. Cuánto mejor es participar de estos ministerios que usar nuestra lengua para el chisme, la crítica perniciosa, y otros propósitos pecaminosos.

Hagamos de la oración de David nuestra oración: “Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios” (Salmo 141:3).

## ¡Amigos, Romanos, Ciudadanos!

(Colosenses 4:10-18)

Pablo no sólo era un ganador de almas; era también un gran ganador de amigos. Si mi cuenta es correcta, hay más de 100 creyentes (nombrados y no nombrados), asociados con Pablo en el libro de los Hechos y en sus epístolas. ¡El mencionó por nombre 26 amigos en un solo capítulo, Romanos 16!

Era costumbre en el tiempo de Pablo concluir cada carta con salutations personales. Las amistades no se podían ver con frecuencia, y el servicio de correos era muy lento y limitado. Por supuesto, los saludos de Pablo eran algo más que sociales; comunicaban su preocupación espiritual sincera por sus amigos. En esta última sección, Pablo envía saludos por sus amigos. En esta última sección, Pablo envía saludos personales a Colosas de seis de sus asociados en el ministerio: Aristarco, Juan Marcos, Jesús, llamado Justo, todos ellos judíos; y Epafras, Lucas, y Demas quienes eran gentiles. Luego Pablo agrega saludos especiales a dos iglesias, con un mensaje especial a uno de los pastores.

Cuando leemos por primera vez esta lista de nombres, probablemente no nos llame mucho la atención. Pero cuando nos metemos tras bastidores y descubrimos el drama de la vida de estos hombres que trabajan con Pablo, la lista cobra vida. Podemos catalogar a estos hombres dentro de tres grupos.

### Los Hombres que Permanecieron

(Colosenses 4:10,11,14a)

Este grupo se compone de tres judíos (Aristarco, Juan Marcos y Justo), y un gentil (Lucas). Todos ellos se caracterizaban por su lealtad al apóstol Pablo en el momento de necesidad especial. Ellos eran los hombres que permanecieron.

**Aristarco (4:10a)** se identificaba como compañero de prisiones de Pablo y también como su colaborador (v.11). Aristarco era de Macedonia y era uno de los compañeros de Pablo en sus viajes (Hechos 19:29). Era originario de Tesalónica (Hechos 20:4), y gustosamente arriesgó su vida en la revuelta en Efeso (Hechos 19:28-41). El navegó con Pablo a Roma (Hechos 27:2), lo que significa que también padeció la tormenta y el naufragio que Lucas describe detalladamente en Hechos 27.

Aristarco permaneció con Pablo sin importarle las circunstancias—un tumulto en Efeso, un viaje, una tormenta, o aun una prisión. No parece que Aristarco fuera un prisionero oficial de los romanos. “Compañero de prisiones” probablemente quiere decir que Aristarco compartía el encierro de Pablo para poder ayudar y animar al apóstol. El era un prisionero voluntario por la causa de Jesucristo y el evangelio.

Pablo no podría haber hecho todo lo que hizo si no hubiera sido por el auxilio de sus amigos. Aristarco sobresale como uno de los mejores ayudantes de Pablo. El no buscaba una tarea fácil. No corría cuando las cosas se ponían difíciles. El sufrió con Pablo y colaboró con Pablo.

**Juan Marcos (4:10b)**, el escritor del segundo evangelio, jugó un papel muy importante en el principio de la historia de la Iglesia. El también era judío, nativo de Jerusalén donde su madre, María, abrió las puertas de su hogar para los creyentes (Hechos 12:12). Juan Marcos era primo de Bernabé, el que acompañó a Pablo en el primer viaje misionero (Hechos 13:1-13). Es muy probable que Juan Marcos haya sido guiado a la fe en Cristo a través del ministerio de Pedro (I Pedro 5:13).

Cuando Pablo y Bernabé salieron en su primer viaje misionero, llevaron consigo a Juan Marcos como ayudante. Probablemente éste se encargaba de los arreglos del viaje, las comidas, etc. Pero cuando la cosa se puso difícil, Juan Marcos abandonó a los predicadores y regresó a su casa en Jerusalén (Hechos 13:5-13).

La razón de la deserción de Juan Marcos no se da en las Escrituras. Tal vez tuvo miedo, ya que el grupo estaba a punto de entrar a un territorio peligroso. Quizá se resintió ante el hecho de que Pablo tomara el liderazgo de la misión y reemplazara a su primo Bernabé. O, tal vez, Juan Marcos estaba molesto por el ministerio de Pablo entre los gentiles. Cualquiera que haya sido la razón o la excusa, el hecho es que los dejó y regresó a su casa.

Más tarde, cuando Pablo y Bernabé quisieron continuar con su segundo viaje misionero, Pablo se negó a llevar a Juan Marcos (Hechos 15:36-41). ¿Tenía razón Pablo en su juicio acerca de ese joven? Tal vez no, pero no podemos culpar a Pablo por ser desconfiado, ya que Juan Marcos les había fallado en el pasado. Pablo no iba en plan de excursión; estaba interesado en ganar a los perdidos para Cristo. Ningún peligro o inconveniente impediría que Pablo alcanzara a los incrédulos con el evangelio. Fue lamentable que Juan Marcos causara división entre Pablo y Bernabé. No obstante debemos reconocer que Pablo perdonó a Juan Marcos y lo encomendó: “Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio” (II Timoteo 4:11).

Marcos, Tito y Timoteo eran jóvenes que servían como representantes especiales del apóstol Pablo. El podía enviarlos a iglesias que tenían problemas y confiar que las ayudarían a resolverlos. Por la gracia de Dios Juan Marcos había vencido su primer fracaso y había llegado a ser un siervo valioso de Dios. Más aún, ¡fue escogido para escribir el Evangelio según San Marcos!

Juan Marcos constituye un aliento para todo aquel que ha fallado en su primer intento de servir a Dios. El no se quedó sentado y resentido. Regresó al ministerio y demostró que era fiel al Señor y al apóstol Pablo. El era uno de los que permanecieron.

Podría agregar que es bueno ser un Bernabé y animar a creyentes jóvenes en el Señor. Tal vez Juan Marcos habría salido adelante sin la ayuda de su primo Bernabé, pero yo tengo mis dudas. Dios usó a Bernabé para animar a Juan Marcos y restaurarlo en el servicio. Bernabé era, como su nombre lo indica “Hijo de consolación” (Hechos 4:36).

**Jesús llamado Justo (4:11)** era un creyente judío que colaboraba con Pablo, pero no sabemos nada acerca de él. El nombre Jesús (Josué) era un nombre judío muy usado, y no era raro que los judíos llevaran también un nombre romano (Justo). Juan Marcos es un caso similar. Jesús llamado Justo representa a los creyentes fieles que sirven a Dios pero cuyos hechos no se mencionan para que los conozca todo el mundo. El era un colaborador de Pablo y un consuelo para él, y eso es todo lo que sabemos de él. Sin embargo, el Señor conserva en el cielo un registro completo de la vida y ministerio de este hombre y lo recompensará justamente.

**Lucas (4:14a)** era un hombre muy importante en la iglesia primitiva. Era un gentil, y aun así Dios lo escogió para escribir el evangelio según San Lucas y el libro de los Hechos. Probablemente él es el único gentil que escribió un libro en la Biblia. El también era médico, y amado profundamente por Pablo. La profesión médica había sido perfeccionada por los griegos, y los médicos eran tenidos en gran estima. Aunque Pablo tenía el poder para sanar a las personas, ¡viajaba con un médico!

Lucas se unió a Pablo y su grupo en Troas (Observa el pronombre *nosotros* implícito en Hechos 16:10). Lucas viajó con Pablo a Jerusalén (Hechos 20:5,6) y estaba con él en su viaje a Roma (Hechos 27,28). No hay duda alguna de que la presencia y la habilidad profesional de Lucas fueron de mucho aliento para Pablo durante este tiempo

tan difícil. Dios puede dar fuerza y sanidad y lo hace de una manera milagrosa, pero también usa los medios existentes en la naturaleza, tales como los medicamentos. Cuando mi esposa y yo ayudábamos a misioneros en el Africa, un amigo médico y su esposa viajaron con nosotros; y estábamos muy agradecidos por su ayuda.

Lucas permaneció con Pablo hasta el último momento (ve II Timoteo 4:11). Dios usó a Lucas para escribir el libro de los Hechos y para darnos la historia inspirada de la iglesia primitiva y el ministerio de Pablo. Lucas es un ejemplo sobresaliente de un hombre profesional que usa sus habilidades para el servicio del Señor y está dispuesto a servir dondequiera que Dios le envié. El era un creyente muy querido, un médico competente, un amigo devoto y un historiador cuidadoso—¡todo en uno!

### **El Hombre que Oraba (Colosenses 4:12,13)**

Conocimos a Epafras al principio de este estudio, porque él fue el fundador de la iglesia en Colosas (Colosenses 1:7,8). El había sido guiado a Cristo por medio del ministerio de Pablo en Efeso, y había regresado a su tierra para llevar las buenas nuevas de salvación. Es probable que Epafras también haya fundado las iglesias de Laodicea y Hierápolis (v.13). En otras palabras, llegó a ser *un misionero en su propia tierra*.

¿Qué es lo que motivó a Epafras para que anunciara el evangelio? El era un “siervo de Cristo” (v. 12). Pablo lo llamó “nuestro consiervo amado...un fiel ministro de Cristo” (1:7). Epafras amaba a Cristo Jesús y quería servirle y anunciar su mensaje de salvación. Pero no lo hizo solo. Epafras también creía en el ministerio de la iglesia local, y en el trabajo conjunto de los creyentes. El no sólo era un “siervo”; era un “consiervo”.

Una vez me encontraba charlando con un director de una misión extranjera acerca de un amigo de ambos a quien se le había pedido que renunciara a su ministerio en el campo misionero —No había ningún problema de pecado o algo parecido, —mi amigo me explicó. —Todo su problema estriba en que es un individualista; no sabe trabajar bien con otras personas. En el campo misionero, es un trabajo de equipo o no es nada.

Uno de los secretos del ministerio de Epafras era su vida de oración. Pablo sabía esto porque Epafras y Pablo compartían el mismo cuarto, y cuando Epafras oraba, Pablo lo sabía. ¿Cuáles eran las características de la vida de oración de este hombre?

**Oraba constantemente (v.12 “siempre”).** El era un buen ejemplo de la amonestación de Pablo: “Perseverad en la oración” (Colosenses 4:2). Epafras no sólo oraba cuando tenía deseos, como muchos creyentes de la actualidad. Tampoco oraba sólo cuando se le pedía, o cuando otros creyentes oraban. El siempre estaba en oración, buscando las bendiciones de Dios.

**Oraba fervientemente (v.12 “rogando encarecidamente”).** La palabra que se usa aquí significa *agonizando*. Es la misma palabra que se usa para la oración de Cristo en el Getsemaní (Lucas 22:44). ¡Nos da la impresión de que la oración era un asunto muy serio para Epafras! La palabra griega traducida aquí encarecidamente se usaba para describir a los atletas cuando daban todo de sí en las competencias. Si los miembros de las iglesias de hoy pusieran tanto interés y entusiasmo en sus oraciones como lo hacen en sus juegos de béisbol o fútbol, ¡tendríamos un avivamiento!

**Oraba directamente (v.12 “por vosotros”).** Epafras no oraba por todos en general y nadie en particular. El centraba su intercesión en los santos en Colosas, Laodicea e Hierápolis. No cabe duda que mencionaba a algunos de ellos por nombre. La oración para Epafras no era un ejercicio religioso impersonal, ya que él llevaba a esas personas en su corazón y oraba por cada uno en particular.

**Oraba específicamente.** Si le hubieras preguntado a Epafras: “¿Por qué oras?”, el habría podido decírtelo. Su mayor anhelo era que los creyentes en esas tres iglesias maduraran en la fe cristiana. Pablo usó cuatro palabras significativas para resumir la

oración de Epafras, y estas cuatro palabras también resumen el mensaje de la epístola a los colosenses: “perfectos-completos-todo-quiere”.

Epafras tenía interés en que estos creyentes conocieran e hicieran la voluntad de Dios. Pero él quería que ellos participaran de *toda* voluntad de Dios, no solo una parte. (*Todo* es una palabra clave en Colosenses, usada más de 30 veces). Epafras también quería que dichos creyentes fueran *perfectos* y *completos* en la voluntad de Dios. Los maestros gnósticos les ofrecían *perfección* y *madurez*, pero no podían cumplir. Sólo por medio de Jesucristo nosotros podemos tener estas bendiciones. “Y vosotros estáis completos en él”, porque sólo en Cristo habita la plenitud de Dios (Colosenses 2:9,10.)

Esta petición (v.12) encierra la idea de ser maduro y estar perfectamente seguro en la voluntad de Dios, y se compara con la oración ferviente de Pablo (Colosenses 2:2). “¡...perfectos y completos en todo lo que Dios quiere!” es una bendición tremenda! No es necesario que el creyente se deja arrastrar por la vida. El puede conocer la voluntad de Dios y disfrutarla. A media que conoce la voluntad de Dios y la vive, madura en la fe y experimenta la plenitud de Dios.

**Oraba abnegadamente (v. 13 “gran solicitud” o mucha aflicción).** La oración efectiva es difícil. Cuando Jesús oró en el huerto, sudó grandes gotas de sangre. Pablo tenía una “gran lucha” (agonía) cuando oraba por los colosenses (2:1), y Epafras también experimentaba *mucha aflicción*. Esto no quiere decir que tenemos que luchar con Dios para obtener la respuesta, sino que debemos entregarnos a la oración con fervor e interés. Si no hay un interés, no puede haber bendición. Para parafrasear lo que John H. Jowett dijo en cuanto a la predicación: “La oración que no cuesta nada, no logra nada.”

Todas las personas que estaban con Pablo fueron mencionadas y elogiadas de una forma u otra, pero Epafras fue el único elogiado por su ministerio de oración. Esto no quiere decir que los demás no oraran; pero sí sugiere que la oración era el mayor interés y ministerio de Epafras. El era compañero de prisiones de Pablo (Filemón 23); pero aun el encierro no pudo evitar que él entrara en los atrios del cielo y orara por sus hermanos y hermanas en las iglesias.

E.M. Bounds era un paladín de la oración de la generación pasada. El solía levantarse temprano en la mañana y orar varias horas antes de que empezara a trabajar. Sus numerosos libros sobre la oración testifican el hecho de que Bounds, como Epafras, sabía agonizar en oración delante de Dios. (Si nunca has leído *El Predicador y la Oración* de E.M. Bounds, hazlo sin falta).

Estoy admirado del hecho que Epafras orara por los creyentes de tres ciudades diferentes. Hoy en día nos consideramos afortunados si los miembros de la iglesia oran por su propio pastor y la iglesia. ¡Ni pensar que lo hagan por creyentes en otros lugares! Tal vez una de las razones por la que el avivamiento no llega es porque no oramos fervientemente los unos por los otros.

### **El Hombre que se Descarrió (Colosenses 4:14b)**

Demas se menciona sólo tres veces en las epístolas de Pablo, y estas tres referencias nos presentan una historia triste. Primero se le llama “Demas... mi colaborador” y está ligado a tres buenos hombres—Marcos, Aristarco y Lucas (Filemón 24). Luego simplemente se le llama “Demas”, y no hay ninguna palabra especial de identificación o elogio (Colosenses 4:14). Pero la tercera referencia nos dice lo que sucedió con Demas: “Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo” (II Timoteo 4:10).

En cierto momento, Juan Marcos había abandonado a Pablo; pero fue rescatado y restaurado. Demas abandonó a Pablo y aparentemente nunca fue rescatado. Su pecado fue que amó este mundo. La palabra *mundo* se refiere a todo el sistema de cosas que

imperan en este mundo, o sea *la sociedad sin Dios*. En la primera de sus epístolas, Juan el apóstol señala que el mundo atrae al creyente con “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (I Juan 2:15-17). ¿En cuál de estas trampas cayó Demas? No los sabemos; tal vez cayó en las tres.

Sin embargo, sabemos que los creyentes de hoy pueden sucumbir ante el mundo de la misma manera en que Demas lo hizo. Es muy fácil mantener una fachada religiosa, mientras que todo el tiempo vivimos para las cosas de este mundo. Demas pensó que podía servir a dos amos, pero finalmente tuvo que tomar una decisión; desafortunadamente, tomó la decisión incorrecta.

Le debió haber dolido mucho a Pablo cuando Demas lo abandonó. También la obra del Señor sufrió, ya que nunca hubo un momento en que los obreros fuesen muchos. Esta decisión afectó a Demas más que a nadie, porque estaba desperdiciando su vida en lo que no perdura. “Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (I Juan 2:17).

Después de enviar saludos de sus amigos y colaboradores, Pablo mismo envía saludos a las iglesias hermanas en Laodicea e Hierápolis. Esas personas nunca habían visto a Pablo (Colosenses 2:1); sin embargo, él estaba interesado en ellas y preocupado por su bienestar espiritual.

#### **Palabras Finales (Colosenses 4:15-18)**

No sabemos nada de Ninfas, excepto que una iglesia se reunía en su casa. En los primeros siglos de la iglesia, la asamblea local se reunía en hogares. Aun hoy en día, muchas iglesias locales empiezan de esta manera. No fue sino hasta que cesó la persecución, y la fe cristiana recibió la aprobación oficial del gobierno, que los primeros edificios empezaron a construirse. En realidad no es muy importante el lugar en que se reúne la congregación, con tal que Cristo sea el centro de la comunión. (Para más ejemplos de las *iglesias en las casas*, ve Romanos 16:5 y I Corintios 16:19).

El mayor interés de Pablo era que la Palabra de Dios se leyera y estudiara en esas iglesias. El verbo *leer* significa leer en voz alta. Cada miembro no podía tener una copia de estas cartas. Tengo la gran convicción de que necesitamos volver a la lectura pública de la Palabra de Dios en muchas de nuestras iglesias. “Ocúpate en la lectura” (I Timoteo 4:13) se refiere a la lectura en público de la Palabra de Dios.

Vale la pena notar que las diferentes cartas de Pablo eran buenas para *todas* las congregaciones. Durante mi ministerio he anunciado la Palabra de Dios en muchos lugares y situaciones diferentes, y siempre ha llegado a los corazones y suplido las necesidades. Aun en culturas diferentes, la Palabra de Dios tiene un mensaje para el corazón. La Palabra de Dios no tiene que ser editada o cambiada para resolver los diferentes problemas en distintas situaciones, porque siempre es relevante.

¿Cuál era la *epístola de Laodicea*? No lo sabemos con seguridad. Algunos eruditos piensan que la epístola a los efesios era esta carta extraviada, pero esta idea es sólo especulación. El hecho de que esta carta esté extraviada no quiere decir que carezcamos de una parte de la inspirada Palabra de Dios. Parte de la correspondencia de Pablo con la iglesia en Corinto también se ha perdido. Dios no sólo inspiró su Palabra, sino que providencialmente la ha protegido para que no falte nada de lo que debe estar en esa Palabra. ¡En lugar de preocuparnos por lo que no tenemos, deberíamos estar poniendo en práctica lo que sí tenemos!

Al comparar Colosenses 4:17 con Filemón 2, tenemos la impresión de que Arquipo pertenecía a la familia de Filemón. Posiblemente él era el hijo de Filemón, y el pastor de la iglesia que se reunía en la casa de Filemón. No podemos probar eso, por supuesto, pero parece una conclusión lógica. De esta manera Apia sería la esposa de Filemón.

Las últimas palabras de Pablo antes de su saludo se dirigen a Arquipo como un aliento para que continúe fielmente en su ministerio. ¿Estaría desanimado Arquipo? ¿Habían los falsos maestros invadido su iglesia y creado problemas para él? No lo sabemos. Pero sí sabemos que los pastores de iglesias locales se enfrentan con muchos problemas y llevan muchas cargas, y frecuentemente necesitan una palabra de aliento.

Pablo le recordó a Arquipo que su ministerio era un regalo de Dios, y que él era administrador de Dios que algún día tendría que dar cuentas de su trabajo. Puesto que el Señor le había dado su ministerio, el Señor también podía ayudarlo a llevarlo a cabo de la manera correcta. El podía ayudarlo a llevarlo a cabo de la manera correcta. El ministerio no es algo que hacemos para Dios; es algo que Dios hace en y a través de nosotros.

La palabra *cumplir* lleva en sí la idea de que Dios tiene propósitos definidos para que sus siervos lleven a cabo. El obra en y a través de nosotros para completar esas buenas obras que él ha preparado para nosotros (ve Efesios 2:10). Por supuesto, *cumplir* también corresponde al tema central de Colosenses—la plenitud de Cristo Jesús al alcance de cada creyente. Podemos cumplir nuestro ministerio porque tenemos la plenitud de Cristo.

A menos que hagamos una aplicación práctica de la doctrina de la Biblia, nuestro estudio será en vano. Después de leer y estudiar esta carta, es obvio que tenemos en Jesucristo todo lo que podamos desear o necesitar. Toda la plenitud de Dios habita en Cristo Jesús y hemos sido hechos completos en él. ¡Qué alentador debe haber sido esto para Arquipo! ¡Qué alentador debería ser para nosotros en esta época!

Pablo solía dictar sus cartas a un secretario (ve Romanos 16:22), y luego firmaba con su nombre al final. El siempre agregaba una oración acerca de la gracia de Dios; esto era su *signo* (ve II Tesalonicenses 3:17,18). La combinación de su firma y la palabra *gracia* probaban que la carta era auténtica.

El Nuevo Testamento contiene muchas referencias acerca de las cadenas de Pablo y el hecho de que era un prisionero (ve Hechos 20:23; 23:18,29; 26:29; Filipenses 1:7,13,14,16; II Timoteo 1:8; 2:9; Filemón 10,13; Efesios 3:1; 4:1). ¿Por qué quería Pablo que ellos se acordaran de sus cadenas? Primeramente porque esas cadenas eran un recordatorio de su amor por los perdidos, especialmente los gentiles. El era “prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles” (Efesios 3:1). Las cadenas de Pablo eran una evidencia de su obediencia al Señor y su deseo de pagar cualquier precio con tal que los gentiles escucharan el evangelio.

Aún hoy en día, existen creyentes devotos que están en cadenas por causa de su fidelidad al Señor. Debemos recordarlos y orar por ellos. “Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos” (Hebreos 13:3).

Al llegar a la conclusión de nuestro estudio de esta carta sobresaliente, debemos recordar que estamos completos en Cristo Jesús. Debemos tener mucho cuidado con cualquier enseñanza que pretenda darnos *algo más* de lo que ya tenemos en Cristo. Toda la plenitud de Dios mora en él, y él nos ha equipado perfectamente para la vida que Dios quiere que vivamos. Nosotros no vivimos y crecemos por *adición*, sino por *apropiación*.

Que el Señor nos ayude a vivir a la altura de la posición que tenemos, ***completos en Cristo***.